

¿Y ahora qué? / Dilemas del peronismo renovador / Debate sobre el radicalismo / Sindicatos y gobierno / El ciclo alfonsinista / Cuestión militar y derechos humanos / Modales de la civilización occidental / El tiempo de la democracia

PR  
SILVAIN  
S.A.

## La herencia de la revolución francesa y la cultura política de la izquierda

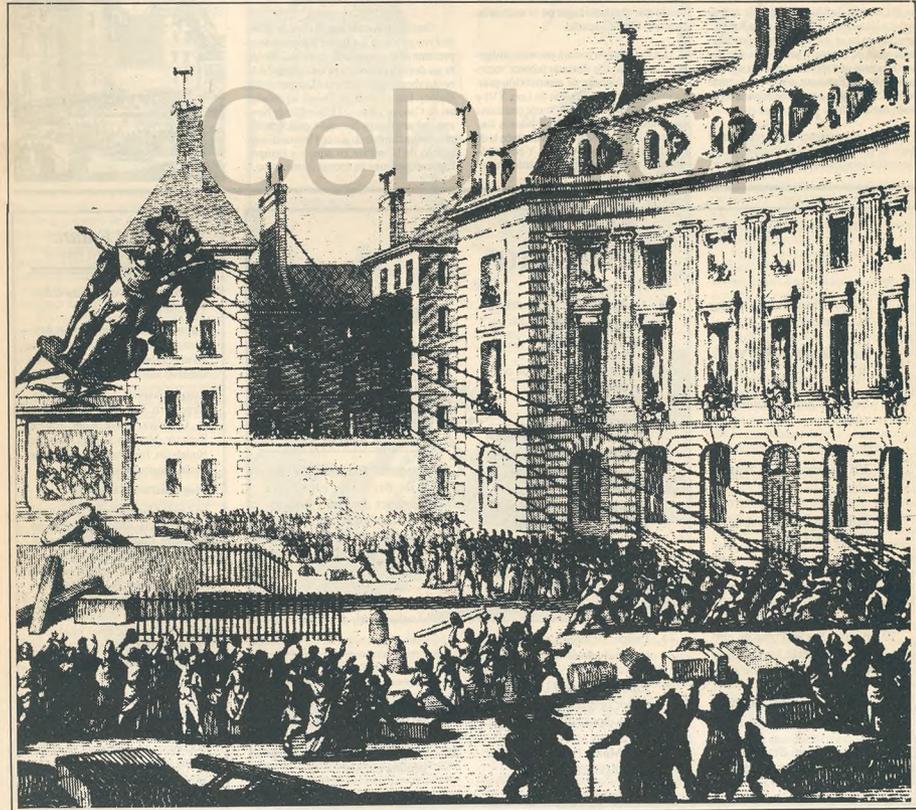
Macchi / Buffano / de Ipola / Grossi / Sarlo / Vezzetti / Franzé / Godio / Ortiz  
Caldelari / Boffa / Cerroni / de Giovanni / Totaro / Veca / Brieger / Bozza / Perez Gay  
Driben / Barcellona / Marimón

# La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

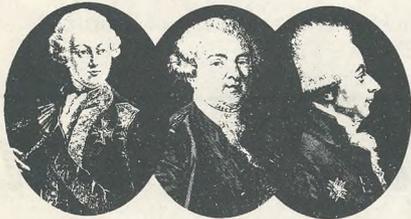
Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 17-18, junio/septiembre 1989    A 1.000.-



# Para ilustrar la ilustración

Carlos Macchi



Algunos historiadores, animados quizás por una generosa vocación pasteurizadora, han bautizado al siglo XVIII como el de la Ilustración. Este término, una traducción no dejada acertada del alemán *Aufklärung*, lejos de aclarar nuestra lectura sobre "el siglo de la Razón", ha opacado en su simplismo una contradictoria serie de esbozos y principios, ideas y movimientos que convivieron en el siglo de la Revolución Francesa, desde los escritos de Winckelmann hasta el comienzo del período romántico.

Así se nos presenta con frecuencia al Rococó, el Neoclásico y el Romántico como estilos antagónicos y disjuntos, pares o

denados en donde el segundo es explicado y justificado como reacción a un primero. Esta reducción desconoce el hecho de que diversas manifestaciones artísticas se superpusieron hacia fines del siglo XVIII, olvidando que el mismo lugar no es necesariamente el mismo espacio.

La Revolución tomará entonces imágenes y emblemas de distintas fuentes, recreando en sus alegorías de restauración principios comunes a la Francia de Luis XVI y Robespierre. De este modo se juega una trama que entrecruza viejos mitos y nuevos lenguajes. La Europa de David es también la de Rowlandson, Walpole y Goya. Y en la oposición de estilos se ocultan elementos en el

común, sin percibir que aquellos no son más que distintas visiones de una misma realidad, distintas respuestas a acontecimientos y vivencias sin duda compartidas. En la Francia de 1789 el hiperclasicismo de David, su heroicidad purificadora actualizada en la figura de Marat y los revolucionarios, se equilibra con el hiperrealismo de la caricatura y la estampa popular, comparte obsesiones con el naciente romanticismo. Si bien los principios temáticos del arte neoclásico funcionan a la perfección en la República, es erróneo pensar que la frivolidad del Rococó se haya sepultado bajo algunos kilos de ladrillo pompeyano. Desplazada en lo pictórico, pervive en la literatura popular y los dibujos picarescos, postales y estampas.

Ciertamente, el romanticismo y el neoclasicismo no participan de los mismos objetivos ni técnicas, pero también es cierto que bajo las visibles diferencias formales entre ambos, se extiende un delgado hilo temático. La muerte, adjudicada como patrimonio exclusivo a los románticos, está igualmente presente en la obra de un David. Esto es evidente tanto en *Marat asesinado* como en *La muerte de Sócrates*. Pero lo es también en *El juramento de los Horacios*, en donde esta muerte es anticipada por el dolor de las mujeres y un padre más preocupado por la victoria que por sus hijos: la muerte es aquí una contingencia.

Otro tanto sucede con la obra de Canova *Eros y Pisque*. La figura femenina se representa en el acto mismo de morir, solo para ser devuelta a la vida en un contacto divino, un abrazo que contraría a *Quatremère de Quincy*. Las pinturas de David, las esculturas de Canova y hasta el Cenotafio de Newton, del arquitecto Étienne-Louis Boullée, revelan un cambio de actitud frente al sentimiento de la muerte en aquellos tiempos. Este cambio pone en escena illos temas que

de Vicq d'Azyr, editado en 1778. Allí se sustituyen las explicaciones sobrenaturales por otras más "científicas" en términos de higiene y más a tono con la época. Ante todo este gélido arte declamatorio del neoclasicismo, la caricatura ofició como una necesaria compensación. El propio David practicará como arma política este género iniciado por Hogarth en la primer mitad del siglo. *Los cartones de ciegos*, *las delicias* y *las imágenes Epinal*, virtudes populares del 1700, inauguran una narrativa que dará vida un siglo más tarde a la historieta. Thomas Rowlandson, otro mordaz caricaturista, retrata los exteriores de Strawberry Hill, residencia neo-gótica del pintoresco Horace Walpole. Este inglés amante del romancero medieval, publica en 1764 *El castillo de Otranto*, novela que establece los lugares comunes y obligados de la literatura del terror entre criptas, cadenas y armaduras.

No hace falta aclarar que esta obra no figura en la *Enciclopedia* de Diderot y d'Alembert.



# ¿Y ahora qué?

La sociedad argentina mira con asombro el curso de los acontecimientos que vienen sucediendo desde el 14 de mayo. Perplejidad inicial que se trocó en inquietud frente a muchas de las novedades que aporta el populismo de Carlos Menem. Dentro de las cosas que la imaginación colectiva podía suponer que habrían de ocurrir con un triunfo electoral del justicialismo, una parecía descartada: la coalición ideológica con el neococonservadurismo, que en la Argentina se llama liberal. Sin embargo esa alternativa, buscada por los grandes grupos económicos que nunca habían desembarcado tan ostentadamente en el estado como lo han hecho hoy, es la vencedora de los comicios.

El menemismo parece así llevar al peronismo a una súbita mutación doctrinaria. Aquellas políticas que más acerbamente criticaba al gobierno anterior son hoy, más agresivamente todavía, su programa de acción en lo económico. Los contenidos explícitos y más aun los implícitos en su campaña electoral viraron, tras la sorpresiva conversión, en ciento ochenta grados. Aun lo que se dijera después del triunfo ha sido tomado por el cambio. Se recordará, por ejemplo, que la objeción principal a ciertas penúltimas medidas económicas que intentara tomar el gobierno de Alfonsín fue que las mismas no protegían a los asalariados, a los jubilados, a las economías provinciales, a la pequeña y mediana industria. Eso se dijo en el mes de junio; alguien supondrá que los ajustes puestos en marcha en julio están hechos para favorecer a esos sectores?

El viraje es tan brutal que ha logrado poner en cuestión una identidad política tradicional. Es cierto que las ideologías deben actualizarse y en ello estriba una de las posibilidades de su perduración en el tiempo, pero a condición que esos cambios no las alteren de forma tal que sus adherentes no puedan reconocerse en ellas. Algo de eso parece estar pasando con el peronismo en su nueva versión gubernamental.

Uno de los artifices de esa transformación, el ministro Triaca, ha dicho que el objetivo a conseguir es *la reconstrucción del capitalismo argentino* y que esa tarea será llevada a cabo por un *nuevo bloque de poder social, político, económico y tal vez hasta militar* que está naciendo.

Este tema de la reconversión del capitalismo ha sido colocado explícitamente sobre la mesa del debate nacional en los últimos años y cabe decir que ese fue uno de los méritos del gobierno anterior. LA CIUDAD FUTURA insistió muchas veces sobre la cuestión, convocando a la izquierda democrática a discutir un reexamen de las formas perversas en que se había planteado la relación entre capitalismo y estado en nuestra sociedad en las últimas décadas. No rechazamos, por lo tanto, la pertinencia del objetivo trazado en las leyes de reforma del estado y de emergencia económica, más allá de algunas limitaciones y aun peligros que ellas pueden traer.

El modo de regulación del capitalismo



argentino que emergiera y se consolidara entre 1930 y los años sesenta ha entrado en descomposición desde mediados de los setenta y hemos dicho insistentemente que nos parecía por lo menos ingenio querer superar esa decadencia con un retorno mítico al pasado. Sabemos también que esa transformación implica ajustes y que éstos tienen costos. El drama argentino, desde 1983 en adelante, consistió en que mientras se daba luz a un régimen de gobierno que implicaba el paso desde el autoritarismo hacia la democracia, no se acertaba —por falta de una

voluntad política firme del gobierno pero también por ceguera de la oposición y pasividad de la sociedad— en superar la descomposición de una fase histórica del nuestro capitalismo. Más aún (y estruendosamente desde febrero de este año) esa desgregación llegó a extremos mucho más graves, los que fueron ya terminales durante el tránsito electoral.

La hiperinflación, que llegara en julio a su climax y cuyas consecuencias perdurarán por mucho tiempo en nuestra trama social y cultural, desnuda el fin de una época

y la necesidad de un cambio, que podría haberse acometido en 1985, cuando el ex presidente convocó a una "economía de guerra" entre el desdén general y más aún cuando meses después lanzara el Plan Austral, el intento más serio para superar la crisis. No hubo entonces perseverancia, y la ocasión se perdió en circunstancias que hubieran sido menos dolorosas, pues todavía la dualización de nuestra sociedad no había alcanzado los trágicos niveles de hoy.

Pero ya no vale lamentarse. Un nuevo ajuste está en marcha y con él también lo está una reconstrucción de las alianzas entre poder político y poder económico, tal como lo anunciará el ministro de Trabajo. Y ambos, tipo de ajuste y fuerzas sociales que lo impulsan, ilustran sobre un proyecto de sociedad, que debe ser puesto en discusión.

Seguramente la ansiedad de muchos de nosotros por construir un régimen democrático de gobierno en la Argentina, tras décadas de autoritarismo, nos hizo caer en una exageración "politicista", en un desdén por los hechos sociales estructurales sacrificados a una visión demasiado autónoma de la política. Fue un error.

Pero lo que ha venido sucediendo con rutilante claridad desde febrero, obliga a acomodar las cargas del análisis de otra manera. No es exagerado decir que en aquel fuero lúcido seis, con el desborde del dólar impulsando a la hiperinflación (que a principios de mayo, con la liberación del mercado cambiario entró ya en torbellino), estalló un golpe de estado en la Argentina. Fue un golpe "seco", distinto en sus formas a los ya rutinarios en nuestra historia, pero similar en sus consecuencias sociales. A partir de allí los grandes grupos económicos estuvieron en condiciones de jaquear al poder político, no sólo al oficialismo de entonces —ya muy golpeado— sino también al sector que se sabía iba a ser gobierno tras las elecciones de mayo. El objetivo era, pues, doble. Por un lado, tritar lo que podía quedar como memoria del período iniciado en 1983, buscando la destrucción política de quien, como Raúl Alfonsín, aparecía como un símbolo importante de esa etapa. Por otro lado, y hacia el futuro inmediato, condicionar al máximo al relevo democrático que en la transición podía significar, como seguro triunfador electoral, el peronismo.

Vistas las cosas desde entonces, no es exagerado decir que esos objetivos, aunque sea momentáneamente pero con efectos residuales que pueden perdurar por mucho tiempo, han sido conseguidos. Quienes desbarataron los sucesos de febrero fueron llamados a ocupar los puestos de conducción económica, insólitamente premiados.

Ya han anunciado cuál es su proyecto de sociedad, tan lejano al discurso con el que el justicialismo ganó estas elecciones. ¿Cuál es ese proyecto? La voluntad de transformación que expresan los "capitanes de industria", los "formadores de precios" o como

# Sumario

2 Carlos Macchi: Para ilustrar la ilustración

3 La Ciudad Futura: ¿Y ahora qué?

4 Sergio Bufano: La vuelta de página

Un balance de la transición

5 Emilio de Ipola: Entre la pena y la nada

7 María Grossi: Apuntes para un debate sobre el radicalismo

10 Beatriz Sarlo: Punto de giro Hugo Zvezetti: Lo viejo y lo nuevo

11 Javier Franzé: De condenas, mitos y exculpaciones

12 Julio Godio: Sindicatos y gobierno en la transición

14 Guillermo Ortiz: La democracia como el peor de los pecados

16 María Catedrali: ¿Qué ocurre en el CONICET?

La herencia de la revolución francesa y la cultura política de la izquierda

17 Massimo Boffa: ¿Quién le teme al '89?

19 Umberto Cerroni, Biagio de Giovanni, Francesco Tolaro y Salvatore Veca: El sueño de un nuevo ciudadano

23 Pedro Brieger: Nicaragua: en el 10º año de la revolución  
24 Alberto Bozza: El antisemitismo, la historia y la cólera de los dinosaurios

26 José María Pérez Gay: Una sociología en el exilio

Lella Driben: Chagall, el pintor errante

28 Sergio Bufano: La vuelta de página

Libros

29 Ludolfo Paramio: El debate Brenner: estructura de clases agrarias y desarrollo económico en la Europa preindustrial, por T. H. Ashton y C.H.E. Philip, comps.

José Aricó: Latinoamérica. Análisis, testi, dibattiti.

Ensayo

30 Pietro Barcellona: El tiempo de la democracia

32 Antonio Marimón: La Argentina circular

## La Ciudad Futura

B. Mitré 2094 - 1º (1039) Tel. 953-1581

Dirección: José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Jorge Tula.

Consejo de Redacción: Javier Artigues, Sergio Bufano, Javier Franzé, Julio Godio, Antonio Marimón, Gustavo Merino, Guillermo Ortiz.

Comité Asesor: Emilio de Ipola, Jorge Doti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelmán, Juan Pablo Renzi, Oscar Torán, Héctor Leis.

Diagramación: Laura Rey.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo Nº 1777, Sucre 12, (1412), Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albaracín 1955, Cap. Fed. Distribución en kioscos del interior: Distribuidora Río IV, California 2587, Cap. Fed. Distribución en kioscos de Capital: Sinfin, Saavedra 710, Cap. Fed. Distribuidor en librerías: Puntot Sur, Julio A. Roca 751, 4º C, Cap. Fed.

Nº de Registro de la Propiedad intelectual: 150268.

Suscripción en el exterior (seis números) que incluye flete aéreo: u\$s 30.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.



ción social, la democratización de la economía y la participación y la organización comunitaria?», se pregunta Alvarez, recordando tópicos que estuvieron entre los levantados por el peronismo renovador y a los que, con razón, se resiste a ver sepultados.

Hay razones más de fondo para criticar la defecación renovadora y reclamarle a sus dirigentes que retomen la inspiración y los propósitos que estuvieron en los orígenes de esa corriente. En estos momentos—fines de julio de 1989— el modelo reconsecrador de salida de la crisis económica y de recomposición capitalista ha bu puesto en marcha el gobierno menemista está generando resistencias cada vez menos sordas. Las formas en que se procesen esas resistencias—lo sabemos— no pueden dejar indiferente a quien conciba la política, entre otras cosas, como un ejercicio de la responsabilidad. La vigencia no ideológica sino concreta de los tópicos que Alvarez evocara exigirá un movimiento de rectificación interna extremadamente auspicioso—y coherente, además, con su no menos auspicioso rezoamiento ideológico—. En la misma óptica deben leerse las iniciativas renovadoras—muy criticadas entonces— de redefinir la relación entre el partido y la CGT y, más generalmente, entre lo político y lo corporativo. La Renovación pudo así aparecer, y sería bueno que reapareciera, como una tendencia política democrática especialmente calificada para captar la modalidad específicamente argentina de la relación "estado-partidos-corporaciones" y proponer fórmulas novedosas para conciliar el principio de ciudadanía—donde se confió tradicionalmente el radicalismo—y el juego de intereses encarnado en las corporaciones—privilegiado hasta extremos riesgosos por el pe-

adolece el peronismo es, cuando está en el gobierno, el de tender casi sistemáticamente a transferir sus conflictos internos, que raramente son nimios, al seno mismo del Estado. Esto ya ocurría en vida de Perón, pero la autoridad del caudillo bastaba para neutralizar o limitar los efectos negativos de esa tendencia; como es sabido, la característica más visible y catastrófica del gobierno de Isabel Martínez fue por el contrario su irremediable impotencia para controlar esos conflictos. Ahora bien, si la Renovación no pudo eliminar ese déficit (imposible hacerlo de la noche a la mañana), es reconocer que, a través de un conjunto de decisiones tendientes a democratizar y dar la mayor transparencia posible al funcionamiento del partido, y cuya manifestación ejemplar, a la que aludí antes, fue la realización de elecciones directas para elegir a los candidatos a presidente y vicepresidente de la Nación, dicha corriente inició un movimiento de rectificación interna extremadamente auspicioso—y coherente, además, con su no menos auspicioso rezoamiento ideológico—. En la misma óptica deben leerse las iniciativas renovadoras—muy criticadas entonces— de redefinir la relación entre el partido y la CGT y, más generalmente, entre lo político y lo corporativo. La Renovación pudo así aparecer, y sería bueno que reapareciera, como una tendencia política democrática especialmente calificada para captar la modalidad específicamente argentina de la relación "estado-partidos-corporaciones" y proponer fórmulas novedosas para conciliar el principio de ciudadanía—donde se confió tradicionalmente el radicalismo—y el juego de intereses encarnado en las corporaciones—privilegiado hasta extremos riesgosos por el pe-

ronismo clásico—. De allí el papel valioso que la Renovación podría desempeñar en un futuro que, de continuar el proceso político en la línea trazada por la "reconversión" menemista, llevará probablemente a nuevos e inéditos reagrupamientos políticos en aras de una opción, y una oposición, democráticas y progresistas. Eso, sin duda, requerirá ayuda. Menem ha mostrado que la tiene en abundancia y lejos estoy de pensar que ése sea uno de sus defectos. Quizás el peronismo renovador esté destinado a extinguirse. Personalmente, no creo en ese destino, pero si así fuera, que ello no ocurra porque haya perdido repentinamente la voluntad de vivir, la lucidez y la imaginación política de que hizo gala hasta no hace mucho tiempo.

Al decir esto último, no me estoy arrojando no sé qué derecho a "iluminar" a los militantes renovadores. Sólo me limito a reafirmar el deseo de que el proyecto que dio vida a la Renovación—y que todo el espectro democrático argentino saludó en su momento con beneplácito— renazca, se afiance y se desarrolle. Me resisto a aceptar que la síntesis política efectiva entre los valores nacional-populares y los valores democráticos, intentada con dificultades pero también con convicción por los peronistas renovadores, sea una empresa imposible o vana. Existen sin duda varios proyectos políticos válidos, o al menos promisorios, en la Argentina. Pero esa síntesis—la vez válida y promisoriosa— no puede ser llevada a cabo sin la presencia protagonista de la Renovación. Solamente quien está encaucado por el resentimiento o el sectarismo, un partidario del general Bussi, de José Stalin o de Alerta Nacional, un promotor de censuras y de amnistías, un entusiasta del mercado libre con Estado de Sitio, un escriba de la revista "balala" joptae, en resumen, un enemigo solapado o abierto de la demo-

cracia, puede temer que revivan las potencialidades hoy injustificadamente adormecidas del proyecto renovador y desear su definitiva caducidad.

NOTAS

1 Poco antes de esas elecciones escribí un artículo en el que, junto con algunas críticas, expresaba mi deseo y mi esperanza de que la experiencia renovadora fructificase y se consolidara (de Ipolita, 1987: 333-374). Algunos comentaristas de ese texto, aún sin compartir mis juicios, quisieron reconocer esa intención—por ejemplo, Luis Alberto Quevedo (1988) y Vicente Palermo (1988). Otros, menos felices, se dedicaron, con variadas muestras de suficiencia y quisquillosa irritabilidad, a corroborar en los hechos cada una de mis críticas de entonces a la Renovación. Sobresalieron en esa empresa Mario Wainfeld (1988) y Hugo Chumbia (1989).

2 Es el caso de algunos artículos del número que la revista UNIDOS dedicó al triunfo de Menem en la interna y al fenómeno menemista en su conjunto; quisiera empero que quedara claro que aprecio y valoro la actitud de sacar a luz sin autoconcesiones los errores cometidos.

BIBLIOGRAFÍA

Hugo Chumbia: "El significado democrático de la evolución del justicialismo: 1983-1989" en VV.AA.: *El futuro de la democracia en Argentina*, Barcelona, Fundación Rafael Campalans, 1989.  
Emilio de Ipolita: "La difícil apuesta del peronismo democrático", en *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina* (J. Nun y J. C. Portantiero, comps.), Buenos Aires, Ed. Punturo, 1987.  
Luis Alberto Quevedo: "Recepción de 'Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina' (J. Nun y J. C. Portantiero comps.)", en *Punto de Vista*, núm. 32, Buenos Aires, abril-junio de 1988.  
Eduard Adler, 19, Buenos Aires, octubre de 1988.  
Mario Wainfeld: "Un realismo ofensivo", en *Crisis*, núm. 59, Buenos Aires, abril de 1988.

Escribir hoy sobre el futuro político de la Argentina es una tarea azarosa. El país vive la crisis económica más grave de este siglo con sus inevitables consecuencias sobre la organización social. Pero ésta no parece ser solamente una crisis de coyuntura sino también una crisis estructural del modelo de acumulación. Sus síntomas fueron, además, sin duda potenciados y agravados por la coyuntura política electoral y por la acción de los sectores que trataron de aprovechar el momento para redefinir favorablemente la correlación de fuerzas. A la incertidumbre, propia de la transición, se agrega hoy la perplexidad frente a la crisis y frente a la inversión de signo con que son retomadas las propuestas de cambio presentes en 1983 y que se frustraron en esos casi 6 años del gobierno de Alfonsín. Lo novedoso en 1983 no fue sólo que el radicalismo derrotara al peronismo, por primera vez en elecciones abiertas y competitivas, sino que lo hiciera con una propuesta popular y progresista que abrió—quizás por primera vez en la Argentina contemporánea— la posibilidad de negociar con propuestas de transformaciones sociales.

La recuperación de los orígenes populares del radicalismo yrigoyenista fue enmarcada en un proyecto de consolidación y (re)creación de instituciones democráticas, de vigencia de un sistema de partidos (condición para esta consolidación), de garantías de las libertades individuales y colectivas así como de condiciones dignas de sobrevivencia para todos los argentinos. Tarea sin duda difícil en una Argentina corporativa donde la paja distributiva salvaje reemplazó siempre a la política, donde un capitalismo subsidiado, prebendario y especulativo diluyó el riesgo de la actividad productiva, donde el estado fue perdiendo progresivamente autonomía y capacidad de formular e implementar políticas. La sociedad y el sistema político emergían del silencio, las expectativas eran muchas y sobrepasaban probablemente la capacidad de cualquier sistema político para satisfacerlas.

Si se tratara solamente de pensar las perspectivas del partido radical a la luz de los resultados electorales, la evaluación debería ser más bien alentadora para un partido que en una coyuntura económica muy difícil ha logrado más del 30% de votos. La derrota del 89 es relevante no respecto de los casos de otros partidos de gobierno en situación de transición sino respecto de las posibilidades abiertas en el 83. Es frente a estas posibilidades que el balance se vuelve dramático, porque se refiere más a la UCR como gobierno que como partido. Los proyectos de reforma se fueron esfumando así como los éxitos de las políticas económicas que siguieron a la adopción del Plan Austral. Alfonsín termina anticipadamente su mandato en medio de la parálisis del gobierno, del partido y con una hiperinflación que amenazaba (y amenaza aún) provocar situaciones de anomia y estallidos sociales violentos. El marasma que se fue "apoderando" del gobierno y sus instituciones contribuyen a opacar algunos saldos positivos entre los cuales, sin duda, el más importante fue la transferencia pacífica de un go-

De partido de gobierno al gobierno del presidente

# Apuntes para un debate sobre el radicalismo

María Grossi

La suerte del conflicto interno que sacude al radicalismo concierne al conjunto de la sociedad. Como principal partido de la oposición, debe contribuir a mantener el precario equilibrio sobre el que se sustenta el sistema político, defendiendo el estado de derecho. Como partido democrático avanzado, se enfrenta a la tarea de elaborar propuestas alternativas a la reconversión económica "de derecha" encarada por el gobierno actual. Propuestas que, a su vez, no pudo llevar a cabo cuando fue gobierno. Las razones del fracaso deben aun ser develadas, pero se encuentran también en un modelo de partido que no tiene capacidad transformadora.

bierno constitucional a otro?

El debate y las recomposiciones que esas elecciones desencadenaron en el interior de los partidos mayoritarios, en la medida que no se limiten a la pugna interna por el poder, concierne al conjunto de la sociedad. Esto es particularmente cierto respecto del radicalismo sobre quien recaerá, como principal partido de la oposición, la difícil tarea de ayudar a mantener el precario equilibrio del sistema político y al mismo tiempo elaborar propuestas alternativas. El sentido de estas notas no es otro que el de lanzar algunas ideas para la discusión, consciente que el riesgo de incurrir en errores es grande.

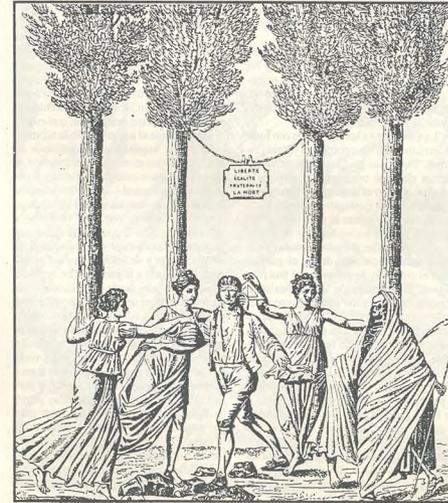
Hay que evitar la operación que consistió en un enjuiciamiento global del radicalismo como único responsable de este desencadenamiento. Esta operación sería quizás la más sencilla y altamente redituable tanto para el peronismo como para distintos sectores de la derecha argentina. Me parece, sin embargo, que la cuestión es mucho más compleja e involucra otros sectores sociales y políticos que lo cual, por supuesto, no exime al radicalismo de su cuota de responsabilidad. Mi objetivo no es dar cuenta del proceso de transición en su conjunto. El propósito más limitado—y no por ello más sencillo—es el de reflexionar sobre la evolución del radicalismo desde 1983: cómo enfrentó los desa-

fos que se presentaban entonces a la sociedad argentina y cómo los que de ahora en más tendrá que encarar desde la oposición. Me parece necesario aclarar también que la consolidación del sistema democrático en la Argentina no puede prescindir de un sistema de partidos; en consecuencia apostar al debilitamiento del partido radical es conspirar en contra de esta posibilidad. Con los actores intercambiados el razonamiento es equivalente al efectuado en 1983-1986 cuando el radicalismo vivió su suceso hegemónico y especuló con un tercer movimiento histórico y con la fractura del peronismo.

Volvamos al 83. El radicalismo llega al poder con fuerte consenso de origen pero recibe también, como legado del régimen militar, pesadas cargas. Quizás los mayores desafíos a los cuales tuvo que hacer frente fueron los de revertir la situación de fuerte deterioro de la economía con todas las restricciones planteadas por la deuda externa; darle un tratamiento adecuado al problema militar y de los derechos humanos; y asegurar la consolidación del estado de derechos y de las instituciones democráticas.

Me parece importante intentar diferenciar el análisis del radicalismo, en tanto partido, de su evolución como partido en el poder. Con relación al primer aspecto, quizás se pueda empezar por el final señalando que si bien la UCR no salió derrotada de la derrota electoral, ésta repercutió fuertemente en su interior. En estos momentos enfrenta una crisis similar a la que vivió el peronismo luego de su derrota en 1983, crisis que, hay que recordar, no tuvo todavía una resolución definitiva.

El alfonsinismo, además de proporcionarle al radicalismo la posibilidad de ganarle por primera vez al peronismo y permitirle al partido revivir las situaciones de movilización, participación y apoyo popular que no se habían repetido desde los lejanos tiempos de Yrigoyen, también produjo cambios que transgredieron los mecanismos tradicionales de funcionamiento partidario. El verticalismo que imprimió Alfonsín a su estilo de conducción sólo es comparable a la figura de Perón y a la manera como condujo al movimiento peronista y que precisamente había sido sistemática y reiteradamente criticada por el radicalismo en nombre de la democracia interna y de una visión de partido que se contraponía al movimentismo peronista. Con Alfonsín a la cabeza secundado por la Junta Coordinadora Nacional, el alfonsinismo impuso su hegemonía al conjunto del partido dejando en segundo plano a los sectores no alfonsinistas. Esta tendencia es menos clara en el primer año de gobierno pero se fue acentuando desde comienzos de 1985. De todos modos, ya en 1984 la modificación de la carta orgánica que impedía la superposición de cargos de dirigentes partidarios y de puestos en el ejecutivo es un indicador de esta tendencia. El presidente se transformó en el referente casi exclusivo y pasó a ser también el árbitro último de las contiendas partidarias, volviendo en la práctica inoperantes y secundarios los mecanismos tradicionales de conducción del partido; en el límite se puede hablar de un proceso de desinsti-



**Editorial PAIDOS**  
ESTADO Y SOCIEDAD  
G. O'DONNELL, P. SCHEMITTER y L. WHITEHEAD: *Transiciones desde un gobierno autoritario*  
1. Europa meridional  
2. América latina  
3. Perspectivas comparadas  
4. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas  
PAIDOS COMUNICACIÓN  
M. RODRIGO ALARIN: *La construcción de la noticia*  
L. VILCHEZ: *Manipulación de la información televisiva*  
J. TUSÓN: *El lujo del lenguaje*  
INSTRUMENTOS PAIDOS  
M. de MARINIS: *El nuevo teatro, 1947-1970*  
PAIDOS ESTÉTICA  
P. FRANCAVILLA: *La realidad figurativa, I. El marco imaginario de la expresión figurativa*  
*La realidad figurativa, II. El objeto figurativo y su testimonio en la historia*  
GRUPOS Y ORGANIZACIONES  
J. ETKIN y L. SCHVARTZ: *Identidad de las organizaciones. Invariancia y cambio*  
NARRATIVAS DE HOY  
JOHN FANTE: *Espera a la primavera, Bandini*  
STANLEY ELKIN: *El no va más*  
TORY OLSON: *La vida de Jesús*  
JOHN FANTE: *Pregúntale al polvo*

**Novedades del Fondo**  
José Luis Romero  
La experiencia argentina  
César Paternosto  
La escultura inca  
Una visión contemporánea  
Gertrude Himmelfarb  
La idea de la pobreza  
Giorgos Séferis  
El estilo griego I.  
K. P. Kaváfis / T. S. Eliot  
J. David Bolter  
El hombre de Turing  
  
**FONDO DE CULTURA ECONOMICA**  
Suipacha 617, 1008 Buenos Aires.  
Tel.: 322-7262/322-0825/322-9063



cionalización. Mientras el partido, y sobre todo el presidente, tenía un amplio consenso en la opinión pública, el partido radical se convirtió en liderazgo y usufructuó de los réditos directos e indirectos de ese consenso. Recién cuando empezaron los problemas afloran las susceptibilidades, las fisuras, y se hace más visible cierta distancia entre el partido y el gobierno. Y esta distancia aparece tímidamente a raíz del fracaso del Plan Austral pero en forma más pronunciada después de la derrota electoral de 1987.

El malestar no se transforma, sin embargo, en un cuestionamiento claro y unificado al liderazgo de Alfonsín: lo que se va produciendo es una fragmentación en el interior del partido. Pero las fisuras y líneas internas que se multiplicaron en estos casi 6 años no necesariamente tuvieron una relación directa con diferencias ideológicas o programáticas. Estas diferencias, que si existían en los años 70 y a comienzos del 80 se fueron desdibujando en el ejercicio del poder, abriendo paso a una pugna cada vez más teñida por la repartición de los espacios de poder.

Las dificultades de gobierno empezaron rápidamente a oponer límites al voluntarismo político de los sectores más cercanos a Alfonsín, fundamentalmente la juventud del partido. Lamentablemente estas dificultades no impulsaron una redefinición y revisión de los objetivos. Se produjo, en cambio, una progresiva clausura de los hombres alrededor del presidente y una utilización clientelar del aparato estatal como recurso político hacia dentro y hacia fuera del partido.

En todo caso, las diferencias ideológicas difícilmente podrían aflorar en un partido que puso en desuso sus mecanismos de discusión y resolución de conflictos y adoptó una actitud de seguidismo respecto del presidente. Un buen ejemplo fueron las elecciones internas para designar candidato a las elecciones presidenciales del 89 que se convirtieron, en la práctica, en un simulacro despojado que Alfonsín indicó públicamente a Angeloz como su candidato. Angeloz era, paradójicamente, un hombre que no integraba las filas del alfonsinismo pero que, por diversos motivos, era probablemente (o así fue visto) una de las pocas alternativas que

tenía el radicalismo para intentar mantenerse en el poder.

Una vez iniciada la campaña, Angeloz tomó distancia respecto de un caballero solitario y terminó por enclaustrarse detrás suyo a buena parte del radicalismo no alfonsinista.

Frente a la profundización de la crisis económica teniendo por delante la campaña electoral, el partido no logró ofrecer respuestas homogéneas. Mientras el alfonsinismo puso en primer plano los logros en el campo de la recuperación de las instituciones, Angeloz y el sector que lo seguía pusieron el énfasis en los desiertos de la administración alfonsinista. Se inclinaron por un discurso más liberal-conservador, capturados por el clima antistatista difundido por la derecha con la esperanza de ganar así los votos de este electorado.

El momento de mayor tensión entre ambos líderes fue, sin duda, cuando Angeloz presionó —y logró— la renuncia del ministro Sourrouille. Así, al final del gobierno, las diferencias volvieron a plantearse en términos de propuestas políticas.

La UCR llegó a las elecciones con fuertes tensiones entre sus corrientes y líneas internas. Tensiones que, evidentemente, la derrota electoral contribuyó a acentuar a punto tal que hoy es difícil preguntarse sobre la posibilidad de eventuales rupturas.

En lo que se refiere al segundo aspecto señalado, uno de los hechos más significativos es, a mi juicio, el traslado gradual de la hegemonía alfonsinista desde el partido hacia el gobierno, lo que provocó una progresiva marginalización del radicalismo respecto de la gestión gubernamental. El punto de inflexión de esta curva se sitúa a comienzos de 1985. Hasta entonces, si bien el liderazgo de Alfonsín fue fuerte y dominante, existía todavía una presencia relativamente importante de la UCR en los puestos de gobierno por lo cual, en este período, es posible hablar de un *gobierno de partido*. En 1983, lo decisivo fue la recuperación de la democracia política. La UCR encarnó la imagen de una nueva Argentina, fue percibida y se percibió a sí misma como artefacto del nuevo país. A pesar de la grave crisis económica, heredada del régimen militar, la democracia recuperada fue un factor de

consenso y apareció, además, como la llave que abrió todas las puertas para el logro de las transformaciones económicas y sociales.

Durante este primer período —si bien, como señalé, el liderazgo de Alfonsín fue el motor del gobierno— el presidente no tomó distancia respecto de las grandes líneas partidarias, en particular, en materia económica. La política desarrollada por el ministro Grinspun, no se diferenciaba de las tradiciones redistributivas, intervencionistas y orientadas al mercado interno que habían caracterizado al radicalismo. Definiendo la política económica del gobierno militar como expresión de una minoría privilegiada —definición compartida por la mayoría de la sociedad en 1983—, el radicalismo puso rotundamente los planteos clásicos del partido opuestos a estas minorías. Planteos que le permitían al partido ocupar el gobierno y mantenerse a la vez en la posición de "partido de la sociedad".

Pero a partir de 1985 empezó un vuelco importante en la relación del presidente con el partido. La crisis económica, que estaba al accho desde el inicio del gobierno, mostraba signos inquietantes a comienzos de 1985. El cambio en el equipo económico, el anuncio de una economía de guerra y finalmente el Plan Austral —una política heterodoxa de ajuste— son las señales claras de un cambio de estilo de gobierno. De hecho a partir de entonces empezó una etapa que podríamos caracterizar como el *gobierno del presidente y de los hombres del presidente*. Se asistió a la puesta en un segundo plano del partido, desde dos puntos de vista: por un lado, el presidente pasó a detener y a retener toda la iniciativa, en particular en materia de política económica. Su equipo de gobierno se compuso entonces combinando técnicos, extrapartidarios y radicales venidos del alfonsinismo que respondían al presidente y sólo muy secundariamente al partido. Por otro lado, el radicalismo sufrió también las consecuencias del lugar más que secundario dejado al Parlamento en esta etapa. El eje del sistema político pasaba fundamentalmente por el presidente. Esta centralidad de la figura presidencial es un rasgo del sistema presidencialista que tiende a acentuarse en coyunturas de crisis eco-

nómicas internas. La marginación del parlamento, el gobierno por decreto y el siglo que revisitaron las decisiones sobre las políticas económicas durante el período inicial del Plan Austral se enmarcaron en este contexto y en la necesidad de reforzar el poder del ejecutivo.<sup>2</sup> Pero también es cierto que "Alfonsín fue más allá y enfió en la dirección de conformar un sistema político cuyos diferentes planos de negociación, gestión de gobierno y de 'invención' política pasaran necesariamente por él. La tentación era enorme, los presuntos beneficios también, y la fascinación que esto ejerció sobre el presidente veló su percepción de los riesgos asociados a un desgaste abrupto y potencialmente irreversible. Esto último, quizás podría haber sido atenuado por la presencia de un partido que compartiera efectivamente responsabilidades en algunos espacios relevantes de la acción política, por ejemplo de las relaciones con el peronismo".<sup>3</sup> Ello no solamente no fue así sino que la centralidad de la figura presidencial dificultó, si es que no impidió, el funcionamiento mismo de un equipo de gobierno. Las reuniones de gabinete fueron en la práctica hechas excepciones estableciendo relaciones bilaterales entre el presidente, sus ministros, secretarías y asesores.

Otro aspecto que me parece relevante respecto a la evolución del radicalismo en el poder es su relación con la oposición. Aquí también me parece distinguir dos etapas. La primera, en la cual, si bien mantuvo una ambigüedad respecto del peronismo eligiendo de modo algo maquiavélico los interlocutores que privilegiaba, no se puede hablar de confrontación. Esta se dio más bien la relación con el sindicalismo y no con el partido. En cambio, a mediados de 1985 y en consonancia con el éxito inicial del Plan Austral, el alfonsinismo se dejó llevar por el sueño de hegemonía cediendo a lo que Torcuato Di Tella llamó "la fantasía priista". Este intento, sin embargo, no significó nunca abandonar el respeto por las prácticas de la democracia pluralista y competitiva, lo cual, por supuesto, implicaba también límites muy rápidos a la concreción de la vocación hegemónica. Durante este período los intentos de romper el peronismo por confrontación o por cooptación fueron

más evidentes. Empecé a gestarse la alianza con el grupo de los 15 que terminó en la fastidiosa incorporación de Alderete, un sindicalista de este grupo, como ministro de Trabajo.

El tercer movimiento histórico fue en el límite una operación antipartido que afectó, paradójicamente, menos al peronismo que al radicalismo en la medida en que junto con la idea de democracia plebiscitaria, enfatizaba el liderazgo carismático de Alfonsín en detrimento del partido. Fue el período de los grandes proyectos (traslado de la Capital, reforma constitucional, reforma de los estatutos, etc.), propuestas sin pactos interpartidarios y sin siquiera la búsqueda de consenso dentro del radicalismo. Algunas de las propuestas refundacionales y de transformaciones que la sociedad argentina requería —como las que fueron sintetizadas en el discurso de Parque Norte— se esfumaron y fueron desvaloradas por el sueño de hegemonía. Esta fue, quizás, la gran oportunidad perdida por el radicalismo alfonsinista para llevar a cabo cambios económicos y políticos en la dirección de una sociedad más igualitaria de la mano del afianzamiento de un sistema político más democrático.

En este punto cabe preguntarse si la UCR estaba en condiciones de llevar a cabo estos proyectos y más aún si el conjunto del partido tenía la predisposición y la voluntad política para hacerlo. La respuesta es casi seguramente negativa para ambas preguntas. Pero también es cierto que no hubo intentos sistemáticos para movilizar a los militantes y a las dirigencias de las varias líneas internas para lograr cambios no sólo en el interior del radicalismo sino también y, fundamentalmente, en su relación con la sociedad. Frente a la evidente insuficiencia del partido para motorizar algunos de los cambios impulsados por el Presidente, se realizó un intento de negociación, el acuerdo y la concesión. Dado que las propuestas de concertación al enfrentamiento abierto, todos los intentos de lidiar con los intereses corporativos se mostraron vanos. La "Argentina real" se mostraba más vigorosa que nunca. Con todas las correcciones en su contra, el gobierno cedió cada vez más a las presiones contradictorias de sindicalistas, empresarios, burguesía agraria, exportadores y especuladores de todo tipo. Para no hablar de las presiones de otro in-

terferido a las dificultades muy concretas y reales de gobernar una sociedad poco dispuesta a someterse a las reglas de la representación, el gobierno cedió en la confrontación, el acuerdo y la concesión. De las propuestas de concertación al enfrentamiento abierto, todos los intentos de lidiar con los intereses corporativos se mostraron vanos. La "Argentina real" se mostraba más vigorosa que nunca. Con todas las correcciones en su contra, el gobierno cedió cada vez más a las presiones contradictorias de sindicalistas, empresarios, burguesía agraria, exportadores y especuladores de todo tipo. Para no hablar de las presiones de otro in-

Frente al mencionado proceso de marginación la UCR no mostró una vital capacidad de reacción. Ello no significó, sin embargo, que no se estuviesen produciendo sobreajustes y heridas, algunas profundas pero que sólo empezaron a aflorar posteriormente cuando las dificultades de gobernar la sociedad argentina se fueron haciendo más insuperables. En particular desde 1987, cuando el gobierno fue perdiendo capacidad de iniciativa política y las variables económicas empezaron también a escaparse de las manos. Fue, entonces cuando empezó el progresivo retorno a la "Argentina real": la inflación, la presión corporativa. Si es cierto que hubo un proyecto alfonsinista, el gobierno no pudo ser consecuente con él. Frente a la crisis económica, a la crisis de estado y de un modelo de estado, la respuesta alfonsinista fue híbrida: se habló de la modernización, la reforma del estado, el cambio en el patrón del capitalismo subsidiario, la reforma fiscal, la reforma constitucional, etc. Pero en la práctica, se privilegió la lógica política que respondía a la vocación hegemónica más que a las necesidades. A partir de este momento cada vez se actúa menos en función de un plan de gobierno; por el contrario, se buscan respuestas *ad hoc* a urgencias puntuales.

Otra dificultad, producto de la dualidad del sistema político argentino, es que el radicalismo no pudo superar, fue el peso de los intereses corporativos, ajenos como se sabe, a la lógica de la representación política. Un "partido de ciudadanos" que internalizó la noción de "un ciudadano, un voto", no pu-

do jugar como mediador y menos aún como articulador de intereses sectoriales. Además está decir que tampoco pudo cumplir el rol de seleccionar entre demandas corporativas muchas veces contradictorias entre ellas. A esta caracterización de "partido de ciudadanos" se suma otra, la de "partido de la sociedad" por oposición al "partido de gobierno"<sup>4</sup> y que tiene sus raíces en el momento mismo del surgimiento de la UCR, partido concebido como un representante de la Nación y de sus intereses opuestos a los del régimen oligárquico. El partido definió un adversario político y no social. Esto lo llevo a ubicarse como un partido frente al poder y, en el límite, en oposición a él. Este rasgo marcó al radicalismo en toda su historia posterior. Vuelve a aparecer en los años 40 respecto del peronismo, definido también como un adversario político y no social.

Con más razón en el período 1976-1983 el radicalismo se resume como representante de la sociedad en contra de la dictadura militar y de su ejercicio excluyente del poder. En momentos de cierre político hubo una identificación entre esta visión y la percepción de amplios sectores de la sociedad que, en los años anteriores a 1916 o en el período que se abre a partir de 1976, estaban excluidos políticamente. La contraparte de esta auto percepción fue la dificultad que tuvo el radicalismo para actuar como partido de gobierno.

Enfrentado a las dificultades muy concretas y reales de gobernar una sociedad poco dispuesta a someterse a las reglas de la representación, el gobierno cedió en la confrontación, el acuerdo y la concesión. De las propuestas de concertación al enfrentamiento abierto, todos los intentos de lidiar con los intereses corporativos se mostraron vanos. La "Argentina real" se mostraba más vigorosa que nunca. Con todas las correcciones en su contra, el gobierno cedió cada vez más a las presiones contradictorias de sindicalistas, empresarios, burguesía agraria, exportadores y especuladores de todo tipo. Para no hablar de las presiones de otro in-

terferido a las dificultades muy concretas y reales de gobernar una sociedad poco dispuesta a someterse a las reglas de la representación, el gobierno cedió en la confrontación, el acuerdo y la concesión. De las propuestas de concertación al enfrentamiento abierto, todos los intentos de lidiar con los intereses corporativos se mostraron vanos. La "Argentina real" se mostraba más vigorosa que nunca. Con todas las correcciones en su contra, el gobierno cedió cada vez más a las presiones contradictorias de sindicalistas, empresarios, burguesía agraria, exportadores y especuladores de todo tipo. Para no hablar de las presiones de otro in-

terferido a las dificultades muy concretas y reales de gobernar una sociedad poco dispuesta a someterse a las reglas de la representación, el gobierno cedió en la confrontación, el acuerdo y la concesión. De las propuestas de concertación al enfrentamiento abierto, todos los intentos de lidiar con los intereses corporativos se mostraron vanos. La "Argentina real" se mostraba más vigorosa que nunca. Con todas las correcciones en su contra, el gobierno cedió cada vez más a las presiones contradictorias de sindicalistas, empresarios, burguesía agraria, exportadores y especuladores de todo tipo. Para no hablar de las presiones de otro in-

terferido a las dificultades muy concretas y reales de gobernar una sociedad poco dispuesta a someterse a las reglas de la representación, el gobierno cedió en la confrontación, el acuerdo y la concesión. De las propuestas de concertación al enfrentamiento abierto, todos los intentos de lidiar con los intereses corporativos se mostraron vanos. La "Argentina real" se mostraba más vigorosa que nunca. Con todas las correcciones en su contra, el gobierno cedió cada vez más a las presiones contradictorias de sindicalistas, empresarios, burguesía agraria, exportadores y especuladores de todo tipo. Para no hablar de las presiones de otro in-

terferido a las dificultades muy concretas y reales de gobernar una sociedad poco dispuesta a someterse a las reglas de la representación, el gobierno cedió en la confrontación, el acuerdo y la concesión. De las propuestas de concertación al enfrentamiento abierto, todos los intentos de lidiar con los intereses corporativos se mostraron vanos. La "Argentina real" se mostraba más vigorosa que nunca. Con todas las correcciones en su contra, el gobierno cedió cada vez más a las presiones contradictorias de sindicalistas, empresarios, burguesía agraria, exportadores y especuladores de todo tipo. Para no hablar de las presiones de otro in-

terferido a las dificultades muy concretas y reales de gobernar una sociedad poco dispuesta a someterse a las reglas de la representación, el gobierno cedió en la confrontación, el acuerdo y la concesión. De las propuestas de concertación al enfrentamiento abierto, todos los intentos de lidiar con los intereses corporativos se mostraron vanos. La "Argentina real" se mostraba más vigorosa que nunca. Con todas las correcciones en su contra, el gobierno cedió cada vez más a las presiones contradictorias de sindicalistas, empresarios, burguesía agraria, exportadores y especuladores de todo tipo. Para no hablar de las presiones de otro in-

decisiones de gobierno.

Todo indica que la recomposición estructural de la economía que se está dibujando conducirá a una exclusión económica y a una marginalidad social aún más acentuada que la que ahora estamos presenciando. Es bueno recordar que esto se hará de la mano de un partido popular en un país que precisamente se diferencié en el pasado por la temprana incorporación política y luego social de los sectores populares. El peronismo de Menem ha decidido, como todo lo indica, canjear esta recomposición.

En el futuro, y apostando a que el sistema político sobrepasa una transición cuyo grado de traumatismo sobrepasa las peores expectativas, el radicalismo tendrá que enfrentarse a la crisis de identidad con la que ha concluido esta experiencia de gran medio. Su futuro político dependerá en gran medida de cómo se posicionen frente a algunas definiciones insoslayables, tanto hacia el interior del partido como respecto de algunos grandes temas en debate. Entre la coalición de centro derecha encarnada por el menemismo y una izquierda que no sólo ha perdido fuerza electoral, sino también capacidad de influir ideológicamente, el radicalismo deberá encontrar su lugar. Despertado duramente de su sueño fugaz de hegemonía está quizás en mejores condiciones de formular con mayor coherencia una propuesta de estado y sociedad donde los temas de la reforma del estado, de la reforma constitucional, la modernización, la participación, la recomposición estructural de la economía, así como otros que dominaron su discurso político, asuman la realidad que pudo tener en su práctica política, la garantía de las libertades individuales y colectivas, el respeto a las instituciones y al estado de derecho.

Los primeros esfuerzos probablemente tendrán que ser hechos hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos, por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la redefinición de la función fundamental del partido y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Valias preguntas quedan por contestar sobre el rol del radicalismo en esta experiencia de transición. Una, sin duda insoslayable, es acerca del desdibujamiento de las propuestas de cambio. Constatarla exige un análisis detallado y sistemático de este período. Pero no parece arriesgado afirmar que más allá de todas las dificultades, algunas de las cuales fueron mencionadas en estas notas, faltó una propuesta programática coherente alrededor de la cual se movilizara el partido y permitiera orientar la acción del gobierno.

Julio de 1989

#### NOTAS

<sup>1</sup> Gran parte de las ideas que se discuten aquí fueron desarrolladas en un artículo que escribí con Marcelo Cavarozzi: *De la reinvención democrática al rol político y la hiperinflación (el itinerario de los partidos políticos durante los años de Alfonsín)*, Buenos Aires, 1989, mimeo.

<sup>2</sup> Pese a que uno de los logros más significativos del gobierno de Alfonsín fue el haber promovido el juicio a los militares involucrados en los actos de terrorismo de Estado, su trascendencia fue opacada por los episodios militares que se sucedieron a partir de Semana Santa.

<sup>3</sup> Sobre este aspecto véase: Juan Carlos Torre, *Entre la economía y la política. Los dilemas de la transición democrática en América Latina*, Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella, 1989, mimeo.

<sup>4</sup> Cavarozzi, M., Grossi, M., op. cit., p. 10.

<sup>5</sup> Para una explicación de lo que esto significó (tanto para Alfonsín como para el resto del radicalismo) véase: M. Y. Gritti, R., "Los partidos frente a una democracia difícil: la evaluación del sistema partidario en la Argentina", *Crítica y Utopía*, núm. 18, Buenos Aires, 1989. También un Grossi, M., "Una opción positiva", *La Ciudad Futura*, núm. 12.

<sup>6</sup> Ver Cavarozzi, M. y Grossi, M. op. cit.



## Dos reflexiones sobre el ciclo alfonsinista y su resultado

# Punto de giro

Beatriz Sarlo

A lgo en el gobierno radical y en el estilo del alfonsinismo atráa a las capas medias y los intelectuales. No necesariamente de manera positiva, sino como abanico de políticas donde podían encontrarse representados o expresar un desacuerdo abierto. En verdad, pocos se sustrajeron a la oportunidad de evaluar cada gesto del gobierno que venía a restaurar el carácter precisamente público que la política había ignorado durante la dictadura. Hace ya bastante tiempo, también en *La Ciudad Futura*, escribí que Alfonsín se había convertido en el Gran Enunciador que aspiraba a tener de manera permanente la iniciativa; temas como los de la democracia moderna y participativa, la reforma del estado, el traslado de la capital, eran puestos y sacados de circulación con una velocidad de giro ciertamente vertiginosa. Los intelectuales, por su parte, estaban en su salsa: a las libertades públicas que el gobierno garantizaba, se agregaba esta serie de incitaciones al debate.

Este estilo casi barroco de proponer reformas terminó bastante abruptamente en el curso de 1987. La fecundidad y versatilidad del doctor Alfonsín contrastaban con la impotencia con que el gobierno observaba las

maniobras tanto de los grandes capitanes de la economía como de grandes y pequeños oficiales del ejército. Después de septiembre de ese año, el gobierno pareció ensimismarse en su derrota electoral, perdiendo la iniciativa discursiva que había mantenido hasta entonces. La crisis económica y la cuestión militar, reabierta y contradictoriamente encarada, colocaron en el centro de la escena no los grandes proyectos de la primera etapa sino los dos obstáculos básicos al proceso de democratización. El peso de las resistencias profundas cobraba su revancha. Concluía la "etapa ideológica" del gobierno radical.

Creo, en ese sentido, que 1987 es un punto de giro: el gobierno radical ya parecía haber dado todo lo que podía. Y entiendo en ese todo el procesamiento de las juntas, las garantías democráticas, el funcionamiento de las instituciones, la firma de la paz con Chile, el proceso de renovación en los grandes partidos políticos. Sobre esos puntos se podía emitir juicios diferentes pero esas habíamos sido, sin duda, las cuestiones que el radicalismo había abierto con éxito. Una de ellas, el juicio a los responsables del autoritarismo de estado, dará paso, a corto trecho, a una serie de retrocesos que a la vez de pun-

to final, la obediencia debida y el proyecto por salum.

Algunas propuestas habían quedado por el camino: del ministro Mujica al ministro Alderete, la política del gobierno frente al sindicalismo había cambiado dramáticamente, quizás en reconocimiento de que carecía de las fuerzas institucionales y de los apoyos sectoriales para llevar a cabo una renovación profunda de las organizaciones sindicales, su vínculo con el estado y con la poderosa palanca de las obras sociales. Otros temas se encontraron con igual resistencia por parte de la oposición y pareja incapacidad del gobierno: la reforma del estado dio lugar a propuestas tardías, más aventuradas que audaces y finalmente desechadas. La crisis, desde la salida del Plan Primavera en adelante, puso a la economía al orden del día, no sólo por los sectores que estaban padeciendo desde el comienzo y agudamente un proceso de pauperización cuya visibilidad de hoy alarmante.

¿En qué país, entonces, pensamos hoy una relación con la política? Diferente, sin duda, al de 1983. Algunas cuestiones recitaban una atención pública inédita (libertades civiles, respeto los humanos), otras (centralmente, la cuestión militar) rema-

necen como puntos conflictivos y seguramente el gobierno de Menem administrará soluciones que no se compatibilizan con el imperio de una justicia igual para todos; y, pasando de última a primera instancia, la economía rearma el tablero de una manera que no imaginábamos entonces. La hiperinflación carcome certezas que no tienen que ver sólo con lo económico, y pone en peligro las bases culturales de la construcción de lo cotidiano.

Por otra parte, cómo nos vamos a vivir en un país que, en el curso de su historia moderna, había incorporado progresivamente al consumo y a la ciudadanía social, a sectores cada vez más amplios. Hoy vivimos en un país que excluye, y por lo tanto en una sociedad injusta y profundamente dividida entre ricos y pobres. Si no puede responsabilizarse sólo al radicalismo de esto, tampoco es posible proponer que cinco años y medio de gobierno deban quedar al margen del juicio sobre una Argentina de víctimas y grandes beneficiarios de la crisis. El radicalismo creyó, en un principio, que eran las corporaciones, bajo su signo sindical y militar, los grandes obstáculos; se ha probado que los tiempos de este tipo de análisis son más tímidos que algunos pares generales.

# Lo viejo y lo nuevo

Hugo Vezzetti

S el ciclo alfonsinista se inició bajo el fervor de consignas fundacionales, la secuencia de su ascenso, apogeo, declinación y caída puede ser rápidamente asociada a la repetición de otros procesos de gobierno —democráticos y de facto— que cumplieron una curva similar. Por otra parte, podría decirse que en las alternativas "descendentes" de ese ciclo se condensa dramáticamente la historia de cien años de historia argentina.

Es cierto que esa "caída" final no lo fue en términos institucionales, en la medida en que el traspaso anticipado del poder, aun con sus variantes *ad hoc*, no rompió la continuidad del régimen democrático. Pero, en todo caso, pocos se han orientado a resaltar esa continuidad (y el presidente Menem no tiene por las ilusiones respecto del futuro: una *República dividida*, crecientemente escindida en lo social, vendrá a consolidar el camino, bastante avanzado ya, de una *latinoamericanización* "a la argentina").

En el mismo tiempo, un nuevo "sentido común", parcialmente reaccionario, parece imponer su hegemonía sobre un discurso

político menguado, ante una ciudadanía desarticulada e orientada. Más allá de las estrategias aisladas, el espectro político que va del centro a la izquierda se ha mostrado incapaz de sostener un discurso público orientador que, sin desconocer la realidad y la profundidad de la crisis, exponga y defienda valores y condiciones para encararla.

Ausente esa función esclarecedora de la política, a la lógica "salvaje" del capitalismo autocrático replica armónicamente en vastos sectores sociales una cultura de la supervivencia, una propensión al "resquebraje" y a la salvación individual y sectorial. En estas circunstancias, la exhortación al pragmatismo y la "desideologización" tiene tanto sentido como la indicación de una dieta estricta a un paciente en estado de inanición. De la desintegración de los lazos de solidaridad y la vertiginosa transformación y descarte de referencias y tradiciones simbólicas que sostienen filiaciones político-culturales, a la captura de la escena pública del acontecimiento y el espectáculo, todo se desdibuja en un presente continuo. No hay casi pasado que recuperar y no hay evalu-

ción posible ni aprendizaje de los errores, ni sentido de orientación. Más allá de las estrategias definibles, salvo los slogans de la derecha económica. Y en ese espacio vacío de tradiciones y cultura política puede instalarse —y lo que es peor, legitimarse— el mero empresarial derecho de los asuntos públicos y el predominio de la confluencia de los intereses sectoriales.

Algo enteramente similar y al mismo tiempo mucho más grave parece anunciarse como "solución" al problema de los juicios a militares. Porque allí, las concesiones a la presión corporativa disfrazadas bajo el manto de pacificación encubren una reivindicación del terrorismo de estado que afecta seriamente la legitimidad de origen del sustento ético del régimen democrático. Básicamente porque altera la condición fundamental de la justicia como valor igualador, a la vez que desdibuja la separación tajante respecto del modelo dictatorial, violento, de régimen político.

Si bien es cierto que la primera versión mira al rey de Corinto desde los Dioses mientras que la segunda prefiere ubicarse en la ciudad-estado, por lo que se toma una lectura más descalzadora, aunque sin llegar a ser laica pues tiende a deificar a Sísifo, de todas maneras ambas interpretaciones recaen en un error similar: leen la experiencia histórica siguiendo las reglas que el mito mismo les propone. Producen, en definitiva, un desciframiento mediático por el cristal de lo sacro. El mito se autoperpetúa.

Es que la estampa sísifiana, en tanto que hecha por mitades de blasfemia y heroísmo, Sólo admite que se la piense desde el espe-

24/7/89

## Acercar de dos modos de evaluar la gestión '83-'89

# De condenas, mitos y exculpaciones

Javier Franzé

¿Qué viabilidad le cabe a la democracia en la Argentina si no se plantea como tarea la descorporativización del mundo social? ¿qué es lo que ha posibilitado la restauración de esa cultura política que ve en las corporaciones la razón de ser de eso que llama el "pueblo-nación"? ¿cómo se vincula este revivir con la forma que tomó el intento descorporativizador desarrollado entre 1983 y 1989? y, por último, ¿de qué manera los discursos políticos caracterizan ese intento?

Jerme: éste hará del rey de Corinto o bien un héroe o un villano o bien un quijote tallado por la santidad de su creencia, incomprendido por lo útil. Al plantearse en términos sacros, el mito inscribe a sus lectores en el mundo que él mismo genera: esto es, un universo de víctimas, avernos, fallos y condenas. Entonces las conclusiones, embriones de esas lecturas, quedan capturadas en la lógica binaria de los polos víctima-verdugo: esas conclusiones, sea que absueven y más aún, precisamente por lo hecho, actúan como evidencia y condena en sí lo maniqueo que subyace en lo sacro.

¿De qué manera reumba esa óptica sacra en la lectura política? En ambas visiones, toda acción política queda comprimida y atrapada en los términos de una evaluación meramente preocupada en elucidar si la experiencia histórica en cuestión merece la recompensa paradisiaca o más bien el castigo de los infernos, según si, respectivamente, se absuelve o se condena. Así, toda posibilidad de desplegar los recodos de los procesos sociales-sociales es aplazada por la reducción lineal, para la cual el Bien permanece siempre fiel a sí mismo y no puede sino engendrar más de lo mismo, tanto con el Mal.

La mirada condenatoria desconoce, desecha apriori (he aquí la falta ética jugando como supuesto) el derecho a plantear determinadas acciones como tareas políticas; por ejemplo, aquellas que estén enderezadas a deconstruir cierta parcela de poder, a la que se pretende sagrada. Ese espacio de lo bueno es el de lo que debe permanecer por fuera de la disputa pública, de la política en tanto tal. Tal sólo idear la restitución de esos tópicos al ámbito civil constituirá un pecado. Esta lógica, en definitiva, no hace otra cosa que ahuecar de sentido la legítima voluntad política de los ciudadanos, que en esta concepción sería algo así como la encarnación del mundo terreno, el cual no puede penetrar el universo de lo sacro, que otorga significado al todo por ser superior. Por cierto, los libros no han registrado la forma en que esta versión condenatoria verbalizó su sentencia al héroe Sísifo en la Antigua Grecia. Nos apresuramos entonces, temerosos ante la posible repetición de la historia, a consignar la frase que circulara por igual motivo hacia fines del Siglo XIX (circa 1989) en una comedia denominada "Argentina". En aquel momento se dijo: "El error de este gobierno fue confrontar con todos los sectores" (reflexión a cuatro corporaciones celestes: las Fuerzas Armadas, la burguesía, la Iglesia católica apostólica romana asentada en aquellos confines y el sindicalismo).

## La condena como salvación

El relato absolutario, por su parte, detiene la política en la elección de causas justas. Luego, está más próximo a buscar héroes imputos que enarbolar las reivindicaciones y sean capaces de hender victoriosos el campo de batalla (porque no existe aquí la concepción del espacio político) en su afán de concretarlas. Si sobreviene la derrota, pues que sea absoluta, de una sola pieza, sin fisuras. Es decir, erisiana. Como la gloria.

Es que tal forma de derrota constituye la condición previa necesaria para la coartada ética: la compasión, la piedad por la víctima, que son, se sabe, formas abilitatorias de la incompreensión. La derrota opera entonces resignificando la experiencia previa: ya no importará la conducta anterior del sujeto, tanto hubo en ella para preformar el posterior traspaso; sólo cuenta que tal sujeto es ahora víctima del Poder (otra vez, unido y con mayúscula), que los Dioses lo han condenado, por lo cual merece reconocimiento. La redención es la coartada ética que a modo de culminación, en dos sentidos, la reflexión: concluyéndola y cancelándola.

Esta óptica, como decíamos, lleva la política sólo hasta la elección de las reivindicaciones. De allí en más, piensa la realización de las mismas en términos de mayor o menor dosis de fervores subjetivos: es el voluntarismo, la compulsión ciega a la acción, que borra en una línea la relación de fuerzas donde inevitablemente debe inscribirse a la hora de actuar. Si acontece la derrota, la adjudicará a la inmoral fortaleza del Poder (y van...), se contentará con ser la víctima de semejante enemigo, se quedará con el caso que ahuecar de sentido la legítima voluntad política de los ciudadanos, que en esta concepción sería algo así como la encarnación del mundo terreno, el cual no puede penetrar el universo de lo sacro, que otorga significado al todo por ser superior. Por cierto, los libros no han registrado la forma en que esta versión condenatoria verbalizó su sentencia al héroe Sísifo en la Antigua Grecia. Nos apresuramos entonces, temerosos ante la posible repetición de la historia, a consignar la frase que circulara por igual motivo hacia fines del Siglo XIX (circa 1989) en una comedia denominada "Argentina". En aquel momento se dijo: "El error de este gobierno fue confrontar con todos los sectores" (reflexión a cuatro corporaciones celestes: las Fuerzas Armadas, la burguesía, la Iglesia católica apostólica romana asentada en aquellos confines y el sindicalismo).

Al asimilar intención y conducta, esta visión se excluye de evaluar las consecuencias del accionar. Desde allí absuelve a Sísifo. Cuando palmeó aquel traspaso, enfocó, para aventar toda responsabilidad, hacia la virtuosidad de las intenciones. "Los objetivos eran justos", mostrará intentando la exculpación. Probablemente tenga razón,

pero no accederá a examinar rigurosamente la conducta, pues no la concibe como una dimensión en sí misma, y por lo tanto sospecha que puede guardar vinculación alguna con el resultado final de la acción, aquella derrota, y más menos con el fortalecimiento del adversario, es decir, la negación de las intenciones primeras (los "objetivos justos"). Lo que no ve, en definitiva, es que la acción tiene un por qué y un cómo, y que las formas que toma esta última instancia pueden llegar, si son las incorrectas, a contradecir los móviles que la originaron.

Otra forma exculpatoria será cargar las culpas sobre la sociedad civil, que "no acepta determinadas políticas porque es conservadora". Probablemente tenga razón, pero no detecta que el desdén por la planificación de la acción arrastra sí más en la impotencia práctica. (Tiene sentido, en política, echar la culpa de la propia derrota al poder del adversario, pero todo cuando éste ha sido previamente desatendido, es decir, subestimado?)

Librar la más justa de las batallas políticas sin pretcherarse, con todo lo que esto significa, no sólo es la mejor forma de preparar la propia derrota sino que constituye el modo más directo de alentar aquello que se pretendía negar. En pocas palabras: hay tanto en la restauración victoriosa del adversario de vocación ideológica de éste, como de propia impetoria a la hora de batirse. Por esto, absorber determinada experiencia sólo porque ha producido el gesto irripitivo hacia el Poder, no sólo es una forma superficial de desleñar la realización de lo que se pretendía, contentándose adueñarse con el propio goce simbólico que produce aquella insolencia, sino que también es la más directa vía para fortalecer al adversario, pues el gesto azuza pero no doblega.

La coartada ética del relato absolutario consiste entonces en poner acriticamente de costado el examen de la conducta frente al embate que impone la figura del héroe condenado por los Dioses.

## La mirada laica

Urge entonces secularizar a Sísifo. Trocar el horizonte de desfiguramiento sacro por el campo de lectura laico de la política. Desmanejar los valores ético-políticos de las miradas condenatorias y absolutarias implica intentar producir un salto cualitativo del sentido de la evaluación, despojándolo de la brutalidad maniquea del par absolutocodena.

Volver laico a Sísifo supondría, desde donde parte la condena, comenzar a concebir que no cabe su expulsión del reino de Dios no sólo por haberse propuesto tal o cual acción pretendidamente heroica, sino porque no existe tal reino de Dios ni tal autoridad divina dentro del universo político, que encuentra su sentido en lo público y no en esa forma de lo privado que es lo sagrado. Así, la intención y la conducta, esta visión se excluye de evaluar las consecuencias del accionar. Desde allí absuelve a Sísifo. Cuando palmeó aquel traspaso, enfocó, para aventar toda responsabilidad, hacia la virtuosidad de las intenciones. "Los objetivos eran justos", mostrará intentando la exculpación. Probablemente tenga razón,

## Cinco años de oposición global

## Sindicatos y gobierno en la transición

Julio Godio

## 1. Retorno a la democracia y situación sindical

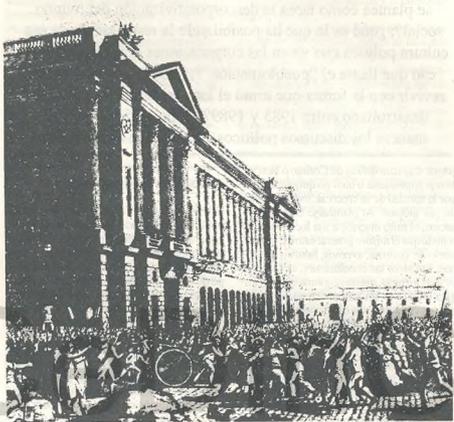
Al retornar la democracia política en Argentina en 1983, después de siete años de dictadura militar, la situación del movimiento sindical argentino era la siguiente:

a) Desde el ángulo de la estructura de los asalariados urbanos se habían producido cambios importantes: disminución del número de obreros industriales; aumento de la proporción de asalariados empleados en servicios; y aumento del trabajo precario y el cuentapropismo.

b) El peronismo conservaba su hegemonía absoluta en el movimiento sindical. Pero, la persecución a las organizaciones sindicales (intervenciones, asesinatos de dirigentes de empresas, etc.), suspensión de la negociación colectiva; intervención a las Obras Sociales y otras restricciones, habían debilitado estructuralmente a los sindicatos. Estas medidas persecutorias, junto con el crecimiento de trabajadores precarios y cuentapropistas, habían originado una caída del número de trabajadores sindicalizados, en especial en el sector industrial: la CGT reunía en 1975 aproximadamente 5.000.000 de trabajadores sindicalizados; en 1986, después de tres años de recuperación de la democracia, sólo sumaba 4,0 millones.

c) Entre cuadros medios y algunos altos de la dirigencia sindical peronista —nucleada durante la dictadura en la llamada CGT-Brasil— se observa una búsqueda de renovación de la plataforma y acción sindical para adecuarse a la intensa transición democrática. Pero el control de los grandes sindicatos industriales y de servicios permaneció en manos de la llamada ortodoxia peronista. Es conocido que una parte de la ortodoxia sindical peronista —nucleada durante los últimos años del "Proceso de Reorganización Nacional" (autocalificación del régimen militar) en la CGT-Azopardo— había colaborado con la dictadura. Además, la ortodoxia peronista había jugado un papel decisivo en la orientación populista autoritaria de la campaña electoral y en la composición de las listas de candidatos del peronismo en 1983; en consecuencia era corresponsable de la derrota electoral de esta fuerza.

d) Al momento del triunfo electoral de la UCR con su programa de democracia, modernización y política exterior pacifista (noviembre 1983), la dirigencia sindical peronista, se encontraba confundida y dividida por el reparto de la derrota. Tal situación, obviamente, se presentaba en el peronismo en su conjunto. La UCR había utilizado durante la campaña electoral una consignas sumamente efectiva: "Pacto sindical-militar", acusando al sindicalismo peronista de promover una alianza posselectoral con las desprestigias FF.AA. Pero, lo paradójico era que un sector del sindicalismo peronista (luego "renovadores o 25 gremios") reconocía que tal alianza había existido.



## 2. El Gobierno radical y la fallida ofensiva contra los sindicatos

A pocos días de asumir el gobierno, el Presidente Raúl Alfonsín informó que estaba en marcha un proyecto de ley de "democratización sindical", conocido como "Ley Mucci", por el nombre del entonces ministro de Trabajo Antonio Mucci. El proyecto de ley se inspiraba en la consignas del "Pacto Sindical-Militar", en tanto se justificaba por la necesidad de "democratizar a los sindicatos a realizar elecciones limpias y según un régimen de representación proporcional para normalizar las organizaciones sindicales y permitir que elaborasen propuestas de actualización de las mencionadas leyes. Tal táctica hubiese ahondado las divergencias políticas en el sindicalismo en relación a la valoración de la etapa de transición democrática y hubiera facilitado alianzas entre sectores sindicales y el gobierno al interior de los sindicatos entre sectores sindicales peronistas pluralistas y la oposición sindical radical, socialista, etc.

La UCR y todas sus organizaciones sindicales rechazaron el proyecto de ley acusando al gobierno de "intervención en la vida de los sindicatos". La postura unificada "ortodoxos" y "renovadores". Incluso la CIOSL y la propia OIT adoptan una postura adversa al proyecto de ley y se alinearon en favor de la postura sindical peronista.

La UCR logró que el proyecto se aprobara en la Cámara de Diputados. Pero después de casi seis meses de debate parlamentario, la Cámara de Senadores lo rechazó por un voto. De este modo se frustró la iniciativa del radicalismo. Pero lo más grave fue que dio como saldo, por un lado el resurgimiento de viejos odios subterráneos entre radicales y peronistas y, en segundo lugar, constituyó la primera gran derrota política del gobierno radical.

Es necesario señalar que la llamada ley Mucci expresaba una vieja ilusión de la UCR y otros sectores liberal-democráticos de querer democratizar "desde afuera" a los

sindicatos. La UCR es todavía, y lamentablemente, un partido liberal-popular sin sensibilidad sindical. Objetivamente la "Ley Mucci" implicaba la intromisión del estado en los sindicatos.

Podría afirmarse que una postura justa hubiese sido restablecer formalmente las leyes laborales básicas abolidas o suspendidas por la dictadura militar (Asociaciones Profesionales, Negociaciones Colectivas, Contrato de Trabajo y Obras Sociales); enviárselas al Congreso Nacional para su actualización y sobre esta base convocar a los sindicatos a realizar elecciones limpias y según un régimen de representación proporcional para normalizar las organizaciones sindicales y permitir que elaborasen propuestas de actualización de las mencionadas leyes. Tal táctica hubiese ahondado las divergencias políticas en el sindicalismo en relación a la valoración de la etapa de transición democrática y hubiera facilitado alianzas entre sectores sindicales y el gobierno al interior de los sindicatos entre sectores sindicales peronistas pluralistas y la oposición sindical radical, socialista, etc.

3. Contraofensiva sindical: reclutamiento salarial

El fracaso al intentar desalojar a la élite sindical peronista tradicional, obligó al gobierno a implementar una estrategia de negociación. Pero, al mismo tiempo, el gobierno se resistía a restablecer el régimen de negociaciones colectivas, manteniendo el tradicional sistema de ajustes salariales periódicos. El camino adoptado fue aceptar un proceso de reorganización de los sindicatos dirigido por la élite sindical tradicional, pero con el compromiso de los sindicatos de no cuestionar el régimen de salarios pautados. La CGT

se comprometió a no exigir la reimplantación inmediata del régimen de negociaciones colectivas, pero en compensación el sindicalismo peronista ortodoxo pudo controlar los procesos electorales en los sindicatos. Para mediados de 1986, la mayoría de las organizaciones sindicales habían sido normalizadas, conservando casi todos los sindicatos a la antigua dirigencia sindical presente antes de 1976. En algunos pocos sindicatos triunfaron listas pluralistas (con participación de radicales y socialistas) pero bajo la hegemonía absoluta del sindicalismo peronista.

El gobierno radical aceptó la cruda verdad de que "los sindicatos son peronistas". Esta realidad también se impuso a la enclenque izquierda argentina (comunistas, socialistas, trotskistas) que prácticamente está excluida de la cultura política-sindical de los trabajadores argentinos. Al mismo tiempo, el gobierno, que había fracasado en su intento de "penetrar" políticamente en los sindicatos, eligió como nueva táctica establecer alianzas con el sector más pragmático del sindicalismo peronista, el llamado Grupo de los 15 (que controla importantes sindicatos de la industria privada y empresas públicas).

Esta alianza dio lugar a que en 1987 llegara al Ministerio de Trabajo Carlos Aldeire, secretario general de la Federación de Trabajadores de Luz y Fuerza, entonces miembro de los 15.

La CGT, liderada por Saúl Ubaldini, al tiempo que aceptó la participación de Aldeire en el Ministerio y acompañó la táctica de "negociación lenta" sobre la nueva legislación de trabajo, buscó crear un espacio para ejercer una confrontación "legítima" con el gobierno radical: este espacio fue logrado con la oposición frontal a las diferentes políticas económicas del gobierno y la estimulación de paros sectoriales y generales por mejores salarios. Entre 1984 y 1989 se han desarrollado en Argentina más de 4.000 huelgas, de las cuales 15 han sido huelgas nacionales.

La táctica tradicional de la CGT ha sido desde la década del sesenta concentrar su presión sobre los gobiernos para exigirles que ejerzan a su vez presión sobre los empleadores de la negociación colectiva, facilitando táctica de la CGT de convocar todos los paros generales contra el "gobierno" y ninguna de crítica a los empresarios.

También debe señalarse que ningún par de la CGT incluyó la exigencia de la aprobación de las leyes laborales en debate en el Congreso.

4. Alineamientos sindicales peronistas

En las elecciones nacionales de 1983 el sindicalismo peronista participó organizado en el P.J. a través de las llamadas 62 organizaciones, la denominación histórica del llamado "brazo político-sindical peronista". Pero, la derrota electoral significó simultáneamente la desarticulación de las 62 organizaciones. Surgen entonces cuatro grandes grupos:

a) Los restos de las 62, bajo el control de la poderosa Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y conducida por Lorenzo Miguel. Este sector reivindica el tradicional proyecto nacional, industrialista y estatista del peronismo.

b) El Grupo de los 15, donde se agrupan líderes sindicales peronistas que expresan un sindicalismo negociador con el neoliberalismo. En este grupo se destacan dirigentes sindicales con largo historial de compromisos con dictaduras militares (Triaca, Ibañez, Cavallieri, West-Ocampo, Barriouene).

c) La Comisión de los 25, que expresa en el campo sindical el proceso de ascenso en el P.J. de la llamada "Renovación Peronista". Como es conocido en el P.J. se desarrolló entre 1985-1987 una profunda lucha entre los sectores ortodoxos de derecha en retirada y la emergencia de un nuevo liderazgo (Cañero, Menem, De la Sota, Manzano, Grosso y otros), que plantean la necesidad de un programa "Nacional" instalado en el sistema de partidos políticos. La Renovación Peronista expresa una negación temporal del viejo estilo corporativista del peronismo y un esbozo de superar el "movimiento" y organizar un partido político peronista moderno y parlamentarista. En este sector coexisten ideas socialdemócratas y socialistas.

d) La Comisión de los 25 trasladó al campo sindical en forma mecánica los cambios ideológicos en el P.J. y se enfrentó con la fuerte tradición corporativista-sindical. La Comisión de los 25, luego Movimiento de Renovación Sindical Peronista (MSRP) se controla algunos gremios de servicios (empleados del Estado, empleados del tabaco, ferroviarios, camioneros y otros) y comercio.

e) Surge en la CGT, alrededor de la figura de Raúl Ubaldini, una corriente sindical que reivindica la autonomía de la CGT frente al P.J. y formula una estrategia "contestataria" al gobierno. Se constituye así el llamado "ubaldinismo", una especie de sindicalismo declamacionista y populista. Es el sector que con más decisión impulsa la táctica de huelgas generales. En el ubaldinismo se agrupan sindicatos de empleados públicos, obras sanitarias, de la construcción y núcleos de dirección de sindicatos del interior del país.

Dada su postura fuertemente contestataria, el concepto de un movimiento obrero descontento por la política económica oficial, el ubaldinismo logra controlar la dirección de la CGT. Entre 1986-1987 el sindicalismo peronista asume la resistencia "social" a la política económica radical —Plan Económico Austral— y esta táctica se expresa principalmente por el ubaldinismo. Ubaldini, juega el rol de "apóstol de los pobres", de "líder mesiánico y carismático", su discurso es incoherente y elemental, pero expresa los sentimientos de los "desposeídos", los "pobres", los "explorados".

mayor representación en el Congreso. Se trataba de un Congreso especial, dado que este tipo de evento no se realizaba desde 1945. Por lo tanto se esperaba un extenso debate sobre el período transcurrido, la plataforma sindical, estatutos y la ubicación de la CGT en la transición democrática. Pero nada de esto ocurrió. El Congreso duró unos 15 minutos, los necesarios para elegir un Consejo Directivo de 21 miembros y un Secretario de 9, encabezado por Saúl Ubaldini. El nuevo Consejo Directivo de la CGT se compuso con 7 miembros por el ubaldinismo, 7 por los 25 y 7 por el bloque de las 62 (dentro del cual estuvo representado el sector que en 1987 constituirá el Grupo de los 15).

a) Los restos de las 62, bajo el control de la poderosa Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y conducida por Lorenzo Miguel. Este sector reivindica el tradicional proyecto nacional, industrialista y estatista del peronismo.

b) El Grupo de los 15, donde se agrupan líderes sindicales peronistas que expresan un sindicalismo negociador con el neoliberalismo. En este grupo se destacan dirigentes sindicales con largo historial de compromisos con dictaduras militares (Triaca, Ibañez, Cavallieri, West-Ocampo, Barriouene).

c) La Comisión de los 25, que expresa en el campo sindical el proceso de ascenso en el P.J. de la llamada "Renovación Peronista". Como es conocido en el P.J. se desarrolló entre 1985-1987 una profunda lucha entre los sectores ortodoxos de derecha en retirada y la emergencia de un nuevo liderazgo (Cañero, Menem, De la Sota, Manzano, Grosso y otros), que plantean la necesidad de un programa "Nacional" instalado en el sistema de partidos políticos. La Renovación Peronista expresa una negación temporal del viejo estilo corporativista del peronismo y un esbozo de superar el "movimiento" y organizar un partido político peronista moderno y parlamentarista. En este sector coexisten ideas socialdemócratas y socialistas.

d) La Comisión de los 25 trasladó al campo sindical en forma mecánica los cambios ideológicos en el P.J. y se enfrentó con la fuerte tradición corporativista-sindical. La Comisión de los 25, luego Movimiento de Renovación Sindical Peronista (MSRP) se controla algunos gremios de servicios (empleados del Estado, empleados del tabaco, ferroviarios, camioneros y otros) y comercio.

e) Surge en la CGT, alrededor de la figura de Raúl Ubaldini, una corriente sindical que reivindica la autonomía de la CGT frente al P.J. y formula una estrategia "contestataria" al gobierno. Se constituye así el llamado "ubaldinismo", una especie de sindicalismo declamacionista y populista. Es el sector que con más decisión impulsa la táctica de huelgas generales. En el ubaldinismo se agrupan sindicatos de empleados públicos, obras sanitarias, de la construcción y núcleos de dirección de sindicatos del interior del país.

Dada su postura fuertemente contestataria, el concepto de un movimiento obrero descontento por la política económica oficial, el ubaldinismo logra controlar la dirección de la CGT. Entre 1986-1987 el sindicalismo peronista asume la resistencia "social" a la política económica radical —Plan Económico Austral— y esta táctica se expresa principalmente por el ubaldinismo. Ubaldini, juega el rol de "apóstol de los pobres", de "líder mesiánico y carismático", su discurso es incoherente y elemental, pero expresa los sentimientos de los "desposeídos", los "pobres", los "explorados".

6. Crisis económica y contenidos económicos de la plataforma y acción sindical de la CGT (1983-1989)

La CGT ha llevado a cabo una oposición sistemática a la política económica del gobierno radical. La misma, luego de un fallido intento inicial de aplicar un modelo nekeynesiano, se orientó desde 1986 según las pautas del llamado Plan Austral (1986-88) y luego del llamado Plan Primavera (1988-89). Con estos programas de ajuste el gobierno intentó infructuosamente compatibilizar tres variables básicas: cumplir con los servicios de deuda externa, mantener las inversiones y exportaciones y mantener niveles salariales aceptables. Sin embargo, esas políticas no han permitido superar la crisis económica, que debe ser considerada con la manifestación central de un país en decadencia. Como es conocido tal política económica fracasó y terminó en marzo-junio de 1989 en un período de hiperinflación. La CGT caracterizó a la política económica del gobierno como "neoliberal", "sujeita al FMI y Banco Mundial" y opuso los llamados 26 puntos, el programa económico de la central sindical desde 1986. También convocó a reuniones con partidos políticos opositores (P. J., Partido Intransigente, MID, partidos de los sectores socialistas y otros) y con organizaciones empresarias para formar un solo frente con el ministro de Economía Juan V. Sourrouille y su política económica. La CGT llegó a apoyar "paros" contra la política económica oficial realizada por organizaciones empresariales rurales, como la oligarquía Sociedad Rural y CARBA.

Los llamados 26 puntos, por su forma, parecen restablecer el viejo modelo económico nacional industrialista peronista (1946-1955), pero por su contenido real son una mezcla entre políticas nekeynesianas y políticas neoliberalistas. Solo la variable salarial introduce el componente populista tradicional. Con este programa "alternativo" la CGT convocó a los 13 paros generales. Al mismo tiempo la CGT y sus organizaciones sindicales han librado una tenaz batalla para lograr sucesivas reconstituciones del deteriorado salario real, táctica que ha permitido a los sindicatos conservar su capacidad de movilización, pero que no ha dado resultados serios: en 1983 el salario básico llegaba a 80 dólares y el salario medio en la industria oscilaba en unos 250 dólares. En 1989 con el derrumbe de la política económica en salario medio descendió a 50 dólares mensuales.

Lo cierto es que el movimiento sindical mayor representación en el Congreso. Se trataba de un Congreso especial, dado que este tipo de evento no se realizaba desde 1945. Por lo tanto se esperaba un extenso debate sobre el período transcurrido, la plataforma sindical, estatutos y la ubicación de la CGT en la transición democrática. Pero nada de esto ocurrió. El Congreso duró unos 15 minutos, los necesarios para elegir un Consejo Directivo de 21 miembros y un Secretario de 9, encabezado por Saúl Ubaldini. El nuevo Consejo Directivo de la CGT se compuso con 7 miembros por el ubaldinismo, 7 por los 25 y 7 por el bloque de las 62 (dentro del cual estuvo representado el sector que en 1987 constituirá el Grupo de los 15).

argentino carece de una táctica efectiva para enfrentar los efectos de la crisis sobre los trabajadores. Por un lado carece de un programa económico alternativo; por otro es un sindicalismo antiguo, que no se preocupa de problemas laborales como condiciones y medio ambiente de trabajo; participación de los trabajadores en la gestión de la empresa, política de empleo y de instalación de nuevas tecnologías. Se trata de un sindicalismo reclamatista, circunscripto al reclamo salarial y al mantenimiento de un fuerte sistema de Obras Sociales (salud, recreación, etc.) pero no preocupado en abordar las reivindicaciones sindicales con el futuro económico de las empresas.

El discurso "industrialista" de la CGT terminó en 1988 empalmado con la propuesta del candidato Menem de promover una supuesta "revolución productiva", pero de signo neoliberal.

También el sindicalismo peronista, a través del discurso de Ubaldini reafirmó su decisión de continuar con el "código de Chile", apoyado en la CGT, empresarios, Iglesia y FF.AA. Como se observa tal tipo de discurso coloca de hecho la defensa de la democracia política como un objetivo económico, en tanto se la considera "democracia liberal y formal". Esta concepción ha llevado a la CGT a adoptar posiciones débiles frente a las sublevaciones populares contra el gobierno radical e incluso muchos dirigentes sindicales se manifiestan afines con las posiciones "nacionalistas-fundamentalistas" del conspirador coronel Seineldin.

En diciembre de 1988 el Congreso Nacional aprobó las nuevas leyes de Asociaciones Sindicales y de Negociación Colectiva. En enero de 1989 el Congreso aprobó el nuevo reglamento de Obras Sociales y Seguro Nacional de Salud. Con estas leyes el movimiento sindical argentino ha logrado grandes conquistas en materia de legislación del trabajo. Pero la CGT no llamó a una concentración para celebrar estos éxitos, logrados en la democracia política y más bien los cuestionó como "vencimientos" del estado a los "justos" reclamos de los trabajadores.

## 7. Sindicalismo argentino y organizaciones sindicales internacionales

La CGT está afiliada a la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales (CIOSL) y la mayoría de las Federaciones y Uniones a los Secretariados Profesionales Internacionales de la CIOSL (SPI) y a una misma filosofía sindical que la CIOSL. La afiliación de la CGT data de 1975. Pero la CGT no está afiliada a la filial de la CIOSL en América Latina, la Organización Regional Interamericana del Trabajo (ORIT).

Si bien el sindicalismo argentino es por la solidez de sus organizaciones, número de afiliados y poder económico en el mundo de los sindicatos (controlan aproximadamente el 50% de los gastos nacionales de salud anuales, unos 2.500 millones de dólares) uno de los más fuertes del mundo, su capacidad de incidencia en las organizaciones sindicales internacionales es mínima: esto se debe principalmente a la ideología nacionalista sideral de la socialdemocracia como variante del marxismo. Es evidente la presencia de cierto complejo de inferioridad del sindicalismo argentino frente a las organizaciones sindicales internacionales que lo conduce a actitudes aparentemente "fuertes" pero en realidad "débiles": la CGT no

difunde que está afiliada a la CIOSL y dirigentes sindicales extranjeros no son atendidos en sus visitas al país. Es necesario señalar que a la mayoría de las afiliaciones sindicales de otros países —unidos o no a la CIOSL— les resulta difícil comunicarse con los dirigentes sindicales argentinos, dado los antagonismos en los "códigos ideológicos", aunque tengan intereses comunes en el campo sindical. La CGT es renuente a tomar posiciones firmes en materia de apoyo a las luchas de los sindicatos en Chile y Paraguay para recuperar la democracia. Tales "falencias" se explican en el caso de Paraguay, por la vinculación del peronismo con el régimen de Stroessner y en el caso de Chile por considerar al sindicalismo chileno demasiado "zurdos", palabra argentina de connotación fascista para calificar a las corrientes de izquierda. Durante la dictadura militar, los sindicatos argentinos recibieron solidaridad moral, política y económica de diferentes organizaciones sindicales internacionales, sin producir estos resultados como contraparte. Por eso es previsible que de producirse la ruptura del orden institucional en Argentina, tal tipo de solidaridad internacional sería en el futuro mucho más selectiva. Debe señalarse que pese a esas dificultades psicológico-políticas la actividad de los SPI en Argentina es intensa en materia de Seminarios de formación sindical. También se observa una incipiente cooperación sindical entre organizaciones sindicales argentinas, uruguayas y brasileñas en materia de Integración Económica Subregional con el objetivo de introducir en los Acuerdos/Protocolos de integración, las reivindicaciones laborales.

## 8. Lo que vendrá: sindicalismo y gobierno peronista

En mayo el peronismo, bajo la sigla FREUPO, venció en las elecciones presidenciales. La hiperinflación terminó por derribar al gobierno radical.

La elección por el presidente Carlos Saúl Menem de Miguel Roig, alto ejecutivo del grupo Bunge y Born, como futuro ministro de Economía, ha acompañado con su nomenclatura en la dirigencia sindical del peronismo. Tampoco lo ha producido el hecho de que Domingo Cavallo sea el futuro ministro de Relaciones Exteriores y la empresaria Amalia Forbat embajadora itinerante del futuro gobierno justicialista. Por el contrario, los altos dirigentes sindicales ubaldinistas y renovadores han acompañado con su asentamiento esta audaz operación del presidente. Esta operación tiene objetivos múltiples:

a) Indicar a los grupos empresarios que se aplicará una estrategia de economía de escala, de base agroindustrial y de modernización empresarial gubernamental; b) indicar a los empresarios que a su propio partido/movimiento que la Renovación para Menem consistirá en aceptar que el peronismo será el ejecutor de un programa de modernización teóricamente nekeynesiano articulado en un mercado interno consolidado en tres estratos sociales definidos: un estrato superior compuesto por un 20% de la población de altos ingresos; un estrato medio de un 50% de la población (profesionales, comerciantes, asalariados sindicalizados, cuentapropistas de ingresos medios, etc.) y un estrato inferior (30% de la población) instalado en el sector informal de la economía, en el trabajo precario y en la pobreza. A su partido/movimiento, Menem le ha señalado con firmeza que su modelo se asemeja a las experiencias actuales de Chile y Bolivia, sociedades de escasa movilidad social. O sea, cada uno en su puesto y aportar al éxito de la Revolución Productiva con trabajo duro y disciplinado; así, en un futuro se podrá volver a pensar en estilos de movilidad social ascendente como ocurrió en



ponde a que toda revalorización del goce repercute en lo económico. En este punto se vinculan dos aspectos básicos a señalar. La noción del placer desemboca en un rescate de la idea del ocio por sobre la mística del trabajo, seña de identidad de nuestra sociedad. La difusión, entonces, de una sexualidad abierta se contrapona a la disciplina del esfuerzo y del hombre como instrumento productivo.

Hay un ejemplo emblemático. Sabemos que la defensa de la privacidad induce a variadas interpretaciones de acuerdo al aspecto al que se aluda. "Que yo defienda a los Estados Unidos, no quiere decir que todo esté bien. Que exalte su éxito económico no significa que se apruebe todo lo demás. Por ejemplo, en Estados Unidos la familia no existe", afirmó recientemente el periodista Mariano Gronдона en un emisión del programa "Tiempo Nue-

vo", en la que se trataba el curioso interrogante acerca de cuántos hombres podían miscuirse en la vida de una mujer. Está claro. El Dr. Gronдона aprueba la modernización de las estructuras productivas (el progreso) en la medida en que permite adecuar a los empresarios sus niveles de productividad, acentuando la inversión y reduciendo los costos. Pero la modificación de los hábitos cotidianos a la luz de ese desarrollo económico, lo inquieta. Es el pensamiento del conservadurismo católico. Si en Estados Unidos los jóvenes abandonan el hogar paterno a edad temprana es porque son capaces de insertarse en el universo laboral diversificado de las economías en auge. Si se "acaba la familia" es porque el boom económico genera otras formas de relación social. A mayor bienestar, mayor independencia. El individuo requerirá ver, leer y hacer lo que le plazca como ciudadano con derecho al goce público y privado libremente

escogido.

Una sociedad diversa y desarrollada subvierte necesariamente los atavismos. No es extraño que el Episcopado en otros países se haya expedido preocupado por una tendencia al "consumismo asfixiante que invierte los valores". Y es verdad. El aumento de la oferta de las sociedades desarrolladas obliga a un cambio en las conductas. Mayor poder adquisitivo significa mayor posibilidad de aprovechamiento de la multiplicidad de opciones.

De ahí que la Iglesia privilegia la caridad antes que la competencia, y arrece contra la sociedad "insolidaria" que nos rodea (acompañada por determinados portavoces de la autodenominada izquierda nacional) como si la sociedad actual en la que el hombre está informado al instante de cualquier catástrofe que ocurre en el otro lado del planeta, en la que existen prestaciones so-

ciales por vejez o accidente, subsidios de desempleo etc., sea más insolidaria que la de antaño.

Y es que la democracia y la fe constituyen una dicotomía filosófica, si bien no del todo excluyente, ciertamente muy trabajosa. Mientras la democracia es la garantía de existencia de la "parte", del "otro", la fe aspira a la totalidad. El reciente documento episcopal en torno a las elecciones declara que "Patria y religión son dos realidades fundamentales" y sólo a partir de ellas será posible determinar un voto que defienda la vida, la familia y rechace la violencia. Es el alma colectiva de una individualidad dinámica de la democracia. Quien no concibe el mundo desde el patriotismo o la religiosidad, sólo puede hacerse acreedor a la piedad o el desprecio. Se pueden soñar todos los sueños y quizás nunca llegar a imaginar la tolerancia.

Preservar la libertad de pensamiento en el CONICET

¿Qué ocurre en el CONICET?

María Caldeira

Una de las preocupaciones mayores de la conciencia democrática argentina ante la eventualidad del triunfo de Menem en las elecciones presidenciales fue el de las consecuencias que esto podría tener sobre ciertas áreas de la vida nacional altamente sensibles a los excesos de poder y a los exclusivismos ideológicos. Tal el caso de la creación científica. Por eso leímos con profunda satisfacción el compromiso público asumido por un numeroso grupo de científicos peronistas, miembros del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de bregar porque se respetara plenamente la libertad de creación y de pensamiento en las nuevas condiciones de una dirección justicialista de la política científica. Sabíamos, no obstante, que de esta misma corriente política habían surgido voces, felizmente aisladas, que pretendían incursionar en los aspectos ideológicos o en las actividades políticas de miembros del CONICET, para condenar los mecanismos democratizantes y la orientación pluralista que la administración ejercida por el Dr. Carlos R. Abello, había puesto en funcionamiento desde el triunfo de la democracia. La campaña de ánimos, de acusaciones fantosmas, de supuestas persecuciones ideológicas a personas que, en realidad, habían sido sancionadas por delitos económicos, encontró en la prensa amarilla y en el diario "El Observador" del Partido Justicialista, un eco que habla más del reaccionarismo limitado y recalcitrante de una infima minoría del pueblo argentino, que de una involución del espíritu democrático de la sociedad.

Las primeras disposiciones de las nuevas autoridades del Consejo Nacional de Ciencia y Técnica, el modo prepotente y desconsiderado con el que se hicieron cargo de sus tareas y la pretensión de penalizar lo hecho por la anterior administración, no puede dejar de causar profunda preocupación en toda la comunidad científica. Esta inquietud se incrementa, además, con la lectura de algunas declaraciones de funcionarios responsables del área que coinciden con los términos de la campaña de difamación a

la que aludimos anteriormente. El clima de desconfianza y de temor suscitado por el comportamiento ineducado de autoridades cuyo primer deber debería haber sido el de reafirmar la continuidad del espíritu pluralista iniciado en 1983, nos trae a la memoria épocas en las que la discriminación ideológica y la caza de brujas fueron los criterios orientadores de la intervención del poder en el campo científico. Y las consecuencias desastrosas todavía las sigue sufriendo el país.

La última separación en bloque del personal administrativo de las funciones que venía cumpliendo es otro indicio más de un posible retorno a políticas signadas por la intolerancia y el abuso de poder, que se constituyeron en los obstáculos mayores para la constitución y consolidación de una verdadera y efectiva comunidad científica.

Como en realidad este tipo de funcionamiento del área de la ciencia viene de larga data conviene que hagamos un poco de historia. La creación del Consejo por decreto ley nº 1291/58 del gobierno de Aramburu fue hecha pensando en la conveniencia de organizar una institución fundamental para la conformación del sistema científico. El reconocimiento por parte del estado de la importancia de la labor de los científicos otorgó a éstos un instrumento valiosísimo para la constitución de un campo homogéneo de legitimación y de reconocimiento y permitió el establecimiento de un procedimiento de evaluación entre pares y de acuerdos para fijar las normas de la competencia y los valores científicos de su quehacer. La construcción del organismo se hizo sobre la base del aprendizaje de la convivencia de diferentes proyectos, de intereses diferenciados según fuera la pertenencia de los protagonistas a áreas del conocimiento que demandaban prioridades en la distribución de los subsidios, pero también de la aceptación de la pluralidad ideológica en todos los campos de la actividad científica y con más razón aún, en el de las ciencias humanas y filosóficas. Este chi-

ma de tolerancia, vinculado con una fluida relación con otras instituciones, en particular las universidades, dio por resultado un espacio apto para la producción y la libre circulación de los conocimientos.

El régimen de Onganía fragmentó el campo científico como efecto de la intervención a las universidades y de la aplicación de la ley 17.401 de "represión al comunismo". Si bien el CONICET no fue intervenido la exclusión de científicos por razones de carácter ideológico coadyuvó a la ruptura y a la pérdida del abanico de vida académica y a la emigración a gran cantidad de investigadores. En el escenario de una política autoritaria, la rotación de autoridades del Consejo —designada por el Poder Ejecutivo previa consulta a las organizaciones científicas— quedó invalidada como mecanismo democrático a causa de política de exclusiones. Dada la importancia del Directorio —ya que a través de la presencia de sus integrantes en cada una de las instancias de decisión se definirían las formas de ejecución de la política científica— la falta de pluralismo comenzó a dibujar un perfil de la actividad caracterizado por el abandono de la representación del interés general al permitir la conformación de un grupo de poder que imprimió a la institución un rumbo marcado por los intereses particulares de dicho grupo. La continuidad del proyecto esbozado durante la "Revolución Argentina" puede rastrear hasta 1983, siendo su momento de consolidación y profundización los años de la dictadura militar instaurada en 1976. A partir de ese año se reformulan las funciones del Consejo como resultado de la modificación de la ley de creación pero también como efecto de la reestructuración de las formas de la organización de la investigación —sistema de institutos y centros regionales— e incorporación de funciones como administradoras de los subsidios— lo que por resultado el debilitamiento de la institución en tanto árbitro de la calidad científica y promotora del desarrollo de las ciencias para convertirla en mera intermediaria de subsidios y financiamientos.

La administración radical, más allá de los acuerdos y los desacuerdos que podamos sustentar sobre la concreta política científica que trata de implementar, tuvo la voluntad de recuperar el espíritu con que fue creado el CONICET y actuó en ese sentido al reconstituir los canales de la promoción científica a través de la carrera de investigador, el otorgamiento de becas y subsidios para la investigación en estrecha relación con las universidades, permitiendo de esta manera restablecer la relación entre docencia e investigación. La política pluralista de su actuación inició el camino de la reconstrucción de la comunidad científica al reinserar a los científicos marginados durante la gestión anterior, evitando crear nuevas fragmentaciones y promoviendo el regreso de científicos al país. La revisión de la política de institutos y centros regionales se orientó a recuperar para el Consejo la función de evaluador y árbitro de la calidad científica.

Pecaríamos de ingenios si pretendiéramos desconocer la relación que existe entre las ciencias y el poder político y si negáramos a éste el derecho de estimular tal o cual orientación de política científica. Pero de ningún modo podemos renunciar a la tarea de preservar el campo de la actividad científica institucional de cualquier tipo de intervenciones autoritarias, exclusivistas y discriminatorias. Tales intervenciones ofenden a la conciencia democrática de los argentinos, ignoran las modalidades del trabajo científico y el clima intelectual que lo toma poseído, desconocen la consideración y el respeto que merece una comunidad científica desde hace largos años agredida por la intolerancia y el espíritu faccioso. Si una gran cantidad de científicos argentinos han emigrado y siguen emigrando de este país no es tanto por las dificultades económicas como por un clima ideal asfixiante que comienza por rechazar las ideas "petigrosas" y concluye excluyendo a los hombres.

iniciativas y operaciones pacificadoras de auténtica importancia. Las agencias especializadas de la ONU, como la OMS, y organismos como el INUID y la UNICEF, han demostrado que gozan de una gran credibilidad y eficacia para la realización de objetivos internacionales comunes.

No sería realista suponer que la justicia y la paz pueden imponerse por decreto en un mundo carente de una igualdad fundamental. El mundo debe ser gobernado por el consenso y no por el imperio de la fuerza. Los privilegiados disfrutan de un nivel de vida inabarcable para la mayor parte de la población mundial. Al igual que las luchas sociales en las primeras naciones europeas, las consecuencias de la intervención de la fuerza en la política científica, en particular en el ámbito de la abolición de la desigualdad internacional, se harán sentir en el camino de una sociedad democrática.

100. No es posible hacer un listado de este ideal que se realice a corto plazo, pero la creación de un mundo pluralista y democrático, basado en el consenso y la cooperación, es una condición imprescindible para el progreso de la humanidad, lo que el nacional socialista está dispuesta a ganar el desafío, y a luchar por un mundo en el que nuestros hijos puedan vivir y trabajar en paz y libertad, humana y solidariamente.

Confiamos en que la solidez de nuestros principios, la fuerza de nuestros argumentos y el idealismo de quienes nos apoyan contribuirán a configurar un futuro socialista democrático en el que todos los hombres y mujeres y mujeres y mujeres se unan a nosotros en esta tarea.

DOCUMENTOS

VIII CONGRESO DE LA INTERNACIONAL SOCIALISTA  
ESTOCOLMO, 20-22 DE JUNIO, 1989

Declaración de Principios  
de la  
Internacional  
Socialista

- I. Presidente  
Willy Brandt
- II. Secretario General  
Luis Ayala
- III. Presidentes honorarios  
Gonzalo Barrios  
Jose van Eynde  
Michael Foot  
Bruno Kalmijn  
Sicco Mansholt  
Jan Mikland  
Jozsef Patai  
Irene Petrus  
Ramon Rubial  
Leopold Scahpor  
Fernando Vera  
Fough Whitlam  
Bruno Kreisky  
Mario Soares
- IV. Vice presidentes  
1. Ed Broadbent  
2. Gro Harlem Lund-land  
3. Ingvar Carlsson  
4. Bettino Craxi  
5. Abdon Diouf  
6. Robert Fauriol  
7. Rolf Hoyer  
8. Svend Auken  
9. Pierre Mauroy  
10. Neil Kinnock  
11. Franz Langg  
12. David Lange  
13. Michael Manley  
14. Karel van Miert
- Quatro vice-presidentes ex-officio  
Anita Gradin (SIV)  
Alfred Gusenbauer (AUSY)  
José Francisco Peña Gómez (SICLAC)  
Guy Spinaels (CSPCE)
- 15. Eitichi Nagasue  
16. Daniel Oduber  
17. Shimon Peres  
18. Carlos Andrés Pérez  
19. Enrique Silva Cimma  
21. Khaled Saeed  
22. Guillermo Ungo  
23. Hans-Jochen Vogel  
24. Leonel Brindola  
25. Waid Jumbhat

Un nuevo orden democrático

97. Lo que está en juego es nada menos que la creación de una sociedad democrática mundial. No se puede permitir que la existencia de un mundo dividido y desigual se perpetúe. El mundo debe ser gobernado por los bloques, las naciones o las empresas.

98. Fortalecer la ONU es un paso importante hacia la creación de una nueva sociedad democrática mundial. Cuando existe un consenso entre las naciones más importantes, se hacen posibles



# La herencia de la revolución francesa

## y la cultura política de la izquierda



### ¿Quién le teme al '89?

Massimo Boffa

A doscientos años de distancia estamos en condiciones de observar el acto de nacimiento de la democracia moderna como un acontecimiento más rico y complejo que la interpretación simplificada que de él se dió. La importancia de los "derechos del hombre" no debe quedar circunscrita a una dimensión "liberal", "conservadora", porque la naturaleza dinámica de la democracia alimenta una tensión constante hacia la igualdad. La discusión historiográfica sobre el jacobinismo.

miento de la "sociedad burguesa" (que estaba ya formándose y continuará haciéndolo según otras dinámicas) cuando de la *democracia moderna*. La Francia de 1789 no es más "capitalista" que la de 1789; lo que cambió en esos diez años no fueron tanto las estructuras económico-sociales como la idea que tenían los franceses de sí mismos, la legitimidad del contrato social. Es en el plano político y filosófo, más que en el eco-

nómico-social, donde la revolución determina una ruptura radical con el pasado y adquiere su significado universal. El concepto de "democracia", en este caso, no debe ser entendido en su acepción más restringida (un conjunto de procedimientos para establecer la voluntad de la mayoría) sino en su sentido más lato: como aquél régimen social que se funda sobre la "igualdad de las condiciones", sobre los individuos emanci-

al final que la revolución entre el Este y el Oeste, con hoy una gran amenaza para el futuro de la humanidad. En estos casos la perspectiva en su tendencia a globalizar sus conflictos han generado enfrentamientos entre países del Sur. En otros, los habitantes se arman del Este y del Sur, pero razas se han dividido de un lado y del otro. En otros, los habitantes se arman de todas las maneras de la guerra de las pandillas cuando decían han tenido lugar en el Sur. Se deben eliminar las causas sociales y económicas de estos conflictos.

#### Iniciativas para la paz

35. Los socialistas demócratas redujeron un orden mundial basado en la paz armada entre el Este y el Oeste pero en que se han convertido en un mundo de guerra. Los socialistas demócratas por mantener la paz deben centrarse en poner fin a estas confrontaciones. Este proceso Europa tiene un papel crucial: habiendo sido durante años el escenario más probable de una guerra mundial, hoy puede ser el área en que razas y desastres se convierten en paz. Se debe iniciar un proceso de desarme y de sistemas socioeconómicos coherentes entre sí en proyectos de desarrollo y de creación de un clima de confianza, de justicia en el deber de emprender una competición pacífica en los campos de la creación de riqueza, el bienestar y la solidaridad. Cada sociedad deberá estar dispuesta a aprender de las experiencias de las otras. La norma deberá ser que los diferentes sistemas económicos y políticos se desarrollen en un mundo de paz, de respeto mutuo, de libre y franco intercambio de opiniones, un espíritu cuando se vive en la paz y el respeto a los derechos humanos.

#### IV. NORTE Y SUR

##### La globalización

36. Los últimos decenios se han caracterizado por una creciente globalización. La crisis del período, las fluctuaciones de los tipos de cambio y las oscilaciones de la bolsa se transmiten instantáneamente a todo el mundo. Norte y Sur. Las nuevas tecnologías de comunicación permiten la propagación de las grandes empresas multinacionales, tornan representativas inmediatas. Las compañías marchan e interaccionan estáis, pero cuando los conflictos y excéntricos surtimiento de irregularidades, dimensiones continentales. 39. La internacionalización de la economía mundial ha incluido entre otros consecuencias la de romper la división bipolar del mundo propia de la guerra fría. Ha surgido una potencia independiente en la órbita del Oeste y hasta los recientes sucesos, como China, ya pueden ser aliados. La internacionalización de la realidad. Por tanto, es más importante que nunca establecer relaciones multilaterales que conlleven a una paz equitativa y gradual. Hoy se requiere de las Naciones Unidas, la ONU, la Organización de Estados Americanos, la OEA, la Unión Africana, el Sur, que que sirva a la necesidad de pagar una deuda externa, el endeudamiento y las amenazas de desastre para el Norte. Así, la crisis de la deuda se debe considerar como un resultado de un sistema de desajustes para las naciones acreedoras.

41. Una nueva economía global debe incorporar a los centros de crecimiento. Sur forma realmente un nuevo espacio para el desarrollo económico y social del Sur, pero la buena parte del mundo sigue siendo dependiente del Norte. Los países en desarrollo deben reconocer como partes integrantes de la estructura económica global.

#### El rol del medio ambiente

42. En África, la permanente falta de agua y la sequía, no sólo constituyen un enorme problema para el desarrollo, sino también un problema de la Loma del Frente, y tiene una repercusión negativa en todo el continente. La lucha por la democracia y los derechos humanos en Sudáfrica, como en todos países, está íntimamente ligada a la lucha por la justicia económica y social. El medio ambiente es un recurso que debe ser protegido y mejorado para que pueda ser utilizado para una población en crecimiento sostenido. Un gran futuro a una deuda inabordable que excluye la posibilidad de realizar las inversiones e inversiones necesarias para crecer y crecer. La contaminación del medio ambiente es un problema de cooperación. Este Oeste para lograr una relación justa entre Norte y Sur.

#### El rol del medio ambiente

44. La crisis del medio ambiente se ha convertido en un grave y fundamental reto de los gobiernos mundiales. Tanto en el Norte como en el Sur se requieren acciones urgentes. El medio ambiente es un recurso que debe ser protegido y mejorado para que pueda ser utilizado para una población en crecimiento sostenido. Un gran futuro a una deuda inabordable que excluye la posibilidad de realizar las inversiones e inversiones necesarias para crecer y crecer. La contaminación del medio ambiente es un problema de cooperación. Este Oeste para lograr una relación justa entre Norte y Sur.

#### El rol del medio ambiente

45. Dado que la destrucción del medio ambiente no respeta fronteras, la cooperación ecológica debe ser de carácter internacional. El medio ambiente es un recurso que debe ser protegido y mejorado para que pueda ser utilizado para una población en crecimiento sostenido. Un gran futuro a una deuda inabordable que excluye la posibilidad de realizar las inversiones e inversiones necesarias para crecer y crecer. La contaminación del medio ambiente es un problema de cooperación. Este Oeste para lograr una relación justa entre Norte y Sur.

#### El rol del medio ambiente

46. Se deben realizar esfuerzos internacionales conjuntos para reducir los productos y procesos perjudiciales para el medio ambiente por otros no dañinos. Hay que evitar que la interacción entre el medio ambiente y el desarrollo humano sea un círculo vicioso. El medio ambiente es un recurso que debe ser protegido y mejorado para que pueda ser utilizado para una población en crecimiento sostenido. Un gran futuro a una deuda inabordable que excluye la posibilidad de realizar las inversiones e inversiones necesarias para crecer y crecer. La contaminación del medio ambiente es un problema de cooperación. Este Oeste para lograr una relación justa entre Norte y Sur.

#### La revolución tecnológica

47. El medio ambiente es un recurso que debe ser protegido y mejorado para que pueda ser utilizado para una población en crecimiento sostenido. Un gran futuro a una deuda inabordable que excluye la posibilidad de realizar las inversiones e inversiones necesarias para crecer y crecer. La contaminación del medio ambiente es un problema de cooperación. Este Oeste para lograr una relación justa entre Norte y Sur.

48. El medio ambiente es un recurso que debe ser protegido y mejorado para que pueda ser utilizado para una población en crecimiento sostenido. Un gran futuro a una deuda inabordable que excluye la posibilidad de realizar las inversiones e inversiones necesarias para crecer y crecer. La contaminación del medio ambiente es un problema de cooperación. Este Oeste para lograr una relación justa entre Norte y Sur.

#### El rol del medio ambiente

49. El medio ambiente es un recurso que debe ser protegido y mejorado para que pueda ser utilizado para una población en crecimiento sostenido. Un gran futuro a una deuda inabordable que excluye la posibilidad de realizar las inversiones e inversiones necesarias para crecer y crecer. La contaminación del medio ambiente es un problema de cooperación. Este Oeste para lograr una relación justa entre Norte y Sur.

#### El rol del medio ambiente

50. El medio ambiente es un recurso que debe ser protegido y mejorado para que pueda ser utilizado para una población en crecimiento sostenido. Un gran futuro a una deuda inabordable que excluye la posibilidad de realizar las inversiones e inversiones necesarias para crecer y crecer. La contaminación del medio ambiente es un problema de cooperación. Este Oeste para lograr una relación justa entre Norte y Sur.

#### El rol del medio ambiente

51. El medio ambiente es un recurso que debe ser protegido y mejorado para que pueda ser utilizado para una población en crecimiento sostenido. Un gran futuro a una deuda inabordable que excluye la posibilidad de realizar las inversiones e inversiones necesarias para crecer y crecer. La contaminación del medio ambiente es un problema de cooperación. Este Oeste para lograr una relación justa entre Norte y Sur.

#### El rol del medio ambiente

52. El medio ambiente es un recurso que debe ser protegido y mejorado para que pueda ser utilizado para una población en crecimiento sostenido. Un gran futuro a una deuda inabordable que excluye la posibilidad de realizar las inversiones e inversiones necesarias para crecer y crecer. La contaminación del medio ambiente es un problema de cooperación. Este Oeste para lograr una relación justa entre Norte y Sur.

#### La revolución tecnológica

53. El medio ambiente es un recurso que debe ser protegido y mejorado para que pueda ser utilizado para una población en crecimiento sostenido. Un gran futuro a una deuda inabordable que excluye la posibilidad de realizar las inversiones e inversiones necesarias para crecer y crecer. La contaminación del medio ambiente es un problema de cooperación. Este Oeste para lograr una relación justa entre Norte y Sur.

#### La revolución tecnológica

54. El medio ambiente es un recurso que debe ser protegido y mejorado para que pueda ser utilizado para una población en crecimiento sostenido. Un gran futuro a una deuda inabordable que excluye la posibilidad de realizar las inversiones e inversiones necesarias para crecer y crecer. La contaminación del medio ambiente es un problema de cooperación. Este Oeste para lograr una relación justa entre Norte y Sur.

#### La revolución tecnológica

hasta Taine y otros, funda sus raíces en ese precoz rechazo de los valores universales proclamados por el '89. También la crítica del joven Marx (*La cuestión judía, La sagrada familia, Introducción a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho*) tiene como centro esta contradicción entre realidad y apariencia. La soberanía democrática, en efecto, no sería otra cosa que la imagen "alienada" de una universalidad de la cual no hay rastros en la sociedad real: la ilusión de ser todos *citoyens* mientras sólo hay *bourgeois*. Aparece así la igualdad, real es la diversidad; las promesas de la democracia son, por consiguiente, ilusorias.

Si en embargo es interesante observar que Tocqueville, en su libro sobre la democracia americana, había notado el mismo fenómeno: que el individuo democrático imagina a sí mismo igual a sus semejantes, mientras que la sociedad y la naturaleza no cesan de producir desigualdades. Pero allí donde Marx denunciaba esta contradicción entre realidad y apariencia como el "escándalo" de la sociedad burguesa, y se proponía abolirla, para Tocqueville esta igualdad puramente "imaginaria" era precisamente el secreto de la vitalidad de los regímenes democráticos porque mantenía abierta una dialéctica permanente, conflictiva y dinámica, moderna su inquietud y animación característica. La democracia es un "empuje" por la igualdad: vive precisamente en esta tensión, entre una igualdad que nunca podrá realizarse integralmente entre los hombres concretos y una intención de igualdad, una idealidad, una aspiración a ser siempre más iguales, que jamás necesita ser abandonada puesto que, junto con la libertad, son los que organizan sentido y nobleza a la acción por mejorar a la sociedad en la que vivimos. A la luz de la experiencia de los últimos dos siglos, esta intuición del valor socialmente *dinámico* de la democracia se ha revelado a mi parecer, como más iluminadora que las críticas radicales a los "derechos del '89". La igualdad democrática (aunque sea "formal") ha resultado el terreno más fértil para hacer avanzar la igualdad real.

Si una referencia precisa a esta naturaleza *dinámica* de la "ficción" democrática resulta difícil apreciar adecuadamente el debate sobre las grandes opciones ideales que desde hace tiempo están comprendiendo a las componentes con mayor vitalidad de la izquierda europea e internacional. La afirmación del "valor universal de la democracia" representa, en efecto, uno de los puntos de llegada más significativos de una búsqueda que se ha medido concretamente con las adquisiciones y con los límites de culturas políticas como la liberal y la marxista (mancomunadas sinómicamente por una concepción reductiva de la democracia). También el debate que se está sucediendo en estas semanas, a partir de algunas observaciones contenidas en una reciente intervención de Achille Mbembe, se inserta con todo derecho en una búsqueda cultural y política que desde hace tiempo pretenden medir sus propios valores con el metro de la experiencia histórica y de la cambiante realidad contemporánea. En este sentido, la afirmación según la cual "el PCI es hijo" de la gran idea de la historia "que fue la Declaración de 1789 no significa, en efecto, que se retoma al año cero, ni tanto menos que han "perdido 190 años", como afirma Il Manifesto. Precisamente porque esos años no pasaron en vano nosotros estamos hoy en condiciones de observar el acto de nacimiento de la democracia moderna como un acontecimiento bastante más complejo y complejo que las interpretaciones simplificadas que de él (tanto de parte liberal como de parte marxista) se han ofrecido.

Es cierto que, como recuerda Rossana Rossanda, aquella célebre "Declaración



del '89 enumeraba entre los derechos del hombre el de la propiedad. Sin embargo, no se trata de un "derecho ilimitado a la propiedad individual" como sugiere la historia. Del mismo modo que el derecho a la libertad no es un derecho "ilimitado" a la licencia. No se trata, por consiguiente, de derechos incompatibles con su reglamentación (véase el artículo de las libertades modernas su inquietud y animación característica. La democracia es un "empuje" por la igualdad: vive precisamente en esta tensión, entre una igualdad que nunca podrá realizarse integralmente entre los hombres concretos y una intención de igualdad, una idealidad, una aspiración a ser siempre más iguales, que jamás necesita ser abandonada puesto que, junto con la libertad, son los que organizan sentido y nobleza a la acción por mejorar a la sociedad en la que vivimos. A la luz de la experiencia de los últimos dos siglos, esta intuición del valor socialmente *dinámico* de la democracia se ha revelado a mi parecer, como más iluminadora que las críticas radicales a los "derechos del '89". La igualdad democrática (aunque sea "formal") ha resultado el terreno más fértil para hacer avanzar la igualdad real.

Si una referencia precisa a esta naturaleza *dinámica* de la "ficción" democrática resulta difícil apreciar adecuadamente el debate sobre las grandes opciones ideales que desde hace tiempo están comprendiendo a las componentes con mayor vitalidad de la izquierda europea e internacional. La afirmación del "valor universal de la democracia" representa, en efecto, uno de los puntos de llegada más significativos de una búsqueda que se ha medido concretamente con las adquisiciones y con los límites de culturas políticas como la liberal y la marxista (mancomunadas sinómicamente por una concepción reductiva de la democracia). También el debate que se está sucediendo en estas semanas, a partir de algunas observaciones contenidas en una reciente intervención de Achille Mbembe, se inserta con todo derecho en una búsqueda cultural y política que desde hace tiempo pretenden medir sus propios valores con el metro de la experiencia histórica y de la cambiante realidad contemporánea. En este sentido, la afirmación según la cual "el PCI es hijo" de la gran idea de la historia "que fue la Declaración de 1789 no significa, en efecto, que se retoma al año cero, ni tanto menos que han "perdido 190 años", como afirma Il Manifesto. Precisamente porque esos años no pasaron en vano nosotros estamos hoy en condiciones de observar el acto de nacimiento de la democracia moderna como un acontecimiento bastante más complejo y complejo que las interpretaciones simplificadas que de él (tanto de parte liberal como de parte marxista) se han ofrecido.

por las circunstancias imprevisibles. La reñitividad la intervención del "azar" (y si el rey no hubiese sido casualmente reconocido en Varennes?). Dicho esto, tampoco es convincente, más allá de un cierto nivel de abstracción, el esquema que separa nitidamente una fase "moderada" de una fase "radical" de la revolución. 1789 fue todo menos un año "moderado"; allí tomó cuerpo, precisamente a mediados de ese año, una cultura política radicalmente nueva (que se expresará también en la "Declaración" que, no por azar, desgarrará al liberal inglés Burke. Era una cultura política en cuyo centro estaba la idea de una ruptura neta de la continuidad histórica (es crucial la noción de "nuevo régimen"; además de la idea de una soberanía popular indivisible y absoluta; una cultura política que no será extraída al tormento recorrido que la revolución experimentó en los años sucesivos antes de encontrar un provisional (y nunca definitivo) ajuste de cuentas.

En Moscú, en el corazón del "socialismo real", un nuevo grupo dirigente está experimentando una política de reforma que vuelve a poner en discusión las bases sobre las que históricamente se construyó la sociedad soviética. En el mundo se abre las perspectivas marcadas por la fealdad socialista y "sistema capitalista", en nombre de los intereses más generales de la humanidad, amenazada por peligros planetarios hasta ayer inimaginables. La afirmación y la consolidación de los valores de la democracia, con su dinamismo intrínseco, tornan cada vez más significativa la elección de la no-violencia como metodología para resolver positivamente los grandes problemas de los pueblos y de las clases. En el interior de los países europeos aparecen formas nuevas de exclusión y de marginación social, nuevas desigualdades, que reactualizan la temática de los "derechos de ciudadanía".

parece agotarse gradualmente la ofensiva cultural neoliberalista; en la medida en que la izquierda es capaz de renovar, y no se limita a oponer valores abstractos a otros valores abstractos, el valor de la igualdad y de la solidaridad al de la libertad y de la movilidad social, como si se tratara de una elección de civilidad, y no en cambio de exigencias distintas pero irrenunciables de las sociedades en las que vivimos, también las simplificaciones ideológicas de la derecha han mostrado su adentro corto.

mostrado y en el protagonismo de las grandes masas.

La democracia, los derechos del hombre, una sociedad fundada sobre hombres libres e iguales, emancipados de toda trascendencia, el mismo valor de la *égalité*, son todos juntos la sustancia irrenunciable del mundo en el que vivimos, y sin embargo constituyen también una herencia problemática, puesto que representan los imperfechos de una modernidad no reconciliada consigo misma. Lo demuestra la atormentada y conflictiva dinámica de la revolución francesa, que en aquellos principios se inspiró, pero también podemos verlo hoy, al finalizar el siglo XX, cuando más sensibles somos a las "ambigüedades" de la democracia de masa. Y lo demuestran — en un registro totalmente distinto — los recurrentes malestares colectivos que nacen del desagrado que provoca una existencia toda circunscripta en la propia dimensión immanente.

Esta problemática deriva de la circunstancia de que muchos de aquellos derechos todavía no se han realizado por completo, o son experimentados sobre la base de las nuevas experiencias, a través de esa tensión dinámica, propia de la democracia, hacia un desarrollo cada vez más pleno de la igualdad de los ciudadanos y una ampliación de las bases sociales del estado. En este cuadro desempeña un papel insustituible la iniciativa valorativa teórica de los "derechos universales" que quisiera que se colocara el PCI. Es una iniciativa que se coloca en el surco de las grandes ideas de emancipación y de reforma propias de la tradición socialista; tradición que requiere, de parte de nuestros ojos y que requieren, de parte de todos nosotros, un cambio de mentalidad.

En Moscú, en el corazón del "socialismo real", un nuevo grupo dirigente está experimentando una política de reforma que vuelve a poner en discusión las bases sobre las que históricamente se construyó la sociedad soviética. En el mundo se abre las perspectivas marcadas por la fealdad socialista y "sistema capitalista", en nombre de los intereses más generales de la humanidad, amenazada por peligros planetarios hasta ayer inimaginables. La afirmación y la consolidación de los valores de la democracia, con su dinamismo intrínseco, tornan cada vez más significativa la elección de la no-violencia como metodología para resolver positivamente los grandes problemas de los pueblos y de las clases. En el interior de los países europeos aparecen formas nuevas de exclusión y de marginación social, nuevas desigualdades, que reactualizan la temática de los "derechos de ciudadanía".

parece agotarse gradualmente la ofensiva cultural neoliberalista; en la medida en que la izquierda es capaz de renovar, y no se limita a oponer valores abstractos a otros valores abstractos, el valor de la igualdad y de la solidaridad al de la libertad y de la movilidad social, como si se tratara de una elección de civilidad, y no en cambio de exigencias distintas pero irrenunciables de las sociedades en las que vivimos, también las simplificaciones ideológicas de la derecha han mostrado su adentro corto.

La renovación de la cultura de la izquierda es un gran desafío que viene impu-

mostrado y en el protagonismo de las grandes masas.

La revolución francesa aparece inmediatamente a sus intérpretes, aun desde positivamente opuestas, como una línea divisoria destinada a inaugurar una nueva época. Con 1789 no se asiste, en efecto, a una mera redefinición de las relaciones entre súbditos y soberano, sino al nacimiento de una nación soberana que suprime las barreras políticas entre los estamentos sociales con la bandera de los derechos universales de libertad, igualdad, fraternidad. ¿Cuál es hoy la importancia y qué implicaciones específicas tienen estos derechos universales, reiteradamente cuestionados, con críticas de distinto signo, por su carácter abstracto, ilusorio y formal desde el punto de vista jurídico?

Cerroni: Quisiera anticipar que una correcta valoración teórica de los "derechos universales" debería en cierto modo prescindir de la situación histórica francesa ya que otras declaraciones de derechos se habían producido en Inglaterra y en América (Declaración de los Derechos de Virginia, 1776). Naturalmente la Declaración de 1789 tenía un significado más vasto e intenso que el de un simple documento europeo. Lo precisamente su carácter europeo-continental ha pesado luego sobre su valoración teórica. La crítica de "abstracto" se vincula (también en Marx) principalmente al hecho histórico de que la sociedad francesa quedaba, aun después de la Declaración, fuertemente marcada por la fealdad socialista y "sistema capitalista", en nombre de los intereses más generales de la humanidad, amenazada por peligros planetarios hasta ayer inimaginables. La afirmación y la consolidación de los valores de la democracia, con su dinamismo intrínseco, tornan cada vez más significativa la elección de la no-violencia como metodología para resolver positivamente los grandes problemas de los pueblos y de las clases. En el interior de los países europeos aparecen formas nuevas de exclusión y de marginación social, nuevas desigualdades, que reactualizan la temática de los "derechos de ciudadanía".

parece agotarse gradualmente la ofensiva cultural neoliberalista; en la medida en que la izquierda es capaz de renovar, y no se limita a oponer valores abstractos a otros valores abstractos, el valor de la igualdad y de la solidaridad al de la libertad y de la movilidad social, como si se tratara de una elección de civilidad, y no en cambio de exigencias distintas pero irrenunciables de las sociedades en las que vivimos, también las simplificaciones ideológicas de la derecha han mostrado su adentro corto.

La renovación de la cultura de la izquierda es un gran desafío que viene impu-

¿Cómo dar nueva vida a los principios del '89?

## El sueño de un nuevo ciudadano

Umberto Cerroni, Biagio de Giovanni, Francesco Totaro y Salvatore Veca

Crítica del carácter abstracto de los derechos universales y su vínculo con el orden censitario de la sociedad europea del siglo XIX. La URSS estaliniana y su rechazo del formalismo jurídico. La posición de Marx en *La cuestión judía*. Sociedad compleja y pensamiento igualitario, individualismo y solidaridad. ¿Cómo salir de los dilemas de la tradición? Reforma moral e intelectual y no violencia. La igualdad no puede sustituir la libertad. Las nuevas formas de tiranías silenciosas en la sociedad atomística y de masa y el diagnóstico de Tocqueville. Las líneas posibles de una comunidad futura.



forma del derecho.

De Giovanni: Acaso se asiste también a algo más con la revolución francesa: al nacimiento de la libertad moderna, de la moderna libertad política, como lo vio inmediatamente (y lo continuó viendo por toda la vida) Hegel. En este sentido, la revolución francesa permaneció como una divisoria de aguas y me parece que debemos mirar al menos con perplexidad todas las "omas de distancia" que sobre la onda de problemas historiográficos también serios conducen a oscurecer este dato esencial que debe ser subrayado. Es necesario distinguir, en suma, entre la necesidad del revisionismo his-

tórico (que indica nada más y nada menos que el problema, para decirlo con una expresión célebre, de la contemporaneidad de toda historia) y el apresurado corte de raíz de las modernas idealidades democráticas ante el temor de permanecer aislados del coro que interpreta la historia de la democracia radical moderna como un cúmulo de errores marcados por el temor y la violencia. Por lo tanto es necesario reafirmar en el pensamiento esta relación fuerte entre revolución y libertad moderna aun más allá de lo que la revolución ha "realizado". Será frecuente tenerme a mi memoria una afirmación de Foucault que reflexionaba sobre el texto de

Kant *Qué es el iluminismo*: revolución es más fermento, vida, organización de necesidades, ideas, principios que se hacen visibles, crecimiento de la densidad intelectual y moral, ampliación concreta del campo de la historia de lo que no es Estado o nueva jerarquía jacobina que deriva de su efectivo realismo. Todo esto debe ser incluido en el campo de nuestra conciencia.

Los derechos universales de los que se habla en la pregunta debe ser acogidos como líneas de tendencia a una dialéctica permanente, incumplida, así como los acogió en su tiempo Marx. Cuando crítico en *La cuestión judía* su carácter abstracto no los definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acutaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida a la que me he referido. Toda esta problemática no merece ser olvidada junto con la caducidad de tanta historia en estos años. ¡Atención! La profundísima crisis que atraviesa y que atravesará la democracia contemporánea está también en todo esto que estamos olvidando, en el oscurecimiento de algunos principios de lucha que continuarían requiriendo una capacidad de análisis en condiciones de opresión (sí, de opresión) a líneas de tendencia que aparecen como simplemente fatales y necesarias. El debate sobre la revolución francesa está resumiendo emblemático de esta situación. En tal sentido penetran en él elementos de una discusión directamente política. Quisiera observar a manera de conclusión que estos derechos son, por decirlo de alguna manera, una estructura fuerte, captan plenamente la dimensión política de la libertad moderna, presuponen hombres que se asocian con finalidades comunes, hablan de un individuo que mira a los otros y al sentido de una comunidad política, de una lista. Es su implicación profunda. Ellos pueden ser todavía principio de una lucha contra la privación del mundo.

Totaro: La imputación más frecuente dirigida a los "derechos universales" es la de ideologización. Se sostiene que los derechos, comenzando por aquellos que son "venerados", como los de libertad, igualdad y fraternidad, son en realidad proclamaciones sin contenido. Mejor dicho, si ellos tienen algún contenido es sólo aquel que refleja intereses particulares. Por lo tanto los "derechos universales" no serían sino la manifestación de una mal calculada voluntad de dominio, asociada a una astuta capacidad de manipulación del consenso. Esta acusación golpea actualmente con una cierta frecuencia — para hacer referencia a las propuestas que emergen en la cultura de inspiración católica — el discurso sobre los "derechos humanos" y aquel otro sobre la "solidaridad" (considerado ético, precapitalista, etc.). A estas imputaciones se puede dar una respuesta desde el punto de vista de los principios y una respuesta desde el punto de vista de los hechos. Desde el primer punto de vista se debe admitir que la afirmación de los derechos, como también de los valores

vinculados a ellos, está constantemente expuesta a la captura por parte de la ideología. Esta última no es en efecto una invención diabólica sino el uso distorsionado y misticificante de los mismos significados positivos expresados con el lenguaje de los derechos y de los valores. Finalmente la política del *apartheid* en Sudafrica es legitimada (al menos así se pretende) con las instancias de libertad, igualdad y fraternidad aplicada a los grupos étnicos separados. Pero tal ejemplo es iluminador. El nos hace comprender intuitivamente que tenemos los criterios para distinguir la versión ideologizante de los derechos-valores de su formulación *válida*: cuando su universalismo es aparente no resiste a los golpes de una crítica que lo desmenuza como universalización indebida del interés particular. Desde el punto de vista de los hechos se puede destacar cómo la contraposición entre los "abstractos" propugnadores de los derechos y los "concretos" afirmadores de la materialidad histórica (relación de fuerza entre las clases como únicas generadoras de realidad efectiva) son en verdad — en el caso descrito — el parafuente de un imponderable vicio de abstracte. Derechos y valores, aun con sus límites, no caen del cielo sino que toman cuerpo a través del empeño y de la lucha de los sujetos reales.

Vece: Quería responder a la vez a la primera y a la última pregunta sugiriendo alguna observación filosófica elemental al respecto. Esto requiere un espacio un poco desproporcionado del que *Rinascita* cortesmente nos ha concedido. Sin embargo esto me permitirá — para ajustarme a los acuerdos — respuestas casi telegráficas y la segunda y a la tercerapregunta. *Libertad, igualdad, fraternidad*, constituyen el núcleo normativo, el conjunto de principios, valores o fines del *proyecto moderno*. Se puede sostener razonablemente que se trata de un *proyecto incumplido* y de un conjunto de premisas no materializadas, por lo que resulta de una singular capacidad universalista.

Por lo tanto una interpretación coherente de este núcleo es  *todavía hoy*, a dos siglos de distancia de la Declaración de los Derechos de Francia (y América) un criterio ideal de juicio político y de conciencia moral para la *reforma social*. De acuerdo con el profesor Habermas, [otra que posmoderno] La idea misma, moral y políticamente justificable, de "progreso", vinculado a nuestras elecciones y a nuestras razones, está incorporada en aquel núcleo.

Naturalmente los problemas que, como descendientes del '89 tenemos ante nosotros, no son simples. La dificultad depende de la pluralidad de interpretaciones conflictivas de estos términos familiares de nuestro léxico. No sólo de cada uno de estos términos sino también su *conjunction*. Ellos no se ponen juntos, no se suman, sin genuinos dilemas, tensiones o contradicciones. Por lo tanto lo que me parece a mí importante es una *combinación, una elección más rica y profunda de las mejores interpretaciones de cada uno de estos términos*, hoy, para nosotros, en esta parte del mundo; con todo el eco de las tradiciones liberales, democráticas y socialistas.

Tomemos la libertad. Este término denota una familia con una pluralidad de libertades diferentes: las negativas, las positivas; la libertad de ser o hacer, libertad de interferencias, emancipados; la libertad de participar en las decisiones colectivas que se vinculan con nuestra libertad individual. Libertad de elección para individuos, para cada hombre y mujer en cuanto tal; libertad, por otra parte, para grupos, coaliciones, organizaciones de individuos (políticas, sindicales, religiosas, de representación de intereses, etc.).

Esto constituye un *sistema de libertades*. Si es verdad, como ha sostenido Peter Glotz, que vivimos una época de indivi-

dualización, una época que se abre — como siempre sucede en la historia — ya sea a un posible destino de iniquidad, o bien a una perspectiva de reparación y progresiva de una vida asociada más justa, entonces la familia de las libertades y de los *derechos* (civiles, políticos y sociales, *viejos y nuevos*) deberá ser política y moralmente valorada desde el punto de cada cual, de la igualdad de *ciudadanía*. Y aquí se tropieza con el segundo de los "inmortales principios", los *mínima moralia* del *proyecto moderno*.

La igualdad es otra fuente de problemas de difícil resolución, cada vez más complicados, si esto es posible. Es conocido que la *igualdad* era igualdad frente a la ley, es decir la eliminación del privilegio y de la ven-



taja arbitraria por razones de cuna: la ruptura del monopolio de los detentadores del bien inmercado de la aristocracia. Todos saben que esta *idea simple de la igualdad* (del guerra al monopolio de un bien y su distribución en cuotas iguales a cada uno) ha guiado y modelado en el siglo pasado a la tradición socialista y comunista del pensamiento igualitario, respecto del monopolio de otros bienes, riqueza, autoridad política, carisma religioso, fuerza militar, etcétera.

Ahora bien, en una sociedad compleja, constituida por una pluralidad de esferas y por una variedad de bienes, es necesario reformular nuestra idea de igualdad para que sea plausible y para que la expresión del ideal de una sociedad de hombres y mujeres "libres e iguales" tenga algún sentido definido. Pero hay también una idea simple de igualdad que tiene en cuenta las capacidades, las oportunidades fundamentales o las *necesidades de ciudadanía social*; pero a ésta la acompaña una *idea compleja de igualdad* en el sentido de la autonomía relativa entre las distintas esferas de la acción social de cada uno de nosotros. Que el poder político no invada la esfera del poder económico, pero a la vez no tenga validez lo inverso. Que el poder tecnológico-científico no invada la esfera del poder político, que este último no viole los límites de la esfera de la información o del mérito científico; que el carisma religioso no funcione como moneda dominante en la esfera de la política, o a la inversa; que el poder del mercado no cometa la vida y la muerte, no viole la dignidad de las personas. Se genera de este modo la genuina cuestión del pluralismo en una democracia como proyecto esencialmente incumplido.

Esta idea compleja de igualdad nos re-

mite, en un círculo vicioso, a la libertad, a la ausencia de dominio, tiranía o usurpación sobre nuestras vidas de hombres y mujeres. En fin, la fraternidad. Ella tiene que ver con la identidad colectiva; con respuestas a la pregunta "¿Quiénes somos?" Puede ser generada, como ha sucedido y sucede, por la tribu, la secta, la nación, la clase, la iglesia, el sexo, etcétera.

En una época de individualización me parece que ella debe alcanzar, en primer lugar, la condición compartida de *ciudadanía*: ser todos miembros o socios de una empresa colectiva/sociedad y tener derecho a *igual consideración y respeto* por el simple motivo de que nos reconocemos como tales. Nuestro *derecho* a no estar en desventa-

manee  *todavía en el espacio de tal horizonte de la política?*

Cerroni: El "límite" del horizonte histórico-político en el que queda inscrita la revolución francesa me parece que está bien simbolizado por la Ley Le Chapelier de 1791, que prohibía toda forma de asociación y que continuó vigente por decenios. La apertura de un nuevo horizonte histórico-político está marcado precisamente por el nacimiento de la libertad de asociación, reclamada por los "nuevos sujetos": los trabajadores. Recuérdese que el Estatuto Albertino concedió la libertad de reunión, pero no la libertad de asociación. Es, en efecto, abrió las puertas a la constitución de organizaciones de defensa económica y de educación y propaganda política estables, reivindicada especialmente por intelectuales, artesanos y obreros. Estas nuevas organizaciones levantaron, respecto de la revolución francesa, problemas que rebasaban la tradición individualista y abrían la tradición "social" o "socialista".

De Giovanni: La ruptura revolucionaria del '89 fue también el producto de una organización de la sociedad civil que vació progresivamente el viejo estado hasta dejar desnudo al rey. Sólo un rey desnudo podía ser depuesto. Toda la preparación iluminista de la revolución puede ser leída en esta clave, como ampliación del abandono de ideas que resultaron luego elementos concretísimos de una dialéctica social. Se rompen las viejas compatibilidades especialmente sobre el terreno del desplazamiento del plano de la soberanía. La revolución representa una *ruptura nueva* a la pregunta central: ¿quién es el soberano? Y la respuesta nueva es que el soberano es el pueblo. En este sentido, y a partir de aquí, existe una expansión inaudita de la base de la política que penetra en la subjetividad social, precedentemente excluida por ella. Estado y subjetividad se complementan también más allá de las técnicas propias de la representación política: es algo más que un hecho meramente técnico lo que se pone en movimiento: es la idea que el estado no es simplemente una máquina (la máquina que Hobbes había descrito y deducido en su pureza) y de la cual había excluido en sentido radical toda dimensión subjetiva y de opinión; sino que la política debe vivir en la interioridad del hombre y que para llegar hasta allí ella debe vincularse a la compleja dimensión de una hegemonía ético-política y cultural. La relación entre estado y sociedad tiende a replantearse en esta forma y por lo tanto a la mediación de categorías que resquebrajan las dimensiones puramente utilitarias-funcionales. Todo este terreno que nace y se desarrolla entonces tiende a excluir que la política y el estado sean un terreno de pura y simple neutralización de los conflictos. La política expandida se convierte en elemento de *nuevas* contradicciones.

¿Y hoy? Siempre es difícil poner tan bruscamente en confrontación el pasado y el presente, pero es probable que sea una tarea actual la reafirmación de la dimensión crítica de la política, la reindividualización del espacio propio que hoy muchas opiniones y muchos hechos tienden a reconducir a los límites restringidos del poder puro celebrados a la vez por la liberación del individuo impolitico de esta maldición de la historia. ¿Pero podemos considerar el problema al menos todavía abierto?

Todaro: Los principios revolucionarios de libertad, igualdad y fraternidad tenían un sentido — con esto retorno la respuesta a la primera pregunta — en cuanto no fueron sólo proclamaciones jurídico-constitucionales sino también motivaciones para la acción de los sujetos sociales. La referencia a tales principios afecta tanto la relación entre los sujetos sociales y el estado como la que existe entre los mismos sujetos sociales. Es precisamente este dinamismo complejo que pone al descubierto, por un lado el carácter

no sacro del estado, y por el otro la fluidez de las relaciones en el interior de la sociedad civil. Es el enorme movimiento de la revolución determinando fuga de filtro selectivo y ordenador la relación entre el interés particular y el interés universal o voluntad general. Fruto peculiar de la cultura de las "luces", la escansión particular-universal fue el perno y a la vez la obsesión mental de los protagonistas de la revolución, hasta el punto en que se cristalizó en la formulación del Terror (con el endurecimiento de la idea de Salud pública) y del automatismo de los mecanismos represivos que de él derivó destructivamente.

Es hora de preguntarse: ¿nuestro horizonte civil y político permanece aún en el interior del hexo entre particular y universal? ¿Y en qué medida? Se podría responder provocativamente que si la revolución francesa se comprometió por un exceso de tensión universalista, reduciéndose luego a una terna cuanto ilusoria omnipotencia del poder, nosotros, en tanto últimos herederos de la modernidad y a la vez narradores de la posmodernidad, corremos el peligro de sucumbir bajo el peso y el cúmulo de intereses diseminados e inconciliables entre sí.

Además de la altanería de un fácil posmodernismo, emerge por ese motivo la cuestión radical: ¿qué motivaciones existen hoy para la política? ¿Cuál es su sentido?

Vece: Pienso que aquí se mide nuestra distancia del evento que ha inaugurado el mundo que nos es contemporáneo, para decirlo con una expresión de Furet. El ideal de la revolución política por excelencia era el de una relación directa y lineal entre ciudadanos y autoridad, entre opciones individuales y opciones colectivas (la "voluntad general"). Las democracias contemporáneas se han caracterizado por el hecho esencial del pluralismo organizado. Una parte importante y crucial de este hecho es el giro de los movimientos obreros. La extensión de la ciudadanía está asociada a la extensión y a la ubiudad de la política y de la organización de los intereses.

Esto conlleva beneficios preciosos: basta pensar en el fascinante, difícil y complejo proceso de reforma en el ámbito de las sociedades socialistas. La "democratización" supone que se acepten los desafíos del pluralismo. Pero para todo orden organizativo de los sistemas pluralistas también costos: ¿cómo identificar algo como un *interés general o público* de largo alcance para la colectividad? Este es un desafío importante para la perspectiva de la reforma social. Ella requiere, me parece, una reducción o contracción del espacio de la política. La responsabilidad de pocas y grandes opciones colectivas es de cual que manera mejor que la ubiudad irresponsable, en lo que se refiere a los ciudadanos, de una mirada de tantas, fragmentadas y sectoriales decisiones inevitablemente miopes, autointeresadas y ancladas en el horizonte nervioso de la corta duración.

El vínculo más entre *experiencia jacobina* y *revolución bolchevique* constituye no sólo un tema clásico de la historiografía marxista sobre la revolución francesa sino también un *motivo recurrente en el análisis de las revoluciones contemporáneas*. Más allá de los motivos, de las apologetas negativas y del peso de los contextos específicos, ¿cuál ha sido más en general el poder de irradiación efectivo del "modelo jacobino" sobre los ordenamientos políticos del siglo XX?

Cerroni: No hay duda de que el jacobinismo tuvo una fuerte carga difusiva y eversiva en toda la Europa del siglo XIX. También Lenin, hacia finales del siglo, definía a los bolcheviques como jacobinos rusos. Una de las razones de todo esto está en el hecho de que el viejo régimen liberal mantuvo en pie por largo tiempo, incluso después de la revolución francesa, un estado con su-



ragio muy restringido que imponía una dirección política desde lo alto y acciones de cambio con estructuras elitistas. Sobre este terreno mostraron tanto el socialismo blanco como el anarquismo, al igual que el socialismo marxista teorizador de la "dictadura del proletario" contra la dictadura propietaria de la burguesía. Una perspectiva histórico-política sustancialmente distinta del jacobinismo se consolida en Europa sólo con el sufragio universal. Pero este, vale la pena remarcar, es muy reciente: en Francia, al cabo de varias revoluciones, sólo es introducido en 1945 (como en Italia).

De Giovanni: Se trata de saber qué se entendió por modelo jacobino. Si se reduce el modelo jacobino a los muy precisos aforos del "terror" revolucionario, entonces la primera tarea que debemos darnos es la de leer y releer las extraordinarias páginas dedicadas al problema por Hegel en *La fenomenología del espíritu*. Allí está ya todo: comprensión y crítica, destrucción teórica de aquella experiencia entendida como utopía de una libertad absoluta que rápidamente se convierte en su propio opuesto en la medida en que cancela "todos los estados sociales que son las esencias espirituales en las cuales todo se organiza".

Pero jacobinismo no significa sólo esto. El término hace referencia (sobre todo en acepción gramsciana) sobre la cual hoy puede ser oportuno volver a reflexionar, a los momentos constitutivos esenciales del estado moderno y en particular al momento en que se constituye y se organiza una voluntad que debe dar vida a un nuevo estado. Jacobinismo es mucho más que terror; si permanecemos encerrados en esta homología no solamente nos olvidamos lo que ha venido sucediendo hasta los grandes hechos del siglo XX (mencionados en la pregunta) sino que corremos el riesgo de quedar supeditados al juicio sobre la abstracte jacobinismo, que ha sido propio de todo el pensamiento moderado hasta Croce. El problema del jacobinismo se amplía al de la constitución misma de los estados modernos: no existe pues un esquema de revolución buena hasta para las sociedades campesinas o de cualquier modo atrasadas, sino que renace cada vez que se ha tratado (y se tratará) de introducir el *novum* en la historia y de individualizar un grupo dirigente en condiciones de introducir un "forzamiento" en el curso de la cosa. Sin el jacobinismo, en suma, no es mucho lo que se aferra de la historia política moderna. Por otra parte, existe también el mártir jacobino, como bien sabemos nosotros los napolitanos: ¿por qué no recordarlo?

Todaro: El poder de irradiación del modelo jacobino sobre los ordenamientos políticos del siglo XX remite, como es obvio, a los sistemas realizados por el socialismo, comenzando por la implantación revolucionaria del bolchevismo. Sin embargo, si se me permite, me parece oportuno reconocer la amplia sombra de la erradicación de direcciones múltiples. Comenzará por los proyectos de *planificación o programación* global ya presentes alrededor de los años treinta en las políticas "dirigistas" de algunos estados occidentales (me refiero al nuevo estado americano), pero que luego resultaron más consistentes en la posguerra, a partir del diseño del estado social que se configuró en Gran Bretaña con el "Informe Beveridge". No es ni siquiera arbitrario detectar el rastro de un "prescripcional" jacobino en la misma carta constitucional italiana, allí donde se definen los derechos de los ciudadanos y las obligaciones correspondientes a los individuos como para el estado (especialmente para la erradicación de las desigualdades y de las diferencias discriminatorias). El modelo jacobino, en suma, me parece presente allí donde se atribuyen al estado y a los poderes públicos no sólo funciones de administración neutrales sino

también una tarea sustancial de adquisición y expansión de un bienestar visto en cierto modo como indiviso y vinculado a la condición universal de ciudadanía. Al estado que planifica, interviene y dirige no aparece extraña una persistente vocación jacobina, aun cuando está mezclada — como en el caso italiano — con el clasicismo profetario de matriz marxista y el solidarismo de la persona de marca católica.

No es finalmente paradójico ver rasgos de jacobinismo en las teorías hoy día de la política "sistémica", con el éxito decisivo al que arriban. Se tratará en última instancia de un jacobinismo sin sujetos, pero la anulación de los sujetos, sacrificados a la voluntad política general, ¿no es acaso el éxito extremo de un jacobinismo juzgado en clave de eficientismo burocrático? En definitiva, si nos ponemos en camino hacia una exploración en serio acaso cada uno descubra el propio jacobinismo. Así las cosas, ¿cuál es el jacobinismo que se debe asumir y cuál el que se debe rechazar?

Veamos: El "modelo jacobino" parece ser el equivalente, en el siglo XX, del absolutismo de las monarquías centralizadas europeas en el siglo XVI. En ambos casos se trata de élites que imponen desde lo alto la modernización y se guían durante la "construcción" de una sociedad que escape de la escasez, del estancamiento y del subdesarrollo. Las revoluciones campesinas europeas, derrotadas en el siglo XVI, produjeron sociedades que sólo dos siglos más tarde conocieron los efectos de la libertad. Las revoluciones campesinas victoriosas que se produjeron en este siglo, guiadas por élites jacobinas, comienzan a afrontar el desafío de la libertad y del pluralismo (que es incompatible con cualquier versión del jacobinismo viejo o nuevo). Esta reflexión en parte es debida a B. Moore. Huntington sostiene que en los siglos XVI y XVII el rey llegó a ser canonizado; en el siglo XX lo ha sido el partido revolucionario en las sociedades que, como había observado adecuadamente Gramsci, habían hecho la revolución contra El zar. El "modelo jacobino", desde un pun-

to de vista conceptual, presupone a la vez un estado débil y una sociedad atrasada y estancada. La historia, naturalmente, es infinitamente más compleja que la que creemos de nuestras teorías. Sin embargo creo que se puede sostener que en una democracia pluralista el "modelo jacobino" es políticamente incoherente como moralmente desaprovable.

**Revolución, contrarrevolución y liberación constituyen esquematizaciones tres respuestas distintas a la crisis política y social de los regímenes civiles. A fines de este siglo y a doscientos años de 1789, ¿es posible sobrepasar estas alternativas varias veces recurrentes, y en dirección de cuál nuevo equilibrio entre libertad e igualdad?**

**Cerroui:** La idea de revolución se difunde en Europa en relación estricta con la persistencia de un sistema político con sufragio extremadamente restringido. Esto creará la convicción de no poder cambiar el ordenamiento sociopolítico como no sea recurriendo a la violencia. El sufragio universal debe por eso ser asumido como el criterio fundamental para distinguir el viejo régimen liberal del régimen democrático propiamente dicho. Con el sufragio universal toda pretensión de cambiar el ordenamiento social con la violencia es sólo un signo de la incapacidad de medimos con el consenso de las mismas grandes masas que se quieren emancipar. Con el sufragio universal resulta verdadero (y necesario) que los trabajadores (y las masas) se liberen por sí solos. La única condición es que ellas adquieran una cultura que suprima su subordinación intelectual. Por esto, me parece, Gramsci tuvo que decir (antes aún que el sufragio universal fuese introducido en su país) que en Occidente la revolución podría ser sólo una reforma moral e intelectual. Y el fin de la subalternidad intelectual de los trabajadores determina la asunción sin reservas de los grandes problemas de la libertad además de la igualdad, en la convicción de que la igualdad es indudiable por la libertad y que, en todo caso, no puede sustituirse.

**De Giovanni:** Si, es necesario un gran esfuerzo de pensamiento para poder introducir los nuevos límites, algo que hoy apenas se ha delimitado de manera muy vaga. Se está verificando (lo he escrito recientemente) una vieja profecía de Tocqueville sobre la cual las sociedades democráticas se desenvuelven hacia potenciales formas de nuevas tiranías vinculadas al atomismo y al individualismo progresivamente dominantes en un mundo donde se van desatando vínculos y agotando finalidades generales y comunes. El problema está sobre todo aquí, no en abstractas categorías políticas. No creo que la cuestión pueda ser contenida en la necesidad de encontrar un nuevo equilibrio entre libertad e igualdad. Estamos lidiando, para muchos problemas, a situaciones límites, pero a situaciones que nos enfrentan a problemas duros, resistentes, materiales. No todo vuela rápido en este mundo de la posmodernidad. La dureza de las cuestiones resurge una y otra vez. No basta el individualismo como respuesta. Se trata de ver por cuál polis resulta necesario comprometerse, cómo se forman las líneas de una nueva comunidad. Las culturas dominantes no parecen estar al altura de la tarea pero continúan teniendo una cierta confianza en el hecho de que cuando irrumpen problemas nuevos en el escenario de la historia humana, el pensamiento vuelve a estar ascépticamente preso de las nuevas asperezas de la historia. Vuelve a "pensar" más allá de las chicharras invasoras. La esperanza es ésta porque los problemas de la organización política del mundo vuelven a resultar de urgente actualidad.

**Totaro:** En una óptica descriptiva, yo diría que revolución, contrarrevolución y liberación económica constituyen tres respuestas distintas tanto al problema del ordenamiento del estado como al del ordenamiento de la sociedad civil. Emerge entonces casi espontánea la pregunta: ¿cuál, entre estos tres tipos de planteamientos sociopolíticos, se presenta con el mayor número de ventajas y con la menor cantidad de costos?

**O bien:** ¿no sería ausplicable una sabia mezcla entre los diversos tipos para conseguir el máximo de ganancia posible? Francamente no pienso que un modo ingenierista de pensar nos pueda ayudar mucho. Por motivos también comprensibles, no me parece que nuestra tarea actual se simplifique en la búsqueda de la dosificación ideal de libertad e igualdad. La historia, desdichadamente, no se proyecta con instrumentos de farmacéuticos. En otras palabras, no creo que libertad e igualdad puedan proceder separadamente para luego ser equilibradas sucesivamente o aposteriori. Nada debería alimentar excesivas dudas sobre el hecho de que, o se piensa la libertad, ya en su raíz, en el acuerdo posible con la igualdad (y viceversa) o bien la partida está encaminada inevitablemente a la derrota (o, al menos, está viciada prejuiciosamente). Entonces, ¿cómo pensar — y practicar — libertad e igualdad de manera tal que se contengan recíprocamente y se complementen? Con respecto a este interrogante, la tradición liberal me parece inadecuada en la medida en que se refugia en la propuesta de reglas de juego o de procedimientos de intercambio leal sin avanzar hasta el reconocimiento de un bien originariamente común a los sujetos de la relación social. La permanencia de la cultura del liberalismo en la perspectiva del atomismo del individuo es, para decirlo brevemente, preocupante. Por otra parte, otras posiciones culturales, como aquellas de ascendencia "revolucionaria", experimentaron su límite en las deficiencias de la adición individual o del protagonismo de los individuos. No quisiera concluir con una pequeña prédica, pero reflexionar sobre el enorme potencial — igualmente latido — del concepto de persona — no podría contribuir a desbloquear la impasse?

[Este debate, que estuvo a cargo de Bruno Gragnuolo, fue publicado en *Rinascita* (suplemento *Il Contemporaneo*) dedicado a los doscientos años de la revolución francesa, núm. 9, del 11 de marzo de 1989. Traducido del italiano por Jorge Tula.]

# Nicaragua: en el 10º año de la Revolución

Pedro Brieger

**E**l año que transcurre será de suma importancia en las relaciones este-oeste y norte-sur debido a los cambios producidos en varios países y regiones que seguramente modificarán el complicado tablero de juego entre regímenes sociales diferentes. La Perestroika, la elección de Bush, los triunfos del Cardenismo en México y el P.T. en Brasil son algunos de los hechos importantes que redefinirán las relaciones internacionales. En este contexto las elecciones que se realizarán en 1989 en Nicaragua también tendrán singular importancia.

Por primera vez en la historia una sociedad en transición al socialismo permite — diez años después de comenzada — que los partidos de la oposición puedan funcionar libremente mostrando que los principios del socialismo pueden confrontarse olgicamente y en la pugna por la hegemonía en las masas a los del liberalismo o los del marxismo "ortodoxo" y dogmático (representado por dos partidos denominados socialista y comunista, uno de origen maoísta y uno trotskista alineado con el MAS argentino).

La estructura social creada en 1979 traerá aparejada un nuevo marco de relaciones de poder y de subordinaciones. Por un lado existe una Asamblea Nacional surgida de las elecciones de 1984, un gobierno compuesto por sandinistas y los organismos de masas que si bien tienen sus representantes en la Asamblea también son un mecanismo de poder por la base. La articulación de estos factores es aún parte del desafío político por garantizar la mayor democracia posible y la participación popular en su plenitud. Esto es debatido permanentemente; Nicaragua es un país donde las discusiones recorren las calles y los barrios sin que queden circunscritas a los "ideólogos" o los científicos sociales.

## La independencia política

Los modelos políticos surgen de realidades concretas y de las necesidades que éstas le imponen; para poder concebirlas es necesario existir, subsistir y por sobre todas las cosas contar con el más amplio apoyo popular neutralizando aquellos factores destructores de la revolución. Es necesario también utilizar concesiones, aunque sean costosas, provoquen arduas discusiones internas, confusión y ocasionalmente pérdida de credibilidad por parte de la dirección revolucionaria ante los ojos de las masas.

La lucha sandinista contra Somoza contó con un consenso muy amplio dentro y fuera de Nicaragua logrando el apoyo de gobierno y partidos políticos de variadas vertientes ideológicas. Los sandinistas buscaron que se transformara posteriormente en un movimiento de apoyo a su gestión gubernamental. No significaba un mero juego tético pues la solidaridad internacional había jugado un papel fundamental en el derrocamiento de la dictadura, fue parte de la revolución y es lo que el sociólogo nicaragüense Orlando Núñez denomina — apli-



cando una nueva categoría en las ciencias sociales — la "Cuarta Fuerza Social". "Durante el pasado cuarto de siglo — afirma Núñez — el movimiento de oposición a las políticas intervencionistas en el tercer mundo se ha convertido en una fuerza poderosa en la política norteamericana. Este movimiento, que frecuentemente se ha caracterizado como antiintervencionista, antiimperialista o en solidaridad con los movimientos de liberación del tercer mundo, constituye el núcleo de la cuarta fuerza en los Estados Unidos."

Esta fuerza es la conjunción de la crisis socio-económica y moral que atraviesan las sociedades capitalistas desarrolladas. Principalmente los Estados Unidos que, en defensa de los valores tradicionales de la sociedad "occidental y cristiana", ha perpetuado intervenciones militares y genocidios en el Tercer Mundo. El surgimiento de los nuevos movimientos sociales en Estados Unidos y Europa (ecologistas, feministas, por el desarme nuclear, etc.) le plantean un desafío a las viejas estructuras tradicionales y se han visto atraídos por la política de paz implementada por el sandinismo. Su credibilidad — contrariamente a la política imperial de los Estados Unidos — se debe a su permanente y terca búsqueda de la paz.

En este sentido todas las propuestas de paz nicaragüenses reafirman su independencia política en la construcción de un modelo alternativo de sociedad, para lo cual lo principal es evitar una invasión militar que destruya el proyecto político vigente. Estos conceptos difieren de la estrategia global de los Estados Unidos que consideran a Centroamérica parte integral de sus fronteras

estratégicas y a Nicaragua como amenaza a su seguridad. Al reclamar el gobierno sandinista el cese de las hostilidades militares de la "cuarta", su disposición a suscribir pactos de no agresión con todos los países fronterizos, y por sobre todo el reconocimiento por parte de los Estados Unidos de la independencia nacional nicaragüense, se está desestructurando el consenso para una invasión militar y la fuente ideológica que sustenta la postura de la CIA Blanca.

Desde el 19 de julio de 1979 los sandinistas manifestaron su disposición al llegar a acuerdos de paz globales para bregar por la independencia política de la región de Centroamérica en su conjunto. Los Estados Unidos, por medio de medidas económicas y políticas en foros internacionales buscan aislar a Nicaragua acusándola de convertirse en un satélite cubano-soviético. Difícilmente podían concebir que los sandinistas, por primera vez en la historia de Nicaragua, tuvieran como objetivo construir una nación independiente, no alienada a ningún bloque y a través de la búsqueda de un modelo propio, original. "Porque cuando se habla de alineamiento y no alineamiento — dice Sergio Ramírez, vicepresidente de Nicaragua — no hay que olvidar que durante todo este siglo Nicaragua estuvo alineada a la fuerza con los intereses imperiales de los Estados Unidos (...). De manera que cuando los ideólogos de la cuarta frontera hablan de la amenaza que una nación pequeña, pobre, débil y orgullosa, como la nuestra, representa para la seguridad nacional de los Estados Unidos, están mintiendo deliberadamente. Nicaragua en Revolución, como país soberano que ha conquistado una identidad nacional, que ha ac-

cedido a un perfil histórico que le fue negado siempre, no puede ser una amenaza para la seguridad nacional de un país poderoso, de una gran potencia militar del mundo, por muy cerca que estemos en sus fronteras..."

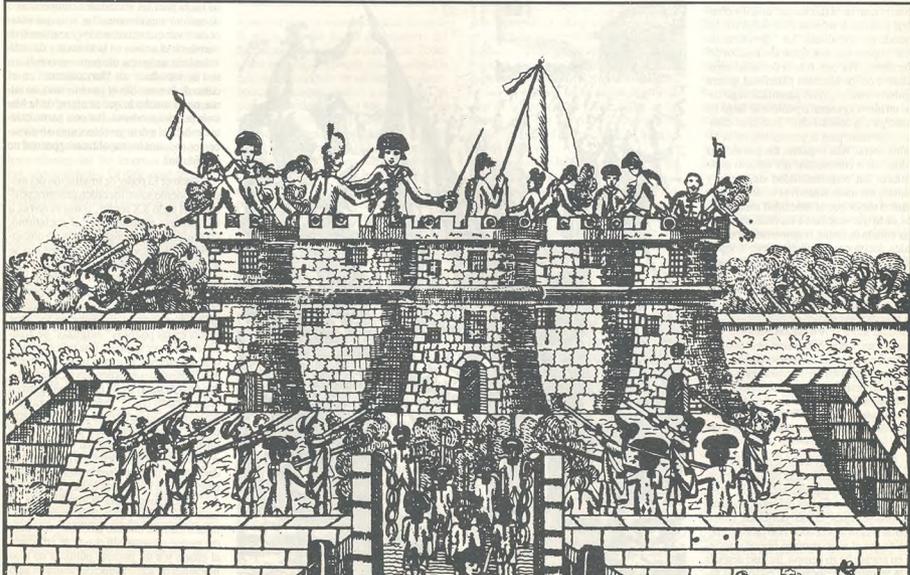
## La política diplomática

Si el objetivo de Reagan fue aislar en su mundo a Nicaragua, los sandinistas por su parte se propusieron aislar a Reagan, evitando que utilice la fuerza militar y demostrando claramente quién constituye una amenaza real para Centroamérica. El gobierno nicaragüense se propuso acobalar a su par estadounidense y continuó suscribiendo todos aquellos acuerdos que no socavaran su independencia nacional y política, ni transgredieran los proyectos iniciales de la revolución. Con pocos recursos económicos y humanos, sin experiencia previa, se lanzó a disputar el terreno diplomático a Reagan, enfrentando a la primera potencia mundial que cuenta con recursos ilimitados a todo nivel, diplomáticos formados en las artes de las relaciones internacionales y educados en las mejores universidades.

En mayo de 1984 la Corte Internacional de Justicia de La Haya invitó a los Estados Unidos a terminar con las agresiones militares y económicas y a indemnizar a Nicaragua por los daños causados. El gobierno de Reagan en ningún momento acató las decisiones; Henry Kissinger, hombre importante en la historia diplomática estadounidense resume claramente la política exterior de su gobierno: "La idea de que la fuerza y la diplomacia se deben mantener separadas y consideradas aisladamente, falsifica su esencia. La fuerza sin su objetivo se queda en un simple caso de postentación. La diplomacia sin fuerza se agosta en su misma retórica."

La respuesta sandinista a esta "lógica" de los Estados Unidos es desdoblada y se articula en torno a dos ejes: 1) Las ofensivas diplomáticas, que le han permitido una legitimidad internacional nunca antes lograda por una revolución en transición al socialismo y el apoyo de aliados tradicionales a los Estados Unidos como gobiernos autoritarios, sectores influyentes de la Iglesia e intelectuales de renombre. 2) Por otro lado los sandinistas siempre se basaron en la movilización y organización de las masas en defensa de la revolución. Aunque la oposición se opusiera y los "contras" plantearan la desmovilización popular, el pueblo se articuló a través de la vinculación de las milicias armadas para defender los barrios y la producción, los batallones de reserva y el Ejército Popular Sandinista en estrecha relación con el gobierno sandinista.

Las negociaciones en Contadora, Esquipulas y Sapod tomadas globalmente significaron un nuevo paso hacia la finalización de la guerra contrarrevolucionaria. Las diferencias entre la CIA Blanca y sectores de la "contra" por la firma de los acuerdos de Sapod en 1988 revelaron la debilidad coyuntural de la política de Reagan en un año de elecciones en los Estados Unidos. El decli-



ve estratégico de la contrarrevolución armada que había comenzado en 1985 encuentra también su expresión política. Los acuerdos que significaron una victoria del movimiento sandinista, lograron dividir a la cúpula de la "contra" que debía remitirse a aceptar las condiciones impuestas por los sandinistas: la única forma de diálogo sería con la oposición—cualquier oposición interna al gobierno—que respetara las leyes y depusiera toda actividad armada. Es que la cuestión central en la revolución nicaragüense y en todos los procesos de transición al socialismo sigue siendo la cuestión del poder, y como afirmara Daniel Ortega: "los Estados Unidos no pueden derrocar al gobierno como lo hicieron en Chile hace 15 años, porque aquí no tienen un ejército con el que dar el golpe". Y la "contra" nunca logró victorias militares de importancia o estructurar un frente interno antisanista a pesar de contar con sectores de la oposición que los apoyaron abiertamente, incluido uno de los tres matutinos que aparecen en Nicaragua—"La Prensa"—, miembros de la Ciglesia, políticos de importancia y los Estados Unidos.

Sin embargo, no es fácil para la población que sufrió ataques terroristas aceptar la concertación de ese de fuego con los "contras", la amnistía y la liberación de los guardias somocistas. La búsqueda de la paz confronta lógicamente posturas en el seno del pueblo con respecto a una amnistía total o selectiva de aquellos que no estuvieron involucrados en actos terroristas.

**Elecciones y pluripartidismo**

A fines de 1989 habrá elecciones en Nicaragua donde estarán en pugna proyectos políticos contrapuestos, del sandinismo y la oposición, que intentarán como en 1984 lograr el apoyo popular. También en este cam-

po la revolución sandinista transita por un camino original y propio, construye la hegemonía en el pueblo conjugando la movilización de las masas y confrontando las ideas en el plano electoral con la libre participación de todos los partidos políticos. La revolución, fruto de una revuelta popular en la que había participado la mayoría de la población—inclusive sectores de la burguesía antisomocista—, no podía comenzar a resurgir las libertades de aquellos que de una a otra manera habían luchado contra la dictadura. El pueblo masivamente apoyaba al Frente Sandinista, sin embargo existían movimientos y partidos que no respaldaban al sandinismo y se oponían. Ante lo complejo de la nueva realidad en un estado de transición al socialismo, la heterogeneidad de ideas y las experiencias históricas, los sandinistas optaron por un camino diferente, tal vez el más complejo: permitir la libre organización en el marco de la más amplia democracia pluralista.

El pueblo organizado en los movimientos de masas constituye un referente de tal magnitud que los sandinistas están dispuestos a que para la administración de Reagan la única garantía de "elecciones libres" es que pierda el FSLN, se retire del poder, disuelva el Ejército Popular Sandinista y los organismos de masas y se reconstruya un estado capitalista dependiente.

En las elecciones de 1989 la disyuntiva "Paz-Guerra" influiría y condicionaría al electorado, determinando el carácter del voto, que también puede castigar a los sandinistas, aunque estos no sean los responsables de la guerra. Los problemas económicos—agravados después del huracán que destruyó zonas enteras de la Costa Atlántica—son muy graves y un pueblo no puede sobrevivir en base a la mística revolucionaria; además volverá por primera vez una generación de jóvenes que no conoció directamente la dictadura somocista y creció conjuntamente con el sandinismo en el poder.

existe una comprensión básica de que los problemas económicos y la agresión yanqui no son responsabilidad del FSLN, como lo afirma la oposición.

Las elecciones contaron con una particularidad; cientos de observadores de todo el mundo representando periódicos, partidos políticos y gobiernos diferentes, presenciaron la participación masiva y libre en la contienda electoral. Miembros de partidos conservadores, liberales, demócratas, socialistas y lógicamente representante de movimientos revolucionarios que vinieron a aprender de la experiencia sandinista. De esta manera se buscaba lograr el máximo apoyo internacional y que éste se proyecte sobre los Estados Unidos y contribuya a debilitar al gobierno republicano en su manifestación agresiva a Nicaragua. Ignorando las declaraciones de los observadores y los propios resultados, desconociendo totalmente al gobierno elegido, el Secretario de Estado, George Shultz, citado por el New York Times el 6 de febrero de 1985 afirmaba: "Una elección, por el hecho de ser elecciones, no significan en realidad nada". Es evidente que para la administración de Reagan la única garantía de "elecciones libres" es que pierda el FSLN, se retire del poder, disuelva el Ejército Popular Sandinista y los organismos de masas y se reconstruya un estado capitalista dependiente.

En las elecciones de 1989 la disyuntiva "Paz-Guerra" influiría y condicionaría al electorado, determinando el carácter del voto, que también puede castigar a los sandinistas, aunque estos no sean los responsables de la guerra. Los problemas económicos—agravados después del huracán que destruyó zonas enteras de la Costa Atlántica—son muy graves y un pueblo no puede sobrevivir en base a la mística revolucionaria; además volverá por primera vez una generación de jóvenes que no conoció directamente la dictadura somocista y creció conjuntamente con el sandinismo en el poder.

Por estos factores es que la batalla ideológica cobrará fundamental trascendencia, pero estará siempre condicionada por la realidad; y el destino de la revolución sandinista dependerá aún de las relaciones de fuerzas internas en los Estados Unidos y de la continuación de la guerra—abierta o encubierta—dirigida desde los Estados Unidos.

**Notas**

- 1. Orlando Núñez y Roger Burbules: *Democracia y Revolución en las Américas (Agenda para un debate)*, Ed. Vanguardia, Managua, 1986. Pág. 209.
- 2. Sergio Ramírez: "Bicentenario, la primera noticia". Discurso en el Congreso sobre el Pensamiento Político Latinoamericano, "Bicentenario del Nacimiento del Libertador Simón Bolívar, Caracas, junio, 1983. Informe de Sergio Ramírez: *Las armas del futuro*, Ed. Nueva Nicaragua, 1987. Pág. 222.
- 3. "Sentencia de la Corte Internacional de Justicia de La Haya en la demanda presentada por Nicaragua ante la agresión de los Estados Unidos". Publicado por el Embajador de Nicaragua en la Argentina.
- 4. Cita por Oscar René Vargas en "Reflexiones sobre la política de la Administración Reagan hacia Nicaragua en 1985". Ponencia presentada en el 4º Congreso Nicaragüense de Ciencias Sociales, agosto-set. 1985, Managua, Nicaragua. Pág. 3.
- 5. "Clarín", Buenos Aires, 14.8.88.
- 6. "Según declaraciones del Cte. Jaime Wheelock en 1983 había más de 40.000 militantes en la Asociación de los Trabajadores del Campo (ATC); 90.000 en la Central Sandinista de los Trabajadores (CST); 70.000 en la Asociación de Mujeres Nicaragüenses Luisa Amanda Espinoza (AMLAE); 30.000 en la Juventud Sandinista; 50.000 en los comités de Defensa Sandinista (CDS) y unos 70.000 en la Unión Nacional de los Agricultores y Ganaderos (UNAG). Esto es un total de 3 millones de habitantes. Tomado de Claudio Devillens: "La movilización de masas y las elecciones planificadas". *En: International View Point* No. 40, París, 26.3.84. Pág. 11.
- 7. Pedro Brieger es ayudante docente en el Seminario "Sociedades de transición al socialismo" de la carrera de Sociología de la UBA y autor del libro *Adónes en Nicaragua*, Mención "Casa de las Américas" 1989. Bs. As., Dialéctica, 1989.

Podría ser el caso de que la historia nacional y universal. Con el accedieron a fabricar la imagen del elemento explicativo emboscado en los segmentos recientes de nuestra historia. El núcleo de acción del primer revisionismo, los dinosaurios del movimiento, conculgó con proyectos fascistas de reescritura de nuestra historia. La sonora verborrea de sus textos imputa a "los judíos"—también al izquierdismo, el liberalismo, la masonería—, la encarnación de lo ajeno, lo extraño, el componente nocivo que agrede al ser nacional en la complejidad del proceso social, amante de las teorías conspirativas de la historia, cédulo en el poder omnívoto de toda clase de sectas, devoto del ocultismo y de los peores productos de una literatura comercial y envilecida.

En los años treinta, el antisemitismo había adquirido para esta América y era prohibido en ciertos ámbitos de la cultura del *establishment*. El "Gran Comunicador" por ese entonces fue el escritor ultracatólico Gustavo Martínez Zuviría, conocido comercialmente con el alias de Hugo West. La obra de West osciló entre los territorios de la literatura y la historia, con consecuencias desfavorables para ambas esferas de la cultura. La trayectoria y el rédito comercial de este cruzado reaccionario está íntimamente vinculado con la irradiación del antisemitismo en la cultura de masas y con las experiencias dictatoriales de nuestra historia.

Wast fue el autor de la novelesca de tiraje masivo, en la que la fobia antiebreja y la mediocre calidad literaria rivalizaron con las aristas más memorables de su sello personal. Resultado: un notable éxito editorial acogido fervorosamente por el feroz y pequeño burgués consumidor de literatura amarilla. Novelas como *Oro, 666, El Kahal, Las espigas de Ruth, Myriam la conspiradora* y el ensayo *Buenos Aires Futura Babilonia* explotaron las tramas antisemitas de una ficción que aludía explícitamente a las circunstancias de la sociedad de su tiempo. Wast fue director de la Biblioteca Nacional en 1931 por mandato de la dictadura de Uriburu y más tarde, Ministro de Justicia e Instrucción Pública del gobierno militar que emergió del golpe del 4 de junio de 1943. El antisemitismo discrepó cerca a las antelas y pliegues ínfimos del poder.

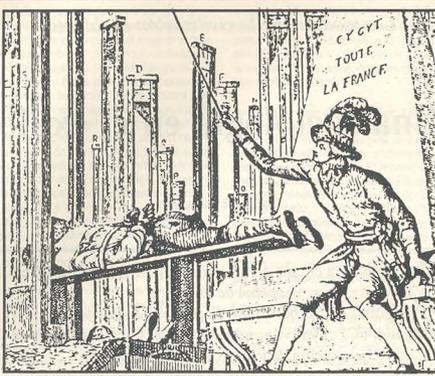
**La Historia accede al discurso de la Gran Conspiración**

El antisemitismo como preludio y fundamentación de prácticas represivas necesitó legitimarse con el concurso de un ejercicio distorsionador del pasado, alentado por una historiografía dogmática y ultracatólica. Sus premisas y prejuicios fueron absorbidos por miembros destacados de un movimiento historiográfico organizado institucionalmente a fines de la década de 1930: el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas. No pocos de sus integrantes trasladaron al campo del estudio histórico las actitudes antisemitas. "Los judíos roen ya la pulpa de la nacionalidad" proclamó Ramón Doll en 1939, saludando efusivamente las "teorías" emanadas del trancé fóbico-literario de West-Zuviría y éstas no eran aisladas imprecisiones de un abogado platense proclive a cierta incontinencia verbal. No. Doll fue uno de los fundadores del revisionismo y el primer secretario de redacción del Instituto rosista que, según sus mentores, propinbase retular a la "historia nacional". El antisemitismo fue el componente esencial de la argamasa con que esos escritores creyeron fundamentar un relato conspirativo de la historia nacional y universal. Con el accedieron a fabricar la imagen del elemento explicativo emboscado en los segmentos recientes de nuestra historia.

El núcleo de acción del primer revisionismo, los dinosaurios del movimiento, conculgó con proyectos fascistas de reescritura de nuestra historia. La sonora verborrea de sus textos imputa a "los judíos"—también al izquierdismo, el liberalismo, la masonería—, la encarnación de lo ajeno, lo extraño, el componente nocivo que agrede al ser nacional en la complejidad del proceso social, amante de las teorías conspirativas de la historia, cédulo en el poder omnívoto de toda clase de sectas, devoto del ocultismo y de los peores productos de una literatura comercial y envilecida.

**I. La Gran Expoliación**

El entramado histórico construido por los escritores nacionalistas retrataba a la Argentina como una nación expoliada económica y financieramente por una fantasmática casta de judíos privilegiados. Lo que estos historiadores inventaban al pasado, otros publicistas lo agitaban en el presente. En 1933 la revista clerical nacionalista *Criterio*, en la cual colaboraban historiadores como los Iruazua, Gálvez, E. Palacio, V. Sierra, Ruiz Guizazú, Garbía, etc., diagnosticaba en tono genérico alarmista que la Argentina sufría "la implacable penetración



semítica, que arruina masas enteras de la industria, que acarrea campos para hacerlos trabajar en condiciones intolerables, que impone a nuestra producción remuneraciones de hambre, que se coliga en todas partes contra el no-hebreo...".

¿Cuál fue —y es— el modelo de explicación del proceso histórico argentino elaborado por estos escritores nacionalistas? Endigir consideraciones raciales al gran capital expoliador: la explotación no era un fenómeno socioeconómico sino una cuestión de razas. En esta configuración del éxito del empresario argentino con el nazismo acusado a Dickmann de "tipo cabal de extranjero enquistado como un cáncer en el organismo argentino", según este periodista director de *Panperro*, el nacionalismo argentino era un movimiento que progabaña un gobierno cuyo primer acto sea la expulsión de todos los judíos, tal como lo consiguiera en el prólogo a la obra de un caracterizado historiador revisionista.

Este perjuicio socio-racial latió en numerosos ejercicios de la ensayística histórica. En capítulos yuxtapuestos de una espiral narrativa de comprensión, los judíos dignaban las actividades de los partidos políticos, controlaban las redacciones de los grandes diarios, se infiltraban en las oficinas públicas, en el parlamento y en los dominios de la cultura, fomentaban procesos judiciales escandalosos, ahorraban la memoria colectiva de la nación al difundir una versión liberal de nuestra historia, y por vía de Inglaterra, era "la aguja de la inyección por donde el tóxico judío se introduce en la savia nacional". Este suscitó glosario de calumnias, instalado en el centro del debate político historiográfico desde finales de los años treinta, contó con propagandistas prominentes en el seno del instituto rosista, y modeló una configuración mental para pensar la historia que dista de haberse

que Dickmann, en los albores de la segunda guerra mundial. Un pequeño "caso Dreyfus" a orillas del Plata. Hacia 1939 Dickmann había intervenido en una investigación parlamentaria que estableció vinculaciones entre ciertas loges nacionalistas criollas y las actividades nazis en Argentina (los periódicos *Panperro*, *Crisol* y *Clarina*), concentrados sembreros de aquella fauna cretacea). Los intelectuales del Orden, ensayistas ligados con las prácticas historiográficas, como Enrique P. Osés, intentaron desmentir los nexos del nacionalismo argentino con el nazismo acusando a Dickmann de "tipo cabal de extranjero enquistado como un cáncer en el organismo argentino". Según este periodista director de *Panperro*, el nacionalismo argentino era un movimiento que progabaña un gobierno cuyo primer acto sea la expulsión de todos los judíos, tal como lo consiguiera en el prólogo a la obra de un caracterizado historiador revisionista.

Este perjuicio socio-racial latió en numerosos ejercicios de la ensayística histórica. En capítulos yuxtapuestos de una espiral narrativa de comprensión, los judíos dignaban las actividades de los partidos políticos, controlaban las redacciones de los grandes diarios, se infiltraban en las oficinas públicas, en el parlamento y en los dominios de la cultura, fomentaban procesos judiciales escandalosos, ahorraban la memoria colectiva de la nación al difundir una versión liberal de nuestra historia, y por vía de Inglaterra, era "la aguja de la inyección por donde el tóxico judío se introduce en la savia nacional". Este suscitó glosario de calumnias, instalado en el centro del debate político historiográfico desde finales de los años treinta, contó con propagandistas prominentes en el seno del instituto rosista, y modeló una configuración mental para pensar la historia que dista de haberse

**III. La Gran Asonada Roja**

En ocasiones los estereotipos prohibidos por esta historiografía prestaron un honroso servicio a las clases propietarias argentinas, a protectores intereses capitalistas afinados con esta nación de "ganados y miseros". En efecto, este tipo de enunciados históricos operaron como sofismas versátiles, envolviendo realidades diversas y contrapuestas. Además de pernos de una oligarquía financiera que devoraba el oro del país, según esta historiografía, los judíos asumían el rol de agitadores revolucionarios que subvertían las clases trabajadoras y sus intereses y propagaban los credos maximalistas. Visión de la

historia de ontología mesocóica, según la cual, en la Argentina no existían conflictos de clases, sino... de razas. Ciertos historiadores de esta congregación aludían a la cuestión con consideraciones explicativas de sutileza paludética. Mary, Trotsky, Rosa Luxemburg, revolucionarios, comunistas consumados, eran judíos. En virtud de este silogismo invertido, recurso del pensamiento prologístico, creían demostrados los asertos que involucraban aquella colectividad en una suerte de asonada socialista de escala planetaria.

"El judío, sin Dios, ni patria... pomificaba un historiador cuyas argumentaciones evocan ciertas formas de vida que proliferaron en el período jurásico—, está transformando así la mentalidad de ese proletariado joven, que forma hoy la masa de la población argentina en un 70 por ciento...". [Algunos gobiernos democráticos habían fomentado] la inmigración en masa de toda clase de extranjeros apátridas... checoslovacos, polacos... moscovitas, etc., invaden nuestras ciudades y nuestros campos como mendigos y linieras...".

Con similar talante, para otros ensayistas los procesos históricos contemporáneos a su época emboscaban el horizonte intelectual ante la eventual alianza de judíos perseguidos por el nazismo, "costra geológica de extranjería" que aplastaría las "reservas nacionales", según un fervoroso cultor de extravagancias.<sup>8</sup> El mismo diagnóstico disgregador de los valores de la nacionalidad era sublimado por revisionistas como *Foro de la Opinión*, para que los lectores se corrompían el "espíritu nacional" de la Argentina de la primera mitad del siglo XX.<sup>9</sup>

No fue fruto de la casualidad que las fabulaciones antisemitas derivaran de ciertos militantes del rol rosista. La academia en cuestión había sido el primer movimiento intelectual, orgánico, en consumar una versión conspirativa integral de nuestra historia, en concomitancia con los proyectos de restauración autoritaria del capitalismo argentino, coetáneos con el primer período de vida de aquella institución. La representación antisemita del enemigo de la nacionalidad ofreció de cobertura ideológica de las manifestaciones más extremas de la reacción burguesa en la Argentina. Demás está decir que no fue un fenómeno singular de nuestro país, por lo que creemos necesario enmarcarlo en su real dimensión sociohistórica global.

"Todo lo que la sociedad, si se ha desarrollado normalmente... debería haber expulsado (...) como excremento de la cultura—ese escribá hace medio siglo—, está ahora brotando a través de su garganta: la cultura imperialista está vomitando la barbarie nor dignerá". Caracterización certera, epílogo insoslayable.

**Notas**

- 1. Ramón Doll. *Por una conciencia rosista del país*, *En Obras*. Biblioteca del pensamiento nacionalista, vol. V, Buenos Aires, Diccio, 1975, pp. 384-385.
- 2. *Criterio*, núm. 289, 14.9.1933, p. 30.
- 3. R. Doll, *La Doctrina Dreyfus*, chapetonada cara, en *op. cit.*, p. 123.
- 4. R. Doll, *Historia Prologística*, *Un jefe alelado después del triunfo*, en *op. cit.*, p. 107.
- 5. Enrique P. Osés, *Estudio preliminar*, en R. Doll, *Obras cit.*, p. 189.
- 6. R. Doll, *Del servicio secreto inglés al juicio Dickmann*, en *op. cit.*, p. 195.
- 7. *Foro de la Opinión*, "Resolución comunista contra el Instituto", en *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas*, p. 149.
- 8. Federico Barginen, *Orígenes del nacionalismo argentino* Bs. As., Colcius, 1970, p. 70.
- 9. R. Doll, citado por F. Barginen en *Orígenes...* *cit.*, p. 71.
- 10. Joaquín Díaz de Vivar, "El espíritu nacional", en *RIEHNAR*, núm. 7, julio de 1941.

**Una versión conspirativa de la historia nacional**  
**El antisemitismo, la historia y la cohera de los dinosaurios**

Alberto Bozza

"Si alguno creyera que esto es darle demasiada importancia a la disyuntiva histórica, yo le preguntaría, como se ha de poder al mismo tiempo, ponga por caso, decir, por un lado, que Sarmiento fue un civilizador y, por otro, limpiar el país de judíos..." Ramón Doll, 1939.<sup>1</sup>

Desde 1890, cuando la crisis hace aflorar sus primeros brotes, hasta los años treinta, cuando la *intelligentsia* nacionalista atribuyó a los judíos las razones de la postración del país, el antisemitismo fue uno de los elementos decisivos para la construcción de una historia nacional basada en la hipótesis de "la gran conspiración".

Ya el antisemitismo en la Argentina se había insinuado con relativo vigor como una respuesta aristocrática burguesa en coyunturas de tensión social. Un brote reducidos, portofidatos, historiadores, sacerdotes—, cosecharon cierto éxito al atribuir a los judíos las razones de la postración del país y de la erosión de su patrimonio espiritual y material. La historia les ofrecía una perspectiva temporal en la que pretendían hurgar la espectral conjura.

te y después de la "Semana Trágica". En las aciagoas jornadas del terror blanco se propaga el estigma "judío-ruso-comunista", con el que los esbirros de Carlos perseguían a los militantes organizadores de la clase obrera. Una vez que la derecha se apropió de este emblema propagandístico ("los judíos artifices de destrucción y explotación"), diversos mecanismos de transmisión se encargaron de trasladarlo, con arriamaes demagógicas, en sectores nada despreciables de la

## Los modales de la civilización occidental

## Una sociología en el exilio

José María Pérez Gay

Con retraso, ya circular en las librerías porteñas la edición en español de una obra magistral de Norbert Elías. *El proceso de la civilización* (Madrid, FCE, 1987) nos introduce en el fascinante ritmo de evolución de los modales de mesa en la civilización occidental para descubrir detrás de ellos las exigencias sociales que dinamizaron sus cambios. Quiérase o no, el proceso civilizatorio supuso una represión drástica de todas las pulsiones afectivas del individuo. Apoyándose en elementos de la tradición marxista y en las reflexiones del Freud del "malestar en la cultura", Elías reconstruye la historia subterránea hecha de nuestras pasiones e instintos deformados y reprimidos.



gora o padece — las otras serían siempre extrañas y bárbaras. Y ese sometimiento debió haber hecho posible la identificación entre algunos grupos, principados o cortes reales, el nacionalismo de nuestras pasiones y afectos. Lo que los psicoanalistas han llamado *internalización* refiere a un momento de extrema cohesión social en el que la administración de la espada por el temor, venido de fuera o de nosotros mismos, debió haber significado un largo avance, porque el tiempo amengua la violencia, y se llega a tener piedad del adversario. Limpia de sangre, del mofo de las necesidades adivinadas, la civilización occidental pospone el placer inmediato, comienza a imponer el reino de la necesidad, el trabajo necesario. Tendida hacia el porvenir porque creía no haber acumulado recuerdos, dominando primero la naturaleza y, luego, las pulsiones básicas, haciendo de la felicidad sin mérito de origen de sentimientos confusos, los hábitos debieron haber sido el sedimento y la fuerza de esa civilización. Si el hombre y la su muerte al punto en que se sacian, los honores del banquete y la sineddoque, encontramos no sólo la cortesía, sino el desafecto, la enemistad y el odio. El mudo se combate con la seguridad de nues-

tros modales. La esperanza de la salud en las comidas, y el albrigo de la mujer y el lecho. Las costumbres occidentales han sido una progresiva acumulación de precauciones, la construcción de una zona pacífica — en estricto sentido: civilizada — donde la violencia no haga de las suyas, y la inminencia de la amenaza aumente su distancia. Cambiar la espada por el temor, venido de fuera o de nosotros mismos, debió haber significado un largo avance, porque el tiempo amengua la violencia, y se llega a tener piedad del adversario. Limpia de sangre, del mofo de las necesidades adivinadas, la civilización occidental pospone el placer inmediato, comienza a imponer el reino de la necesidad, el trabajo necesario. Tendida hacia el porvenir porque creía no haber acumulado recuerdos, dominando primero la naturaleza y, luego, las pulsiones básicas, haciendo de la felicidad sin mérito de origen de sentimientos confusos, los hábitos debieron haber sido el sedimento y la fuerza de esa civilización. Si el hombre y la su muerte al punto en que se sacian, los honores del banquete y la sineddoque, encontramos no sólo la cortesía, sino el desafecto, la enemistad y el odio. El mudo se combate con la seguridad de nues-

moral, gobierna ese trayecto civilizatorio. El caballero atropella por vigor no por malicia.

Un poco de historia: La sociedad cortesana sufre cambios decisivos a principios del siglo XVI, que Elías ha visto como resultado de los nuevos hábitos cotidianos, de la aplanadora civilizada. Si se compara cualquier corte europea del XVII con la del rey Wenceslao (1378-1419), el monarca checo, el mismo cardenal Richelieu es un ange civilizado. Johann Dytter, embajador del reino de Hannover ante la corte de Wenceslao, refiere fragmento de los hechos. Wenceslao, un político avezado y hábil, así vivo al cocinero de la corte por haber preparado mal algunos manjares. En otra ocasión, aburrido por el ocio, mandó llamar a un verdugo porque deseaba saber lo que sentía un hombre en el momento de ser decapitado. El rey desfogó sus deseos, se vendió los ojos arrojándolos, y ordenó al verdugo que lo decapitara; pero el lajaco tocó el cuello del monarca con la punta de su espada. Luego Wenceslao quiso saber lo que sentía un hombre que decapitaba a otro. Ordenó al verdugo que se arrojara, le vendió los ojos pisando los pedruzcos de la corte y le cortó la cabeza de un solo tajo. Meses después — escribe Dytter — una mañana de junio de 1413, cuando por los bosques de Bohemia, Wenceslao tropezó con un monje. Rodeado de su corte, el rey tendió el arco y disparó la flecha; el monje se derribó en el acto. Wenceslao comentó a la corte: "He cazado a un extraño y curioso venadito". Por esos asesinos, alguien se atrevió a pintar una frase en la puerta del castillo: *Wenceslao, viejo Nerón*. El rey, ni tanto ni perzoso, escribió abajo su comentario: *Si no lo he sido lo será muy pronto*. Se sabe además que Wenceslao ahogó en el río Moldava a Johann von Nepomuk, quien después sería el santo patrono de Checoslovaquia, porque no quiso confesarle el monarca los secretos de confesión de su esposa.

El proceso de la civilización ha dado lugar a varias equivocaciones, se le ha visto como una curiosa y sorprendente colección de anécdotas históricas. Fuera de esos comentarios de orden general, Elías ha rescatado en los detalles cotidianos un proceso de cambio que llevó al nacimiento de la civilización occidental. Y ese proceso civilizatorio se muestra tanto en el cambio de nuestros modales en la mesa como en la transformación de nuestras pulsiones agresivas, tanto en los laberintos psicóticos como en la formación de los estados nacionales. Como quiera, donde Elías nos descubre en verdad los procesos sociales, como en actividad cotidiana o facultad aparte de la teoría, es en la descripción de la dinámica de Occidente: el carácter inabarcable de ese proceso — imposible de planificar — impide la jerarquización de los estados. Así, unificadas por este autor, las civilizaciones hacia el interior de cada estructura por el resorte de la memoria — paleta cercana del sueño — no es casual que dichos motivos se organicen sobre el plano de moda a modo de flotaciones psicop-

quitría. En sus ramificaciones más finas, la teoría sociológica no conoce límites: así, cuando llega a la descripción de las costumbres, tiene que acudir sin remedio a consideraciones históricas. Elías ha venido adelantándose a ciertas perspectivas de investigación que ahora comienzan a desarrollarse. Como la historia de la infancia en Occidente. En 1936, proponía estudiar — en base a ciertos documentos — la historia y el descubrimiento de la infancia en relación al descubrimiento y desarrollo — casi simultáneo — de instrumentos para medir el tiempo, y los cambios que implicaban para nuestra conciencia. Elías es uno de los primeros sociólogos alemanes en quien el análisis se vuelve narración viva, y la casuística documental literatura. Después de él, caemos por encima en las consideraciones teóricas y precipitadas de Talcott Parsons, en los cánones y en las definiciones abstractas del funcionalismo norteamericano. Para Elías, el proceso civilizatorio no puede subsumirse dentro del esquema marxista, estructura-superestructura, ni en el espacio de la ideología. Ha sido Sigmund Freud quien planteó el ne-

mo entre el proceso de la civilización y la represión de nuestra pulsiones. *El malestar en la cultura* reclama para sí el título de principal texto civilizatorio con la red de tradiciones, por haber acabado con la idea de que la psicología humana había permanecido inalterable a través de la historia. Freud destierra para siempre la creencia de que el progreso de la sociedad occidental era la continuación de la obra de Dios en el mundo; revela cómo el sacrificio de nuestra vida insintiva, de generalidades, ha hecho de *El proceso de la civilización* una obra que precede a la antropología y psicología históricas tan de moda en nuestros días. Theodor W. Adorno y Max Horkheimer escribieron, a principios de los cuarenta, en su libro *La dialéctica de la ilustración*: "Bajo la conocida historia de Europa corre otra subterránea: una historia que ha sido hecha de todas nuestras pasiones e instintos deformados y reprimidos (...). La liberación del individuo europeo, la victoria de la ilustración, ha sido posible mediante un cambio civilizatorio; un cambio que ha ido destruyendo al individuo libérico en la misma medida que en la coacción

externa desaparece, en la misma medida en que la autocensura se impone bajo el signo del verdugo". Más allá de tanta y tan pedante estrechez teórica en la sociología contemporánea, la verdadera vitalidad de esta disciplina parece encontrarse — y lo prueba el caso de Norbert Elías — en las márgenes del rígido academismo, en esa zona de exilio que desconfia lo mismo del empirismo puro que de la teoría cosificada.

La precisión documental de Elías, su apoderamiento de los asuntos concretos, su capacidad para situarse en la época sin perderla de vista ni distraerse en generalidades, ha hecho de *El proceso de la civilización* una obra que precede a la antropología y psicología históricas tan de moda en nuestros días. Theodor W. Adorno y Max Horkheimer escribieron, a principios de los cuarenta, en su libro *La dialéctica de la ilustración*: "Bajo la conocida historia de Europa corre otra subterránea: una historia que ha sido hecha de todas nuestras pasiones e instintos deformados y reprimidos (...). La liberación del individuo europeo, la victoria de la ilustración, ha sido posible mediante un cambio civilizatorio; un cambio que ha ido destruyendo al individuo libérico en la misma medida que en la coacción

Obras de Norbert Elías en español:

*La sociedad cortesana*, México, FCE, 1982.  
*Sociología fundamental*, Barcelona, Gedisa, 1982.  
*La soledad de los moribundos*, Madrid, FCE, 1987.  
*El proceso de la civilización*, Madrid, FCE, 1987.  
*Humana conditio*, Barcelona, Península, 1988.

## Los signos de dos tradiciones

## Chagall, el pintor errante

Cuqui Driben

Marc Chagall (1887-1985) apostó a insertarse con su obra en dos grandes vertientes culturales, grandes aunque disímiles, no obstante su común punto de origen en la remota Palestina. Una de esas corrientes es el arte moderno que nace a la par del siglo XX aunque guarda indudables lazos de continuidad con el arte occidental de todos los tiempos. La otra debe buscarse en los ritos, íconos y costumbres de la vieja, antiquísima tradición judía. Atrapar y consumir ese ensamblamiento fue la llave que permitió a Chagall ocupar un lugar único, particular, discutible en algunos aspectos pero intensamente valioso, en la pintura de este siglo. Pero si el primero de esos componentes se va instalando en las estructuras del pintor al compás de su aprendizaje de la estética de la época *in situ*, el segundo, en cambio, brota de la memoria, vale decir, de un sitio que no está presente.

De manera un tanto metafórica puede decirse que Marc Chagall resulta ser una versión actualizada del judío errante. Desde 1910 — año en el que se trasladó por primera vez a París — hasta su muerte, el artista vivió a vivir en la Rusia natal por espacio de sólo siete años, entre 1914 y 1922. De ese período, un tiempo muy breve resido en Vitebsk (Rusia Blanca), su ciudad natal. Lo demás es exilio — Francia, Alemania — y luego el exilio: la Segunda Guerra lo obliga a trasladarse de Francia, donde en 1937 pierde la nacionalidad francesa, a Nueva York, ciudad que por entonces comienza a perfilarse como el primer centro de la plástica internacional, y el aquí una trágica coincidencia: Chagall llega a Nueva York el 23 de junio de 1941, justo el día en el que Alemania ataca a Rusia. En el contexto de un destierro casi constante emerge la reserva iconográfica hecha de abundantes motivos judíos en "apariciones" sobre el espacio azul, nebuloso de la superficie; a su lado, al lado de esta "aparición" — y como si la misma brotara de ella — una mujer joven, con una mano en la frente y la mirada fija en un punto, piensa; todo da la impresión de que aquello que

ocupa su pensamiento — recuerdos de la aldea natal, que a su vez evocaría innumerales aldeas judías — es el núcleo figurado dentro de la circunferencia.

La literatura idish actual posee un ejemplo paradigmático de ese relevamiento de vidas y costumbres y partir de la memoria ubicada en un espacio ausente: muchos relatos de Isaac Bashevis Singer — cuya producción en gran parte está hecha desde su radicación estadounidense — poseen un narrador protagonista que recoge episodios sucedidos en la lejána Europa Oriental. No es éste el único contexto de Chagall con la tradición literaria idish, cabe acotar algo más: su pintura adquiere un estado intermedio (rasgo por el cual, como se sabe, el poeta comandante del grupo protojudío erróneos enfrentamientos que hacen historia) en un estigmatizado "misticista"; recién en 1941 Bretón se retracta y revaloriza la obra del pintor de Vitebsk.

Pero hay otras filiaciones — más eruditas si se quiere — en los planteos estructurantes de Chagall: la manera un tanto kandinskiana de aglutinar formas y figuras sobre el plano de fondo, así como el profuso uso de líneas diagonales que sirven de soporte a muchas imágenes, poseen sutiles analogías con el estilo compositivo del barroco. Hay más: en 1933 Chagall estudia al Greco. Frecuentemente los lienzos de este pintor exhiben núcleos figurativos de conformación circular que irrumpen en otras masas figurativas mayores provocando un fraccionamiento de la imagen total. El artista ruso francés retoma ese recurso formal para adecuarlo a la particular significación de la memoria que atraviesa su obra. En "Auteur d'el" por ejemplo — tela pintada en 1945 que integra la exposición presentada por el Museo de Bellas Artes de Buenos Aires — se observa un paisaje urbano encerrado en una circunferencia clara, diurna atmosférica, que hace su "aparición" sobre el espacio azul, nebuloso de la superficie; a su lado, al lado de esta "aparición" — y como si la misma brotara de ella — una mujer joven, con una mano en la frente y la mirada fija en un punto, piensa; todo da la impresión de que aquello que

pintura chagaliana casi en el límite de lo decorativo.

Si bien en la historia de la comunidad judía mundial la pérdida — pérdida de la tierra originaria y de los territorios europeos posteriores — resulta un significado esencial que genera nuevos significados de sufrimiento y dolor, los cuadros de Chagall anteriores a la Segunda Guerra eligen el costado festivo de la vida judía. Pictóricamente, ese aspecto festivo se expresa a través del color, muy luminoso, y de la conformación ligera, expansiva, aireada, que asumen las estructuras. Los cantos jaidicos constituyen una mezcla de densa, honda alegría y lamento. La musicalidad que aflora desde el tejido formal en los cuadros realizados por el artista antes de la Segunda Guerra, deja afuera el lamento. En cambio, cuando el pintor aborda las escenas bíblicas pintadas después de la contienda, los colores brillantes se mezclan con una paleta baja, grave, más trágica. La carnadura total de la composición, inclusive, se torna más pesada con más densidad dramática y menor dinamismo, menor diversidad de líneas en fuga.

Chagall ocupa un lugar único en la historia del arte moderno porque su obra constituye un espacio en el que son convocados y reunidos los signos de las dos grandes tradiciones culturales de Occidente, la judía y la cristiana. La Torá y la Cruz, como paradigmas centrales, cohabitaban en las estructuras del pintor. Tal vez por eso, el Museo Nacional Mensaje Bíblico Marc Chagall fundado en 1969 por De Gaulle y por André Bretón, es el único museo consagrado en Francia a un artista en vida. Tal vez también por eso en 1933 los nazis hacen un auto de fe con los obras de Chagall y, en 1952, el artista recibe el encargo de construir los vitrales para las catedrales de Reims y Metz, junto con los decorados de la Ópera de París. Se trató, sin duda, de un reconocimiento a la obra y la originalidad que, por suerte, llegó antes que la muerte, en la pacífica Saint-Paul de Vence, a los 98 años.



Ensayo

## El tiempo de la democracia

Pietro Barcellona

Por qué es necesario profundizar las nociones de igualdad formal y de Estado de derecho. Después de la revolución francesa: el predominio de lo jurídico y el papel de la decisión política constituyente. Volver a pensar en Tocqueville. Conjugar democracia y socialismo es una elección cuyo valor reside en asumir la responsabilidad de construir un nuevo orden de las relaciones humanas dentro del espacio conflictual que la democracia redefine continuamente.



El tiempo, o sea que no tiene a sus espaldas otra cosa que la contingencia del hecho o de la hipótesis, ella queda prácticamente a merced de la sustancia que remueve. La despersonalización se produce en la norma, pero no en la sustancia, ya que en la sustancia la contingencia que sostiene el artificio de la igualdad en *droit* es un hecho o es, más brutalmente, la revolución política que instituye el artificio. En última instancia, la política que se ha retirado a una esfera autónoma tiene la disponibilidad del orden jurídico y puede también suspenderlo y deformarlo.

La gran paradoja del '89 es precisamente ésta: la forma que la igualdad en *droit* pone en juego, como ha sido históricamente comprendido por el máximo exponente del formalismo y del normativismo, Hans Kelsen, es una forma débil porque ha abandonado, y no podía ser de otra manera, toda radicación en los derechos naturales. La forma del formalismo del derecho no es más y no puede ser la forma-sustancia de la época clásica (que expresa el bien, la verdad y lo bello); es una forma técnica fundada sobre una decisión, sobre la decisión política constituyente (que está colocada fuera del campo como *Grand-norm*) y por eso puesta siempre a disposición de los cambios de aquella decisión y de quien en los hechos la puede tomar.

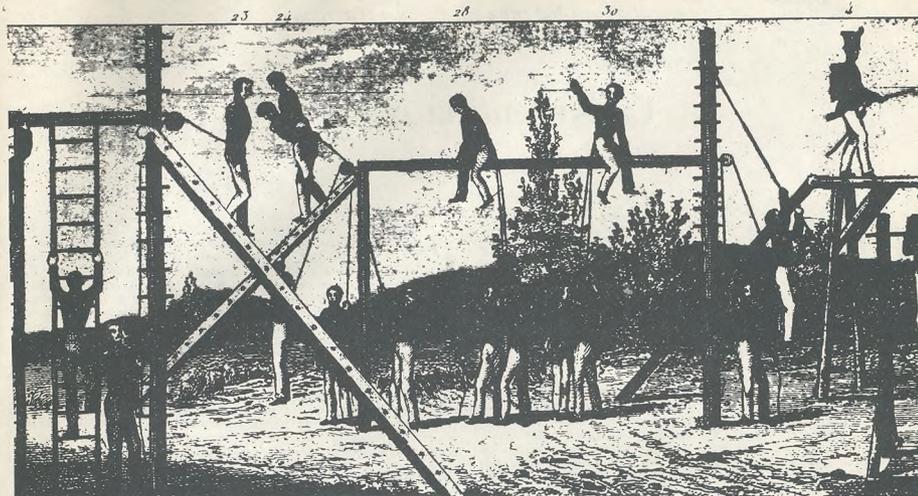
Si se olvida este origen, este singular entrelazamiento de la forma débil y de la igualdad formal, de su carácter artificial y de su dependencia de una contingencia no expresable, el formalismo jurídico corre el riesgo de convertirse en la metafísica de la conservación del Estado existente, y se lleva a cabo una impropia metamorfosis del artificio en una suerte de eterno natural. Es verdad que la igualdad formal quita visibilidad social en el sentido de la jerarquía formal a todo poder personalizado y reduce la disparidad de poder a pura contingencia, a puro accesorio interno a aquella forma que parece estar en condiciones de contenerla sin límites, pero precisamente por esto la forma jurídica tiende a conservar y a reproporcionar continuamente la disparidad de poder. La autonomía de lo político circunscrita por el formalismo jurídico que debería regular los límites respecto de los derechos intangibles de los individuos es la última instancia el triunfo "inominado" de la política; es la toma de posesión definitiva de la forma jurídica por parte de una política que ha llegado al punto extremo de neutralizarse continuamente para presentarse en la forma del precepto jurídico. La paradoja de una despolitización del conflicto que se realiza a través de un exceso de política. Una suerte de decisión última.

### Instrumento del poder invisible

Reducido el derecho a técnica de tratamiento igual, homólogo y homologado al derecho que debe ser instrumento del "poder invisible", que se organiza aparentemente en la esfera superior de la política.

Tal afirmación es doblemente verificable en el plano de la experiencia histórica. Por un lado en el desizamiento del formalismo jurídico de la igualdad en *droit* en el mero principio de legalidad pura (que significa poner todo en las manos del poder legislativo con la posibilidad incluso de leyes excepcionales que parecen destruir el mismo formalismo o por lo menos reducen a pura positividad de derecho); por el otro en el intento consciente de superar el formalismo del estado de derecho en el moderno constitucionalismo que yendo más allá de la estructura del legalismo positivo (y por tanto de la delegación de todo el poder a la fuente legislativa) ha intentado poner límites insuperables aun al propio gobierno de la ley (el superparlamentarismo de las constituciones modernas es un intento por superar la intrínseca debilidad de las formas jurídicas de la igualdad).

La experiencia de estas últimas décadas nos dice sin embargo que las constituciones no bastan si no son apoyadas por una movilización democrática permanente y por la construcción de nuevas estructuras de poder instaladas en la sociedad y capaces de realizar un control difuso. No deja de ser algo singular el hecho de que precisamente ahora ciertos aspectos trágicos de Carl Schmitt sino también que ha escrito —después de que terminara la segunda guerra mundial— Piero Calamandrei sobre la vía legal de la ilegalidad fascista, y Alessandro Baratta sobre la posibilidad ambigua del positivismo respecto de la legislación excepcional del nazismo en el campo del derecho público. La teórica deformación de la legislación de emergencia. Así como hoy el formalismo jurídico está constantemente deformado por el pliegamiento de la autonomía de la esfera jurídica al cálculo económico de los costos y de los beneficios o al funcionalismo sistémico (por lo demás Luhmann lo ha escrito con todas las letras, cuando afirma que el derecho moderno responde esencialmente a una estrategia oportunista que es absolutamente contingente, convencional y mutable; que los mismos derechos fundamentales no son un mero reglamento de los límites entre esferas de poder que pueden ser continuamente sobrepasadas). El artificio de la igualdad en *droit*, si es tomado por aquello que



### La potencia de la gran empresa

En los hechos el formalismo jurídico, cuando deviene, como es inevitable, en puro legalismo positivo, está destinado a convertirse en el garante de sentido único de las relaciones de fuerza marcadas por la mezcla de poder económico y de poder político que caracteriza al capitalismo maduro y la potencia social de la gran empresa que ha incluido ahora en su funcionamiento, no sólo el mercado sino también el saber y a la ciencia aplicada. La verdad es que el derecho no está en condiciones de defenderse a sí mismo, y es bastante extraño que la sociedad moderna para defender su ausencia de fe esté forzada a fiarse de una autoridad externa que esgrimiendo la igualdad jurídica en *droit* o el positivismo legalista no arriesga nunca a ser puesta en discusión en cuanto tal.

Sobre la base de estas consideraciones ya debería aparecer evidente la razón por la cual consideramos ambigua la ecuación instituida entre estado de derecho y democracia. En realidad no existe del todo continuidad entre el formalismo jurídico del estado de derecho, el principio del legalismo positivo y la democracia, así como no existe continuidad y pacto de solidaridad definitiva entre capitalismo y democracia. La democracia no es en efecto asimilable a la forma liberal de la igualdad de derecho, o sea a la norma liberaldemocrática: es mucho más que una norma débil o una técnica de procedimiento. No casualmente Tocqueville, en una carta del 16 de mayo de 1868, se preguntó dramáticamente de dónde viene el carácter desmesurado, radical, casi loco y sin embargo poderoso y eficaz de los revolucionarios del '89. De dónde viene esta nueva raza, quién la ha producido, quién la hizo eficaz y quién la perpetúa? "En la revolución francesa existe algo de inexplicable en su espíritu y en sus actos; yo siento —continúa Tocqueville— donde el objeto es desconocido pero no llego a descorder el velo que lo oculta." Este objeto desconocido es la democracia, que es la única verdad posible en nombre de la cual se puede continuamente poner en discusión la decisión que rige el artificio, alcanzar de nuevo el lugar de quien decide. La democracia es este sentido de la memoria auténtica de la historicidad y contingencia de las leyes humanas. Es el extraordinario proceso por el cual las sociedades modernas pueden asumir totalmente la responsabilidad del propio orden. Como ha escrito recientemente Alain Caillé, "por miles de años las sociedades humanas creyeron ser producto de Dios o descendientes de antepasados divinizados. Las sociedades modernas creen ser hijas de la necesidad económica. Es posible que se aproxime el tiempo en que, con fundamento, como son, ordenes efectivamente humanos que no derivan de otra ley o necesidad que no sean las que ellos mismo se dan."

Este tiempo no puede sino ser el tiempo de la democracia, que no es el tiempo de la forma jurídica cristalizada en la igualdad en *droit* sino que es el tiempo de la posibilidad en adelante incuestionable de poder lograr el puesto de quien decide.

Por todo esto, tal como lo afirmó Berringer y fue reafirmado en el documento aprobado en el reciente congreso del PCI, se puede decir que la democracia es un valor, sin caer no obstante en un retorno inesperado e inadmisiblemente los fundamentos jusnaturalistas de los derechos del hombre. La democracia es un valor porque en el mundo de la ausencia de fundamento y del artificio realiza el derecho mínimo de cada uno de poder decidir el sentido de su propia historicidad. Pero precisamente por esto la democracia es inseparable del conflicto; es el retorno continuo de la contradicción y del carácter paradójico de la política moderna, de su vocación al exceso y de la necesidad de su continua neutralización.

El conflicto que estructura la democracia lleva consigo inevitablemente el valor de la convivencia ya que ella de por sí consiste en la posibilidad de un orden infundado y por lo tanto un orden que se hace cargo de la pluralidad de las razones, de la posibilidad de que una gane y la otra pierda, sin por esto ser definitivamente negada. La democracia confía a sí misma la decisión de dejar fuera del conflicto los puntos no negociables, esto es, los que pertenecen a la sobrevivencia de las razones plúres. Por eso la democracia es también el antídoto para la aparición de la despolitización tecnológica que parece dominar la fase actual del orden sistémico, y el único obstáculo a la teología económica del éxito y del crecimiento ilimitado. En estos términos la democracia no está necesariamente ligada a la economía de mercado y a la forma capitalista de producción.

ción sino que por el contrario ayuda a develar su carácter histórico y contingente.

Como escribe también Alain Caillé, la sujeción a la escasez material no es el destino de toda la humanidad desde sus orígenes. La teoría de los sujetos económicos y los órdenes económicos racionales es auto destructiva porque es puramente tautológica. El cálculo económico permite medir la rentabilidad pero en ningún caso la productividad física y social pura, ya que el orden económico mercantil no puede nunca ser absolutamente universal, no obstante su pretensión.

En consecuencia, la afirmación de que la expresión "superación del capitalismo" es primitiva y burda tiene el mismo valor científico que la afirmación opuesta según la cual el capitalismo no puede ser trascendido. Así como no tiene ningún valor científico la afirmación de que sólo la economía capitalista de mercado puede garantizar la democracia y el pluralismo. La experiencia histórica muestra cuán libil es esta solidaridad.

Pero, por otro lado, si siquiera el socialismo puede ser considerado una consecuencia lineal ni de las reglas del estado de derecho ni del puro proceso democrático. Sea porque hemos vivido la experiencia de la involución autoritaria y del endurecimiento burocrático de las tentativas de institucionalización de regímenes socialistas, sea porque el socialismo es sólo una propuesta de organización de las relaciones sociales de producción y distribución distintas que debe ser decididas y compartida pero que no se puede deducir de ninguna premisa de hecho (o sea que no es par la nada ni una evolución natural ni una evidencia lógica).

Conjugar democracia y socialismo es una elección, una opción, cuyo valor más grande está en asumir la responsabilidad de construir un nuevo orden de las relaciones humanas dentro del espacio conflictual que la democracia redefine continuamente. El valor de asumir la responsabilidad de poner en discusión el qué decide y cómo decide de para proponer una solución distinta de los problemas del estado de derecho y del reconocimiento de la individualidad sin por esto pensar en conciliaciones definitivas o en armonía sociales que se realizan de una vez por todas.

El socialismo es un desafío que se expresa a través de una lucha contra el orden existente y las jerarquías ocultas que la igualdad formal o el legalismo positivo continúan produciendo y conservando. El único nombre que debe ser evocado en esta lucha es el de las razones del *individuo social* que ha adquirido la conciencia de que la propia salvación no se puede realizar a través de la destrucción física del otro/otros.

© Rinsacía. [Publicado en el núm. 7, 25 de febrero de 1989 y traducido por Jorge Tula.]



La sociedad entre el cambio o el abismo

## La Argentina circular

Antonio Marimón

Al menos alguien anticipó lo que ocurriría: a un par de semanas del 14 de mayo, en el Club de Cultura Socialista, Manuel Mora y Araujo dijo que dos probables alianzas libraban una carrera para ubicarse con ventaja en caso de un triunfo electoral de Carlos Saúl Menem. Una la buscaban y deseaban tanto las huestes del alfonsínismo como ciertas filias del partido Justicialista, básicamente el sector renovador que se nuclea alrededor de Antonio Cafiero. Estos grupos querían, en esencia, rodearlo a Menem para imponerle un marco político más o menos común. La otra perspectiva, según el sociólogo liberal, era en cambio una confluencia del menemismo con la UCD y con la derecha militar; dicha opción, afirmó Mora y Araujo, era la más potable para el conjunto de las fuerzas armadas (se infería de esas palabras un compromiso de amnistía). Tal posibilidad, la cual sonaba entonces a ficción, fue la que por fin demostró un amplio contenido de certeza: como por obra de magia, el mismo día de la fórmula del peronismo triunfador, se vio una serie vertiginosa de acontecimientos inéditos: adoptó un desprejuiciado programa de privatizaciones en el sector público, difícil de concebir en la tradición del movimiento creado por Perón; asoció a su proyecto al sector de la derecha que encabeza la familia Alsogaray, y aplicó un plan económico propuesto y llevado a la práctica por hombres del grupo transnacional Bunge y Born. Aquel anuncio previo a los comicios poseía verosimilitud.

Sin embargo, lo más asombroso de todo reside en la profusión de actos que, al mismo tiempo, son símbolos de que el país se encuentra instalado en una etapa distinta a cualquier otra anterior; tal vez nunca se haya producido en la Argentina esa *nitidez simbólica* que la ubica ya sea en una situación de cambio, ya sea al borde de un abismo. Pero de ser justos, en un espacio como es el desprecio por las formas del sistema y por la transparencia de las instituciones, hay responsabilidad compartida entre los que se fueron y los nuevos en la Casa Rosada. Así, la increíble dialéctica de trampas que se asestaron sin pudores Alfonsín y Menem en medio del procedimiento de traspaso anticipado del gobierno, revela no sólo escaso respeto mutuo, sino pocos reparos hacia la institución presidencial, clave si las hay dentro de esta débil democracia. El derribo final del gobierno de Alfonsín estuvo además pautado por afirmaciones solemnes y desmentidos de hecho, incluyendo la propia renuncia, sobre todo lo cual el radicalismo debe a la sociedad, y se debe a sí mismo, alguna suerte de explicación. Salvo aquella frase de Juan C. Pugliese en su fugaz paso por el Ministerio de Economía, cuando habló de los "cuarenta especuladores" que activaban la corrida de ahorristas hacia el dólar, nadie en la UCR se refirió con claridad a las responsabilidades propias en el proceso hiperinflacionario, pero también a las ajenas con nombre y apellido, que sin duda existieron e involucran a sectores importantes del gran empresariado que cambiaron de súbito el destino de sus depósitos financieros. Dicho silencio añade confusión e impotencia política, antes que sabiduría.

Mientras tanto, el nuevo mandatario se diría que no agota la imaginación de los argentinos: a pocos días de contar con la investidura de jefe electo del estado, él en persona —sí, él en persona— concurrió a las oficinas del grupo Bunge y Born, de las que se llevó públicamente, aunque ya estuviese pactado antes, un programa de ajuste económico y los funcionarios para aplicarlo. Primero Miguel Roig, vicepresidente jubilado del "holding", y luego Néstor Rapanelli, para menos disimulo vicepresidente en ejercicio. Ese gesto vale para dos reflexiones: que una vinculación tan despegada de mediaciones entre un gobierno y una empresa, rasgo que puede ser premoderno o posmoderno según se lo interprete, es de una particularidad a la que no se animan ni siquiera las dictaduras, cualquiera sea su latitud. Y segundo, que la evidencia de que ese "holding" es Bunge y Born abre grietas en otros tiempos impensables para la mitología peronista. Si se recuerda el pasado, se verá que en la zona lejana de los mitos generados en la etapa del primer peronismo, dicho grupo ocupaba algo así como el segundo puesto en la escala, inmediatamente después del embajador norteamericano Spruille Braden, entre los enemigos declarados del general Perón.

Más que a la "obligación" de los grandes estancieros, Bunge y Born encarnaba al sector más herido por la nacionalización del comercio exterior que llevó a cabo el peronismo: los grandes exportadores. Eso trazaba entre esta transnacional y el gobierno del general una contradicción insoluble, una fuente de odios. En la década de los 70, la política de recuperación de mitos y vindicaciones que practicó el terrorismo de Montoneros, junto a objetivos de financiamiento para su aparato militar, motivó el secuestro de los hermanos Jorge y Juan Born. De aquel acto delictivo Montoneros sacó a Bunge y Born 60 millones de dólares, una suma fabulosa para la época, y también —a cambio de la libertad de los secuestrados— otros gestos no menos cargados de simbolismo: el reparto de productos alimenticios de sus empresas en las villas de emergencia, y sobre todo, la colocación de bustos de Eva Perón en cada una de las oficinas de las casas que componen el grupo. La leyenda dice que tales bustos todavía son visibles en patios o galerías secundarias de dichos establecimientos; nadie se animó a destruirlos porque la historia suele tener caprichos circulares. Aunque con un sentido inverso al de estos dramáticos antecedentes, uno de esos círculos lo produce hoy Carlos Menem: del odio anterior con Bunge y Born al abrazo actual. Debería agregarse que nada responde del todo a la casualidad cuando se piensa que hace escasos días Antonio Cafiero e Isabel Martínez de Perón inauguraron el primer museo con objetos personales del hombre que fuera fundador del justicialismo; sin duda, hay un ciclo histórico que está pasando a ser exacta pieza de museo, tal como las manos del viejo líder —cortadas de su cadáver por un acto terrorista— ya no serán más que signos de una iconografía contigua a una sonrisa célebre, o sea representaciones en los textos.

Pese a ello, se equivoca quien considere que Carlos Menem no agota la imaginación en la cultura del peronismo. Su confianza en las corporaciones como actores políticos proviene de ese cuño ideológico. La recurrencia, con sus patillas, al mito regional-nacionalista de Facundo Quiroga; el paternalismo y uso patrimonial del Estado en la provincia de La Rioja; el sentido del tiempo para estar entre quienes abrieron la opción renovadora y después, desde los márgenes del aparato partidario, apoyándose en grupos dispersos y en los reflejos movimientistas del peronismo, su habilidad para crear una alternativa interna propia, para invertir las alianzas, son todos aspectos de esa cultura en que los discursos siempre parecen ambiguamente relativos y el dogma general lo cobija todo. También lo es el empleo estupendo del carisma; también la astucia que pone la acción en un lugar y las palabras en otro, pero con tanta suavidad como para que en esos desplazamientos nunca haya en apariencia fricciones. ¿Junica habrá fricciones? ¿Junica habrá? En la campaña. Menem habló de "salariarzo", apeló a la memoria distributiva tan cara a las masas obreras argentinas; pero en el gobierno aplica un programa económico que sólo tendrá sentido a condición de una contención del salario. En la campaña habló de derramarsangre para la recuperación de las islas Malvinas; no obstante en el gobierno abre pragmáticos canales de apertura con Gran Bretaña, como nunca se animó a hacerlo la administración radical, entre otras cosas por el chantaje de sectores de opinión nacionalistas muchas veces expresados por el peronismo. Asimismo, uno fue el lenguaje sobre la deuda externa en pasajes de la campaña y otro lo es ahora, con Alvaro Alsogaray piloteando la negociación con la banca. En la campaña, en fin, Menem esquivó formulaciones programáticas serias, apela a la mitología peronista, despliega su atracción personal, explota el desgaste de los radicales, reitera frases como un predicador de los medios electrónicos. En el gobierno, concreta políticas que son a veces semejantes a las propuestas por su rival Angeloz, o que explicitadas no le habrían dado el voto de su base social de origen.

Un viejo eurocentrismo argentino llevaba a ciertas corrientes de opinión vulgar a distinguir los sucesos locales de los que ocurrían en "repúblicas bananeras" o en tierras extrañas; tales distinciones perdieron entidad. De hecho, hoy se admira que algunas cosas, pese a las mentalidades eurocéntricas, ocurren en este país y nada más que en él, que haya ocasión de mirar distraídamente a otro lado. Pero no son esas las únicas señales de que esta sociedad pasa por un momento de inflexión, entre el cambio o el abismo. La pregunta fundamental reside en cómo soportará la sociedad que va del tremendo caso hiperinflacionario en que se fue Alfonsín al ferocísimo plan de ajuste de la economía que lleva a cabo, operado por hombres de Bunge y Born, el gobierno de Carlos Menem. Ahí está la clave, ya que si la hiperinflación se desata —entre

diversas causas— porque el Estado entró en quiebra, el aumento de las tarifas de servicios públicos decretado por Menem y Roig en un 600 por ciento, genera simétricamente una cadena tal de recesión y empobrecimiento que abarca a millones. Cabe estimar alrededor de diez millones de personas bajo la línea de miseria, sufriendo directa o indirectamente el desempleo y fuera del consumo, y muchos más de las capas medias que se acercan a ese umbral. Esto, en un país que carece de tradición de pobreza tan masiva ni posee estructuras para afrontarla, lleva a un punto de explosividad: tal punto es el que se transita. Habrá sin duda una política asistencialista que ya entró en escena, aunque es probable que haya también, simultáneamente, un férreo control desde los organismos de seguridad, sin excluir quizás a las fuerzas armadas. Es obvio que puede volver el uso de la represión estatal; también es probable el retroceso del espacio de la democracia. Si el programa económico, herramienta tan decisiva para Menem como fue el Plan Austral para Alfonsín, no establece pronto ciertas reglas, nadie podría pronosticar el futuro. Y aun resta una amplia gama de incertidumbres: en el aspecto partidario, qué sucederá con el peronismo luego del simbolonazo menemista; asimismo es preciso ver cómo emerge la UCR de la crisis posterior a la derrota en las elecciones, y si peronistas y radicales aportarán un poco de colaboración mutua; también qué hacen los sectores liberales no arrastrados por la familia Alsogaray, y por último, cómo responde a esta situación la izquierda.

La debilidad de los partidos es hoy real y peligrosa; las corporaciones son las que dictan la música pero la violencia de la crisis también les crea a ellas un dilema: ¿hacen alianza o se pulverizan en disputas por intereses particulares? Desde ya, en la tragedia personal de Miguel Roig durante sus seis días de ministro influyó que no pudo articular una alianza y ningún sector empresario aceptó pagar siquiera parte del ajuste; todos lo trasladaron a los precios, de ahí el frenesí de remarcaciones a lo largo de la cadena productiva. Por otro lado, ¿deberán pagarlo sólo los asalariados, la pequeña empresa y la clase media? Pese a estar fraccionado y a la defensiva, el movimiento sindical —por la lógica de sus bases— tendrá que dar alguna respuesta, y pese a verse acosado desde varios flancos, Saúl Ubaldini continúa en escena, lo cual hace suponer que se accentuará su papel de líder natural de los pobres. Si algo queda en claro de todo esto, dicho rápidamente, es que el conjunto de los actores sociales sin excepciones camina por el borde de la cornisa. Una reforma a fondo del estado y un doloroso ajuste de la economía eran y son imprescindibles, el tema es que las políticas en curso poseen un fuerte, descaramado, profundo signo de derecha: se sustentan sobre quienes tienen menos, dejan sin horizonte a muchos y de un solo golpe. Falta saber si ahora la derecha en la Argentina puede ordenar lo complejo y organizar la sociedad sin apelar a sus viejas armas: el terror o el autoritarismo.